

TESOROS DE VIDA

Este curso le abre el maravilloso cofre del conocimiento de la Palabra de Dios



Lección # 1- FRENTE AL LIBRO ETERNO

INTRODUCCIÓN

Muchísimas personas han considerado la Biblia como un libro difícil de entender; pero es un error. San Jerónimo escribió: "Ignorar la Escritura es ignorar a Cristo". Los discípulos la entendieron y de esa manera pudieron comprender el misterio de su vida humilde, llena de dolores y sin embargo gloriosa. Jesús durante su ministerio en esta tierra demostró a sus discípulos que su divina misión había sido predicha con varios milenios de anticipación por los profetas del Antiguo Testamento.

“Y comenzando de Moisés, y todos los profetas, declarábales en todas las Escrituras lo que de él decían” (San Lucas 24:27).

Por consiguiente, mediante el Antiguo Testamento podemos penetrar en el Nuevo y descubrir al Señor Jesucristo. El viejo adagio de San Agustín sigue siendo una verdad: "El Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo; el Antiguo Testamento está revelado en el Nuevo".

Los llamados Padres de la Iglesia: San Crisóstomo, San Agustín, San Jerónimo y otros, recomendaron calurosamente la lectura diaria y el estudio de las Santas Escrituras. El papa Gregorio I, el Magno, escribió: "¿Qué es la Santa Escritura sino una carta que el Dios Todopoderoso dirige a sus criaturas? No cabe duda de que si recibieses una carta del emperador, sin tener en cuenta el lugar donde te fuese entregada, no te darías reposo hasta saber qué deseaba de ti tu soberano terrestre. Sin embargo, el Emperador del cielo, el Señor de los ángeles y de los hombres, te manda una carta que concierne a tu vida, ¡y no te preocuparás por leerla! ¡Oh, mi querido hijo estudia y medita cada día las palabras de tu Hacedor! Aprende en la palabra de Dios a conocer el corazón de Dios" (Carta al Dr. Teodoro).

El papa Benedicto XV declaró en su encíclica *Spiritus Paracletus* (1920): "¿Quién no puede ver las ventajas y el gozo que una lectura piadosa de los libros santos puede infundir a los ánimos bien dispuestos? Acercaos a la Biblia con el espíritu de piedad, con fe, humildad y con deseo de

perfeccionaros. Veréis entonces que os resulta posible participar del pan venido del cielo".

EL PAN ESPIRITUAL DEL CREYENTE

Así como nuestro cuerpo necesita cada día cierta cantidad de alimento para conservarse con salud, así también nuestra alma necesita el Pan de vida. Escrito está:

“No con sólo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios” (San Mateo 4:4).

¿Declararemos que pertenecemos a Dios? Si lo hacemos, tomemos en cuenta estas palabras del apóstol:

“El que es de Dios, las palabras de Dios oye”(San Juan 8:47).

¿POR QUÉ DEBEMOS LEER Y MEDITAR EN LA PALABRA?

En vista de que la Santa Biblia es la Palabra de Dios y que Nuestro Señor Jesucristo es la Palabra de Dios hecha carne, ambas, la Palabra escrita y la Palabra hecha carne, deben estar en perfecta armonía. Una debe revelar a la otra; una debe testificar en favor de la otra. Esto es exactamente lo que declara nuestro Señor.

“Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros los parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. “ (San Juan 5:39).

“Y él les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos” (San Lucas 24:44).

Cuando se estudia con cuidado la vida de nuestro Señor, se comprende cuán perfectamente puso en práctica, hasta en los menores detalles de su vida, las enseñanzas de la Santa Palabra. Rechazar esta Sagrada Palabra de Dios es rechazar al Hijo de Dios. Rechazar a nuestro Señor es desechar las Santas Escrituras, tanto las del Nuevo Testamento como las del Antiguo. La Santa Biblia es un libro cuyas palabras son imágenes que nos dan a conocer a Jesús, el hombre-Dios.

Antes de la revolución de 1917, había en el palacio imperial de la capital de Rusia una galería de arte en cuyas paredes se veían 850 retratos de mujeres jóvenes. Constituían un regalo ofrecido a la emperatriz Catalina 11 por el conde Rotari, que había recorrido cincuenta provincias de Rusia en busca de sus modelos. Cada uno de esos retratos tenía cierto parecido con la soberana. Cuidadosamente disimulados y apenas perceptibles aún para el observador alerta, esos parecidos se notaban en una actitud, un adorno, una joya, un vestido o algún detalle personal de la zarina.

La Palabra de Dios es una galería de cuadros que presentan atributos del Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Podemos contemplar un retrato profético de Jesús: un símbolo, un acto, una representación, un suceso, una parábola, un poema, una lección objetiva, una historia- sencilla, y todo nos muestra al Hijo de Dios. El está en todo, visible para quien busca sinceramente la verdad. Cuanto más estudiemos la Palabra de Dios, mejor descubriremos los detalles que revelan a nuestro divino Salvador, la Palabra hecha carne.

¿HAY PODER PARA MI VIDA?

Cierto joven que había llevado una vida disoluta estaba examinando las pocas cosas que le había dejado su madre al morir y encontró entre ellas un ejemplar de las Santas escrituras. Abrió el libro sin saber por qué y en la primera página en blanco notó algo escrito por ella. Le había dejado un mensaje precioso. Se conmovió profundamente al leer estas palabras: “Este libro te alejará del pecado; el pecado te alejará de este libro “.

**“En mi corazón he guardado
tus dichos para no pecar contra
Dios” (Salmo 119:11)**

La Palabra de Dios es nuestra protección y salvaguardia contra el pecado. En ella encontramos poder cuando nos vemos tentados a hacer el mal. Mientras nuestro Señor era tentado por el diablo en el desierto, se defendió citando la Palabra de Dios. Tres veces rechazó al tentador con las palabras: "Escrito está (San Mateo 4:4, 7, 10). Y San Pablo nos aconseja:

**“Por lo demás, hermanos míos,
confortaos en el Señor, y en la
potencia de su fortaleza. Tomad...
la espada del Espíritu; que es la
palabra de Dios “ (Etesios 6:10, 17).**

El versículo 11 nos dice que obrando así resistiremos las asechanzas del diablo. La Palabra de Dios es una espada probada gracias a la cual podemos resistir al pecado en nuestra vida. "Es poder de Dios para salvación" (Romanos 1 :16, VM).

Los antiguos sarracenos eran célebres por sus espadas. Algunas de esas armas existen todavía, mayormente las fabricadas en Damasco. Se asegura que la hoja se forjaba con hilos de acero entrelazados y fusionados mediante un pro-ceso secreto sobre un inmenso bracerero en el que ardía carbón de leña. Una de las características de esas espadas era su flexibilidad. Podían juntarse la punta con la empuñadura sin que la hoja se rompiera. Eran tan resistentes que podían atravesar cualquier armadura. Eran tan filosas que podían cortar un pañuelo de seda sostenido en el aire.

La "espada del Espíritu", la Palabra de Dios, lleva entre tejidos muchísimos hilos de verdad. Mediante el proceso secreto de la potencia espiritual muchos preceptos han sido reunidos en una misma arma sumamente poderosa, la Santa Biblia. Hablando de la espada del espíritu, el apóstol declara:

"Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12).

No temas cuando todo parezca volverse contra nosotros y la tentación resulte casi irresistible. Armémonos con la espada del Espíritu, y veremos que el "que es poderoso para guardarnos sin caída" (San Judas 24) no permitirá que seamos vencidos.

¿CÓMO SE PUEDE APRENDER A USAR ESTA PALABRA?

En primer lugar, leyéndola. Nadie puede leer la Palabra de Dios, aunque sea incidentalmente, sin verse afectado de alguna manera. Cuanto más nos dediquemos a leer el Libro, mayor será su influencia sobre nosotros. Sin embargo, algunos leen la Palabra como la leía el etíope, y, como él, preguntan: "¿Y cómo podré (entenderla), si alguno no me enseñare?" (Hechos 8:31). La Palabra de Dios es tan sencilla y, sin embargo, son tan profundas las verdades que contiene, que a veces a los principiantes les cuesta entenderla o leerla con provecho. Por otra parte, el apóstol San Pedro nos dice:

"Ninguna profecía de la Escritura es de particular interpretación" (2 San Pedro 1:20).

No debemos servirnos de esa espada sino utilizando los métodos claramente enseñados en la Biblia. Si preferimos fiar en nuestro propio juicio, comete-remos errores. La mayor parte de la Escritura fue escrita en lenguaje literal y debe comprenderse literalmente. El resto está en lenguaje simbólico. Cuando se la estudia, deben tenerse en cuenta ciertas normas que da la misma Biblia referentes a su interpretación.

a) Escudriñarla con diligencia. No basta leer la Santa Biblia. Es necesario conocerla, y escudriñarla de continuo.

“Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que den testimonio de mí” (San Juan 5:39).

“Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdadera-mente mis discípulos. Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará”. (San Juan 8:31, 32).

Si un turista estudia constantemente los mapas que le señalan los caminos que debe seguir, no se extravía. Así sucede también con la Palabra de Dios. Sólo en la medida en que la aceptemos como nuestra guía y nos adaptemos a las instrucciones que encontremos en ella podremos comprender las verdades espirituales.

“Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salud” (salvación) (2 Timoteo 3:15).

b) Estudiarla diariamente. San Pablo elogió a los cristianos de Berea porque "recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras, si estas cosas eran así" (Hechos 17:11). Tal es la clave del poder en nuestra propia vida. Permanecer en la Palabra de Dios es estudiarla cada día. El estudio de ella nos probará que el Evangelio "es potencia de Dios para la salud (salvación) a todo aquel que cree" (Romanos 1:16). Debemos familiarizarnos con las enseñanzas de la Palabra de Dios.

c) Seguir sus instrucciones. La Palabra de Dios nos pone en guarda contra un peligro que acecha a los cristianos. Se refiere a algunos "que siempre aprenden, y nunca pueden acabar de llegar al conocimiento de la verdad" (2 Timoteo 3:7). Es algo que puede suceder, y que sucede, a los que no están dispuestos a seguir las instrucciones contenidas en la Palabra de Dios. Son muchos los que no quieren poner su vida en armonía con las enseñanzas del Libro.

El caso que sigue ilustra bien esta verdad. Cierta predicadora enumeraba algunos de los pecados que desvían a los hijos de Dios. Cada vez que se mencionaba un pecado, una señora anciana aprobaba audiblemente. Pero

cuando el predicador condenó el pecado favorito de ella, ésta con tanta energía como la que había usado al aprobar, protestó: "Ya no predica; ahora está entrando en un terreno que no le corresponde".

Todos corremos el riesgo de reaccionar como esta anciana. La Santa Biblia nos parece un Libro maravilloso hasta que condena uno u otro de los pecados que cometemos o alguna creencia errónea; nos apartamos del Libro santo protestando contra las reprensiones de la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Una de las primeras leyes que debe observar el soldado de la cruz es aceptar las reprensiones de la Santa Biblia. Si verdaderamente deseamos obedecer a Dios, él nos mostrará qué es la verdad. Nuestro Señor dijo:

“El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si viene de Dios” (San Juan 7:17).

“Volveos a mi reprensión: He aquí os derramaré mi Espíritu, y os haré saber mis palabras” (Proverbios 1:23).

d) Estudiarla por temas. La Palabra de Dios trata diversos temas. Con buenos motivos Dios nos la dio en una forma que nos obligue a escudriñarla.

En efecto, salvo en escritos tales como los de San Pablo -la epístola a los Romanos-, las doctrinas de la Biblia no se presentan en un orden sistemático, como para una mentalidad lógica o científica. No. Las grandes verdades de la redención son para todos: hombres, mujeres, niños, ancianos, no importa la capacidad mental o el grado de ilustración. De ahí que estén expresadas en un lenguaje accesible a todos y no se den en un frío razonamiento filosófico. Y si bien son principios divinos y eternos, se dan en casos humanos; por eso a menudo aparecen entreteljadas con hechos de la vida de un hombre o mujer, o se dan como un proverbio o declaración. El hombre tiene que descubrir esas perlas generalmente dispersas y agruparlas por temas. Haciéndolo, aprende en el esfuerzo, amplía su mente en la contemplación de esas verdades, desarrolla su espiritualidad al ajustar su vida a ellas.

El Autor de la mente humana conoce como ninguno sus leyes, y actúa sabia y pedagógicamente con sus criaturas a quienes quiere salvar. Un niño en su proceso de conocer el mundo que lo rodea no adquiere el conocimiento todo de una vez. Y así, al ver por primera vez un árbol no llega a saberlo todo

acerca de él sino que hoy percibe algo, y mañana otro poco, y cuando sea grande estudiará las funciones vitales del árbol y adquirirá un conocimiento científico sobre la materia. ¿No se abrumaría a ese niño si se pretendiera darle una clase de ciencias al respecto? ¿Y no se haría lo mismo con quien comienza a estudiar los temas bíblicos si se lo cargara de inmediato con el cuerpo completo de doctrinas?

Todo el que estudia la Biblia, al igual que un niño irá aprendiendo un poquito primero, algo más después, y así continuará a lo largo de los años hasta alcanzar un admirable conocimiento de la doctrina. Pero debería hacerlo bajo la inspiración y guía del Maestro de Galilea, quien hoy sigue enseñando a los hombres con aquella sabiduría que lo caracterizó cuando estuvo en la tierra y que hizo de él el Maestro supremo de la humanidad.

A medida que aprendemos a estudiar la Santa Palabra, procuremos mantenerla pura de toda contaminación, de todo error y tradición humana. Somos soldados de la cruz y como tales tendremos que comparecer un día delante de nuestro gran jefe. Dios dice:

“Yo protesto a cualquiera que oye las palabras de la profecía de este libro: si alguno añadiere a estas cosas, Dios pondrá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la Santa ciudad, y de lo que está escrito en este libro “ (Apocalipsis 22:18, 19).

Una maestra de escuela envió a uno de sus alumnos a la biblioteca para que buscara en la enciclopedia alguna información acerca de los zorros. El joven se vio en dificultades porque nunca antes había consultado una enciclopedia y no sabía dónde encontrar la información requerida. Decidió comenzar con la lectura del primer tomo y continuar hasta que llegase a la palabra zorro. Sin duda alguna adquirió muchos conocimientos en el curso de su lectura, pero nada concerniente al tema que le interesaba, hasta que llegó casi al final de la enciclopedia.

La Santa Biblia se compone de cierto número de libros, y, como la enciclopedia, abarca una cantidad de temas. Supongamos que deseemos conocer todos los datos relativos a la victoria definitiva del bien sobre el mal. Si comenzamos leyendo el libro de Génesis, que es el primero de la Santa Palabra, tendremos que leer mucha tiempo antes de encontrar lo que nos interesa en el Apocalipsis, que es el último libro de la Biblia. Salta a la vista que para conocer la doctrina bíblica es necesario estudiar separadamente los diversos temas que trata.

e) Estudiarla bajo la inspiración del Espíritu de Dios. El Espíritu Santo enseñará al creyente a usar las Santas Escrituras.

“Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, mas con doctrina del Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Corintios 2:13).

Bajo la dirección del Espíritu Santo, debemos comparar los pasajes de la Escritura unos con otros. Tal fue el método que siguió nuestro Señor para que los discípulos le entendiesen.

“Estas son las palabras que os hablé... que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras” (San Lucas 24:44, 45).

Tal como lo hace el Espíritu Santo, cuando nuestro Señor explicaba los escritos sagrados tomaba los pasajes y las declaraciones de la fe, los profetas y los salmos, y los combinaba hasta que la luz de su pleno significado resplandecía en la mente de los discípulos. Cristo conducía paso a paso a sus seguidores, de una porción de la Escritura a otra, hasta que entendían claramente el tema que les estaba enseñando. Por eso ellos comprendían correctamente las Sagradas Escrituras, y cuando a su vez les tocó enseñarlas a otros, no presentaban ninguna interpretación personal ni aceptaban las afirmaciones de un hombre o un grupo de hombres, sino la doctrina pura del Señor. Así debieran obrar los discípulos de hoy.

**“Abre mis ojos y miraré las maravillas
de tu ley “(Salmo 119:18).**

Estas palabras son una oración. Antes de abrir las páginas sagradas, siempre debemos pedir al divino Autor del Libro que nos ayude a comprender lo que leemos.

La Voz de la Esperanza y la Escuela Radipostal, basan sus enseñanzas en los magníficos principios de las Sagradas Escrituras. A medida que vayamos abriendo el Libro de Dios, nuevas verdades se irán presentando delante de nuestros ojos.

Estimado alumno, siga estudiando estas lecciones y estamos seguros que sentirá que la paz del cielo irá colmando su Vida.

Lección # 2- CONOZCAMOS AL CREADOR

INTRODUCCIÓN

¿Qué propósito tiene la vida? ¿Qué viene a hacer a este mundo? ¿Quién es Dios? ¿Se interesa de veras en mí? ¿Qué significa el sacrificio de Cristo para mí? ¿Existe en realidad el cielo? ¿Tengo una probabilidad de ir allá un día? ¿Qué es el infierno? ¿Dónde está? ¿Qué me pasará cuando muera? ¿Destruirá la bomba atómica nuestro mundo? ¿Se puede conocer el porvenir?

Quienquiera que usted sea, ¿no es verdad que se hace a veces preguntas semejantes? ¿Desea de todo corazón obtener la respuesta correcta? Dios tiene la solución de todos los problemas angustiosos que nos oprimen. ¿Desea usted saber qué dicen? Si quiere saberlo, síganos, lección tras lección, mientras abrimos las páginas del Libro que lo contesta todo. Y si usted estudia con entusiasmo e interés por conocer la verdad, verá desvanecerse sus dudas y cavilaciones, tal como la oscuridad de la noche se disipa ante la luz gloriosa del amanecer.

Al estudiar estas lecciones, cuyo objeto principal es revelar a nuestros ojos el plan divino para la humanidad, procuremos recordar la exhortación de nuestro Señor Jesucristo: "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan" (San Lucas 11:28).

DIOS EXISTE

¡Dios! La religión cristiana lo llama Creador, nuestro Padre celestial, la Fuente de la vida y de la verdad... Pero estos atributos son demasiado vagos para quien está buscando seguridad. Si Dios nos da la solución de todos nuestros problemas, si el secreto de la felicidad consiste en conocerlo, entonces queremos conocerlo.

Nuestra razón, nuestro corazón y nuestra conciencia proclaman con fuerza que Dios existe, que es el Creador del cielo y de la tierra, que hizo al hombre a su imagen y que reveló su bondad.

Pero a Dios no se lo puede definir ni explicar. Si bien es verdad que las pruebas de su existencia son visibles, no deja de ser verdad también que el hombre librado a su suerte no puede comprender a Dios. Por esa razón Dios ha resuelto revelarse a sí mismo, a fin de que el hombre pueda conocerlo, y para lograrlo ha elegido tres medios: la naturaleza, la conciencia humana y la Sagrada Escritura.

DIOS REVELADO EN LA NATURALEZA

La potencia del creador se manifiesta en forma destacada en la existencia de los mundos, en el orden y la armonía que los rigen y que atestiguan la sabiduría infinita de un gran artista. Y en la providencia que todo lo previó y todo lo ha provisto par que se produzca sin interrupción, podemos descubrir también la ternura conmovedora de un Padre amante y compasivo. Lleno de admiración el salmista exclama:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra, y una noche a la otra noche declara sabiduría. No hay dicho, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su hilo, y al cabo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol. Y él, como u novio que sale de su tálamo, alégrese cual gigante para correr el camino. Del un cabo de los cielos es su salida, y su giro hasta la extremidad de ellos: y no hay quien se esconda de su calor “(Salmo 19:1-6)

David oía, por medio de la naturaleza, la voz de Dios dirigiéndose al hombre, y a partir de la belleza de la creación sus pensamientos se elevan con toda naturalidad al Creador. Del Dios de la naturalidad pasaba sin esfuerzo al Dios de la gracia.

Por su parte el apóstol San Pablo dice:

“ Las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo

**entendidas por las cosas que son hechas”
(Romanos 1:20)**

“Dios es Amor”, está escrito en cada capullo de flor que se abre, en cada tallo de la naciente hierba..., todos atestiguan el tierno y paternal cuidado de nuestro Dios y su deseo de hacer felices a sus hijos” (E. G. White).

En la primera página de las Santas Escrituras leemos:

**“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he
aquí que era bueno en gran manera”
(Génesis 1:31).**

Desgraciadamente, vino Satanás y sembró la destrucción en el campo de dios. Si bien la naturaleza nos revela el amor de Dios, también nos revela el poder del mal. Esas dos revelaciones contradictorias se cruzan y se combinan: el mensaje de Satanás deforma el mensaje y dificulta a veces su comprensión. Abundan los malos hombres, las malezas y las fieras. La cizaña perjudica a quienes cultivan campos. Los cataclismos, los terremotos, las inundaciones, las sequías siembran la devastación. Nos asombran a un tiempo la aridez quemante del desierto y la aridez glacial de los polos. Todo esto es anormal. Es la consecuencia del pecado, y desaparecerá con él. Así lo declara la Palabra de dios con una promesa que, en su sentido más amplio, abarca la naturaleza entera:

**“Por que las criaturas sujetas a vanidad,
mas por causa del que las sujetó con
esperanza, que también las mismas criaturas
serán libradas de la servidumbre de corrupción
en la libertad gloriosa de los hijos de Dios
(Romanos 8:20,21).**

Cuando la naturaleza deje de ser el campo de batalla donde estos dos adversarios sumamente poderosos se enfrente en el combate más terrible que se haya reñido jamás, entonces el mensaje de Dios recobrará toda su claridad otra vez el hombre podrá leer, sin temor de equivocarse, el libro de la Naturaleza, Nuevamente será ella el espejo de la divinidad.

DIOS REVELADO EN LA CONCIENCIA

Si Dios se revela por medio de la creación, es natural que se manifieste en forma más especial en el alma de la más noble de sus criaturas, el hombre, a quien creó a su imagen y dio la realeza universal.

Dios habla al hombre por medio de su conciencia, cuya voz se oye distintamente: nos aprueba cuando hacemos el bien y nos condena cuando obramos mal.

La conciencia ha sido puesta por Dios en el hombre para cumplir una misión, a saber, enseñarnos tres nociones fundamentales:

- a) La noción del bien y del mal.
- b) La noción de la obligación moral.
- c) La noción de la libertad individual.

Si estoy en condición de distinguir el bien debo cumplirlo, y si puedo discernir el mal debo evitarlo. Un hecho tal prueba que soy un ser libre y responsable de mis acciones.

Pero aunque delicada y sensible, la conciencia no es un guía suficiente. Necesita ser dirigida. Si el hombre fuese verdaderamente normal, su conciencia y su razón le servirán sin desfallecimiento, pero su caída en el pecado y en prolongado hábito de obrar mal han degenerado su conciencia. La herencia, que a veces pesa mucho, las falsas enseñanzas y los malos ejemplos y, sobretodo, las malas costumbres que contraemos con tanta facilidad alteran la conciencia más delicada. El mal pierde pronto sus ribetes de delito cuando se lo ve lo practica por un tiempo.

DIOS REVELADO EN SU SANTA PALABRA

Por causa del pecado, el mensaje que Dios dirige al hombre por medio de la naturaleza y la conciencia ha perdido parte de su claridad. Por lo tanto, Dios nos ha dado una tercera revelación: Su Santa Palabra.

Este libro, único en el mundo, contiene enseñanzas y ejemplos por medio de los cuales ha instruido a la humanidad a través de los siglos. Así, tenemos una completa revelación de Dios: mediante la naturaleza, la conciencia y las

Santas Escrituras constituyen la revelación más importante, pues nos hacen ver lo que Dios hizo y dijo para salvar a los pecadores. Por medio de ella el Padre nos presenta a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el instrumento de esa salvación maravillosa.

SU EXTRAORDINARIA VITALIDAD

¿Cómo pudo la Biblia, a pesar de los golpes que se le asestaron tantas veces, llegar a ser el libro del cual se vende más ejemplares en el siglo XX? Inversamente, ¿por qué hubo hombres que prefirieron morir antes que separarse de su ejemplar de la Palabra? Es que en ese Libro hay una vitalidad que lo hace prosperar en la adversidad o vivir en la muerte. Veamos lo que decía al respecto un anciano cierta vez:

"Estas palabras son espíritu y vida. Tomad estas semillas de verdad y plantadlas en la China. ¿Qué sucede? Germinan, crecen, florecen y llegan a ser un gran hospital cristiano donde desdichados paganos acuden en busca de la curación que Dios concede a sus cuerpos enfermos. Plantad estas semillas en Africa, y las veréis crecer en escuelas cristianas donde la luz de Jesús disipa las tinieblas de la superstición y el paganismo. Vedlas germinar en el suelo de la India. Llegan a ser una gran casa editorial donde los impresos portadores de vida salen de, prensas para despertar los espíritus adormecidos desde muchos siglos por las filosofías destacadas del pasado". Nuestro Señor dijo:

**“Las palabras que yo os he hablado,
son espíritu son vida” (San Juan 6:63)**

Pensemos en la enorme cantidad de ejemplares de las Santas Escrituras que se han publicado desde que se invento la imprenta hace quinientos años: ¡1.500.000.000 de ejemplares! En su tiempo, Voltaire afirmó que en menos de una generación la Biblia sería un libro olvidado. Pero la misma casa donde vivió Voltaire fue transformada en depósito de una Sociedad Bíblica ¿Dónde está Voltaire hoy? ... En cambio la Biblia sigue viviendo. ¡Qué extraordinaria vitalidad!

¿CUÁL ES EL SECRETO?

¿Cuál es el secreto de esa vitalidad? He aquí la respuesta:

La palabra de Dios es un libro inspirado. En efecto, a pesar de que casi cuarenta distintas personas reyes, estadistas, labradores, poetas, médicos- y en un lapso de casi mil quinientos años, contribuyeron a redactarla, es una obra maestra de unidad. Es una carta que Dios nos escribió y en la que nos dice todo lo que debemos saber con respecto a nuestro Creador, y con respecto a Jesucristo, su Hijo, nuestro Salvador, a la vez que nos indica nuestro origen y destino. La Palabra de Dios posee la solución de todos los problemas humanos. ¿Es posible esto? Veamos la explicación:

“Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, entera-mente instruido para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16,17)

El secreto del poder de la Palabra de Dios reside en el hecho de que es un libro inspirado, es decir que existe por el aliento divino. Notemos el testimonio que la Palabra de Dios da acerca de sí misma:

“Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo” (2 San Pedro 1:21).

Es ésta una verdad tan evidente que expresiones como "Así dice Jehová", "Dice Dios", se encuentran más de 2.500 veces en las Santas Escrituras. El salmista declara:

“El espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha sido en mi lengua” (2 Samuel 23:2).

Profetas, salmistas y apóstoles, todos declaran que sus escritos provienen de la misma fuente. Hombres escogidos por Dios sintieron que sobre ellos se asentaba el poder del Espíritu Santo. Fue mediante sueños y visiones celestiales y bajo la inspiración de Dios como fueron impulsados a hablar y a escribir. Dios pronunció sus verdades eternas por intermedio de estos

hombres de antaño. Examinemos la evidencia del poder manifestado por esa Palabra.

**“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos,
y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca...
Porque él dijo, y fue hecho; él mando, y existió
(Salmo 33:26,9).**

¿No es esto impresionante? La Palabra inspirada dice: "Sea", y he aquí que surgen a la existencia las cosas materiales.

**“Por la fe entendemos haber sido compuestos los
siglos (mundos) por la palabra de Dios” (Hebreos 11:3).**

Aún hoy, la misma palabra que creó el mundo continúa su obra. El apóstol nos muestra a Dios "sustentando todas las cosas con la palabra de su potencia" (Hebreos 1:3).

La creación es un testimonio mudo del poder de la Palabra de Dios. Cuando él habla, su Espíritu obra y lo invisible se materialice. El poder divino que se ve en la creación es el mismo que se manifestó en la vida de nuestro Señor, el hombre-Dios de Galilea. La Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios. El Nuevo Testamento atestigua la verdad del Antiguo, cuyas palabras cite de continuo. Estas dos partes testifican una acerca de la otra y se complementan.

¡Con qué fidelidad debiéramos considerar cada doctrina de las Santas Escrituras! ¡Cuán dispuestos debiéramos estar a aceptar las reprensiones que nos dirigen! ¡Con cuánto agradecimiento debiéramos someternos a su corrección y con cuánto ardor debiéramos escudriñarlas para aprender en qué consiste la debida manera de vivir! La Santa Palabra de Dios es una norma de vida. Es el mapa de nuestro camino a la vida eterna. Por esto debemos hacer de la Palabra Santa la guía infalible de nuestra vida.

**“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto,
es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).**

¿Podemos experimentar el poder de esa Palabra en nuestra vida? Sin duda alguna; pero tan sólo en la medida en que dejemos de lado nuestras

opiniones personales, nuestros prejuicios y toda creencia que no concuerde con esa Palabra. El poder es para todos los que hacen de las Santas Escrituras la guía de su vida.

Apreciado amigo, ¿desea usted ese poder en su vida? La invitación que nos dirige el Señor es: "Gustad, y ved que es bueno Jehová" (Salmo 34:8).

A Dios Perlas son de tu mano las estrellas; tu corona los soles, que el vacío, prendió tu mano, y de tu imperio pío, espada y cetro al par son las estrellas. Por el éter y el mar andas sin huellas; y cuando el huracán suelta bravío, sus mil voces de un polo al otro frío, con tu voz inmortal sus labios sellas. Doquier estás, doquier llevan tu nombre mares, desiertos, bosques y palacios, cielos, abismo, el animal, el hombre; aunque estreches la mente y los espacios, te llevan ¡oh Señor! sin contenerte; te adoran ¡oh Señor! sin conocerte.

Lección # 3- EL ACONTECIMIENTO MAS GRANDE DE LA HISTORIA

INTRODUCCIÓN

Existe en el mundo la profunda impresión de que estamos en vísperas de un acontecimiento extraordinario que sacudirá nuestro planeta, transformará nuestra civilización y nos afectará a todos profundamente. Pero si bien el mundo en general no sabe exactamente en qué consistirá, las Sagradas Escrituras demuestran claramente que ese suceso prodigioso será la segunda venida de Cristo.

En verdad hay que ser sordo para no oír las trompetas que anuncian el regreso de Jesús. Hombres de ciencia, sin inclinaciones religiosas, al escrutar el porvenir declaran que estamos viviendo los últimos días de nuestra civilización. Temen que nuestro mundo, aficionado a las contiendas, llegue a destruirse a sí mismo, a menos que algo - o ALGUIEN - lo detenga a tiempo.

Sabemos sin embargo, que eso no ocurrirá. Dios no permitirá el suicidio de la humanidad, pues intervendrá personalmente antes de que ello suceda, para terminar con este estado de cosas y establecer por la eternidad su reino de paz entre los hombres.

Alguien podría preguntar: "¿Tiene alguna base nuestro optimismo? ¿Qué dicen las Sagradas Escrituras? ¿Cómo podemos saber que Jesús vendrá pronto?"

El que más de una vez predijo con claridad y certeza los sucesos de la historia, nos habla también del acontecimiento culminante, la segunda venida de Jesús, y nos ha dado en forma detallada las señales de su próximo advenimiento, que se manifiestan en todas partes: en el mundo industrial, en el social, en el económico, en el religioso. Las luces de peligro se encienden ante nuestros ojos; las sirenas lanzan su penetrante alarma para anunciar a un mundo indiferente que Cristo vuelve.

El próximo gran acontecimiento, que nuestro mundo verá será la implantación del reino de Dios en esta tierra y eso ocurriría en nuestros días.

SEÑALES EN EL MUNDO POLÍTICO

Veremos en esta lección las principales señales presentadas en la Palabra de Dios que nos permiten saber a ciencia cierta que Jesús vendrá pronto. Dios nos ayude a comprender el significado de los tiempos en que vivimos, a fin de que nos preparemos para la venida del Maestro.

Si las guerras son la enfermedad de nuestro mundo, ello quiere decir que éste ha estado enfermo desde que existe. En los últimos 3.500 años de historia ha habido apenas 275 años de paz. Durante el siglo XIX hubo conflictos terribles, pero el siglo XX está resultando peor: es el siglo de las guerras mundiales.

“Y se han airado las naciones, y tu ira es venida, y el tiempo... para que destruyas los que destruyen la tierra” (Apocalipsis 11:18).

Lo que conocemos hoy como paz, no lo es en realidad. La poca que tenemos de vez en cuando ¡dura tan poco! El Maestro, al dar las señales de su segunda venida, dijo al respecto:

“Y oiréis guerras, y rumores de guerras... Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino (San Mateo 24:6,7).

Las crisis internacionales, que se suceden una a otra, dejan perplejos a los estadistas. Con frecuencia se sienten incapaces de hacer frente a la situación. Las naciones gimen de angustia. Las presiones extranjeras apremian a muchos pueblos. Las grandes naciones, enormes gigantes, empujan y aplastan a las pequeñas, y como resultado todo el mundo está sumido en la inquietud. ¡Con cuánta sencillez nos indicó nuestro Señor que esta situación sería una señal de su venida!

“Entonces habrá señales;... y en la tierra angustia de gentes” (San Lucas 21:25).

Con estas palabras el Rey venidero predijo los trastornos internacionales y confusión actuales, que no acabarán sino cuando él regrese.

“Y será tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente hasta entonces (Daniel 12:1).

La confusión actual del mundo es una dramática señal de advertencia. Amigo que estudia esta lección, observe con atención estas señales; ellas anuncian que el Señor Jesús volverá pronto.

SEÑALES EN EL MUNDO SOCIAL

Las señales que se observan en el mundo social debieran llenar-nos de temor. Las estadísticas que citamos en esta lección se han tomado de los registros norteamericanos porque en los Estados Unidos se los lleva con bastante cuidado. Si en algunos otros países se hiciera lo mismo, las cifras serían tan malas o peores.

Pensemos en los 2.000.000 de delitos graves registrados en un año en los Estados Unidos sola-mente, y que un alto porcentaje de esos crímenes fue cometido por jóvenes cuya edad era, como término medio, de 18 años. Los periódicos y revistas que leemos son testigos silenciosos de que el tiempo es corto. Los asaltos a mano armada, los robos, los homicidios y las agresiones ocurren diariamente en todas partes. Añadamos a todo esto los numerosos delitos que no llegan a conocimiento de las autoridades. Leamos lo que dice la Escritura:

“Esto también sepas, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos: que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad, sin afecto, desleales, calumniadores, destemplados, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados, amadores de los deleites más que de Dios” (2 Timoteo 3:1-4).

Tal es el cuadro profético del estado social en los últimos tiempos. La desaparición de la disciplina del hogar, la falta de respeto por la ley y el

orden, todo esto se halla en el cuadro que nos presentan las Escrituras. San Pablo describió muy bien la situación actual; no es necesario cambiar una sola de sus palabras.

En los Estados Unidos, el tráfico de drogas ilícitas sumaba en 1986 110 mil millones de dólares anuales. Sólo las ventas callejeras de cocaína generaron ese año 40 mil millones de dólares para los traficantes.

En 1900, en el país mencionado, 1 casamiento de cada 10 terminaba en divorcio. En 1936, 1 de cada 5. En 1946, 1 de cada 3. En nuestros días, la mitad de los matrimonios terminan en divorcio. ¿Qué dijo nuestro Señor?

“Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día que Noé entró en el arca, y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:38, 39).

Nadie puede negar que estas palabras de nuestro Señor Jesucristo se cumplen en nuestra vida social. El hogar se desmorona; el matrimonio ya no se tiene en cuenta; los divorcios van en aumento. La delincuencia juvenil es el resultado natural de este estado de cosas.

A fines de 1986, un informe de la Academia Nacional de Ciencias de los EE.UU. -la más prestigiosa agrupación de científicos de la nación- hizo la siguiente predicción espantosa relativa al avance del SIDA: Para noviembre de ese año, se estimaba que un millón y medio de estadounidenses eran portadores del virus del SIDA.

Para 1991 se predecía que la tasa de mortalidad llegaría a 54.000 víctimas por año, y que el virus se habría extendido a entre 5 y 10 millones de personas. De ellos, posiblemente la mitad morirán de la enfermedad.

Si el mundo aceptara el punto de vista bíblico en lo relativo a la pureza, la moralidad y la temperancia, ¡qué reforma grandiosa se vería! Pero las condiciones sociales que imperan en el mundo de hoy claman a voz en cuello que ha llegado el tiempo cuando el Hijo de Dios ha de regresar.

SEÑALES EN EL MUNDO RELIGIOSO

El número de personas que figuran como miembros de las iglesias va en aumento en todo el mundo. Pero mucho más de la mitad de ellas no las frecuentan con fidelidad. Otros no asisten nunca. Muchas iglesias sólo cuentan con un buen auditorio en ocasión de las fiestas mayores del año. Más de una tercera parte de los adolescentes de cierta gran ciudad, interrogados al respecto, jamás habían oído hablar de los Diez Mandamientos.

En contraste, los lugares de diversión están siempre más que repletos. Y mientras la humanidad ignora los fundamentos cristianos más elementales, los teatros, los cines, las salas de juego y todos los lugares de placer prosperan en forma extraordinaria. La Palabra de Dios permanece en un estante de la biblioteca, en tanto que las lecturas más perniciosas son la delicia de nuestra generación

¿Recordamos la señal relativa a comer y beber según la resumió el Señor Jesús en San Mateo 24:38 y que citamos en un párrafo anterior?

Una porción de bebidas intoxicantes y del tabaco elaborado es consumida por los creyentes cristianos. Si éstos aceptasen el punto de vista bíblico de la temperancia total ¡qué reforma grandiosa se vería! Pero el hecho de que no sea así subraya el cumplimiento de esta señal de la proximidad de la venida de Cristo que encontramos en la Biblia:

“Amadores de los deleites; más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:4, 5).

SEÑALES EN EL MUNDO CIENTIFICO

Es posible volar de Buenos Aires a Paris en unas pocas horas. El avión nos permite desayunar en Nueva York y cenar en otro extremo del mundo. No se necesita mucho tiempo para dar la vuelta al mundo.

Las locomotoras antiguas resultan ridículas frente a las de hoy. Automóviles que superan todo lo que nuestra imaginación pudiera concebir se deslizan por carreteras impecables a velocidades vertiginosas.

La Unión Postal Internacional lleva una carta o una encomienda a cualquier parte del mundo en un plazo mínimo y por una suma muy pequeña. Gracias al teléfono, podemos conversar con nuestros amigos distantes sin salir de nuestra casa. Nuestros aparatos de radio y televisión introducen en nuestros hogares voces y espectáculos que provienen de las partes más remotas de la tierra. Los aparatos de radar perciben a grandes distancias cualquier objeto que se halle en el espacio surcado por decenas de satélites colocados allí por los hombres. Si los que murieron hace cincuenta años volviesen a vivir, no reconocerían nuestra tierra.

En nuestro siglo domina la ciencia. Nuestras universidades y nuestros colegios ven llenarse sus aulas con alumnos que siguen los cursos más variados. Los que asisten a las escuelas superiores de hoy, poseen más instrucción que muchos profesores de universidad de hace algunas décadas. Nuestras fábricas lanzan al mercado sus productos en cantidades astronómicas; la electricidad es el milagro que sirve a todos.

¡Cuántos descubrimientos! ¡Cuántos progresos en el dominio de la ciencia! ¿Cómo puede el espíritu humano ser a la vez tan fecundo y tan ciego como para no darse cuenta de que todo esto es el cumplimiento de las profecías que señalan el fin? Apreciado amigo, esto lo había predicho la Santa Escritura.

**“Tú, empero Daniel, cierra las palabras
y sella el libro hasta el tiempo del fin:
pasarán muchos, y multiplicarse la
ciencia” (Daniel 12:4)**

SEÑALES EN EL MUNDO FÍSICO

Durante los últimos 150 años se ha producido un número de terremotos mayor que el que se había registrado durante toda la historia anterior. Desde el terremoto de Lisboa, ocurrido en 1755, estos desórdenes de la naturaleza han ido en aumento. El Dr. Juan Milne hizo para la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias:

Siglo I	15	Siglo XI	53
Siglo II	11	Siglo XII	84
Siglo III	18	Siglo XIII	115
Siglo IV	14	Siglo XIV	137
Siglo V	15	Siglo XV	174
Siglo VI	13	Siglo XVI	253
Siglo VII	17	Siglo XVII	378
Siglo VIII	35	Siglo XVIII	640
Siglo IX	59	Siglo XIX	2119
Siglo X	32	Siglo XX	?

Durante la primera mitad del presente siglo se registraron por lo menos doce muy importantes que causaron la muerte a más de 600.000 personas y destruyeron un número elevado de ciudades. Las pérdidas materiales alcanzaron a miles de millones de dólares

Desde 1900, más de 10.000.000 de seres perecieron en el curso de las cuatro grandes hambres que se produjeron. Las grandes guerras mundiales sumieron poblaciones enteras en la miseria y la inanición. Y a la alimentación escasa se debe gran número de enfermedades. Numerosas epidemias destruyeron miles de vidas humanas durante nuestra generación. Tan corrientes son estos desastres hoy que en cierta medida nos hemos acostumbrado a ellos. Pero, ¿comprendemos su significado? Nuestro Señor dijo:

**“ Y habrá pestilencias y hambres,
y terremotos por los lugares” (San Mateo 24:7)**

Estas señales que se notan en el mundo físico nos anuncian con toda certeza que nuestro Señor va a volver pronto.

¿CUÁNDO COMENZARON A APARECER?

Cuando leemos algo acerca de la época que concluyó con la Revolución Francesa, notamos que en aquel tiempo la conciencia de los hombres estaba sometida a las potencias dirigentes, ya fueran políticas o religiosas. La opresión era la regla y la menor resistencia a la autoridad significaba la persecución y a menudo la muerte. Todos debían dar pruebas de su adhesión a las creencias de la época, cualesquiera que fuesen. Las últimas persecuciones se produjeron hacia mediados del siglo XVIII, más o menos

cuando se produjo el terremoto de Lisboa. Dios había prometido que en esa época presentaría su primera señal en el cielo. ¿Cuál era esa señal? Veamos:

He aquí lo que puede leerse en el famoso diccionario Webster, edición de 1869: "El Día Oscuro. 19 de mayo de 1780, es llamado así a causa de una notable oscuridad que se extendió en aquel día por toda nueva Inglaterra. En muchos hogares durante varias horas consecutivas fue imposible leer al aire libre letras de tamaño común. Las aves canoras entonaron sus cantos vespertinos, desaparecieron y callaron; las aves domésticas se retiraron a sus corrales; el ganado se fue a sus establos, y se encendieron las luces en las casas. La oscuridad comenzó hacia las diez de la mañana y prosiguió hasta la medianoche siguiente... La verdadera causa de este notable fenómeno es desconocida".

La ciencia no ha podido explicar jamás este fenómeno, pero la Palabra de Dios hablaba de él. El sol mismo iba a anunciar la proximidad del regreso del Señor:

“Empero en aquellos días, después de aquella aflicción, el sol se obscurecerá, y la luna no dará su resplandor; y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes que están en los cielos serán conmovidas” (San Marcos 13:24, 25).

Notamos que el Señor elude además a cierta caída de estrellas. ¿Se produjo ese fenómeno? El entomólogo J.H. Fabre habla en estos términos de ese acontecimiento: "El 13 de noviembre de 1833, desde las 9 de la noche hasta la salida del sol se contempló a lo largo de las costas orientales de América del Norte una de las más memorables lluvias de estrellas fugaces. Parecidas a cohetes, irradiaban por miles desde un mismo punto del cielo para ir a todas direcciones, en línea recta o sinuosa. Muchas explotaban antes de desaparecer. Algunas tenían el brillo de Júpiter o de Venus. Era imposible contarlas, pues caían en abundancia comparable a la mitad de los copos de nieve durante una nevada corriente. Sin embargo, cuando disminuyó el fenómeno, un observador intentó hacer un cálculo aproximado. En quince minutos, en una décima parte del cielo, contó 866 estrellas fugaces, lo que daría 8.660 para todo el hemisferio visible, y 34.640 para el

lapso de una hora. Pero esa lluvia duró más de 7 horas; y, además, fue observada científicamente sólo cuando iba disminuyendo su intensidad..."

¿Fue en verdad una señal del regreso de nuestro Señor? He aquí lo que dice la Palabra de Dios:

“Y las estrellas caerán del cielo” (San Mateo 24:29).

¿Se debió este fenómeno a la casualidad? ¡Imposible! Nuestro Señor había anunciado en primer lugar que el cielo se oscurecería, luego que las estrellas caerían del cielo. Las señales se presentaron en el orden indicado por nuestro Señor.

VELAR, ESPERAR

El Señor Jesús vendrá. Será nuestro Rey. Nuestros corazones lo aguardan con impaciencia. Los que le amen de veras considerarán estas cosas con seriedad y Con la ayuda de Cristo. Velarán durante la noche de espera.

Pronto el Hijo de Dios aparecerá en las nubes del cielo y todos los que hayan amado su venida se unirán al desfile triunfante que entrará en los atrios celestiales.

Apreciado amigo, las señales nos dicen que el Señor se acerca. ¿No quiera usted Velar también?

Lección # 4- UNA PREPARACION INDISPENSABLE

INTRODUCCION

¡Bataán! ¡Corregidor! ¡Las Filipinas! Estos nombres evocan la segunda guerra mundial y recuerdan la lucha del Pacífico y cómo, paso a paso, las fuerzas aliadas debieron replegarse. ¿Recordamos el momento conmovedor cuando el general Douglas MacArthur subió a bordo del avión que iba a llevarlo a Australia? Al retirarse de Bataán, dirigió estas palabras llenas de esperanza a sus soldados empeñados en la batalla: "VOLVERE".

En ese momento, el porvenir parecía muy incierto, pero las últimas palabras del general estimularon a las tropas y las unificaron para continuar la lucha: "Volveré". ¡Qué promesa maravillosa! ¡Cuán grande fue el gozo de muchos cuando, meses más tarde, los titulares de los diarios anunciaban que el general había vuelto! Fiel a su promesa, MacArthur volvió, y logró la victoria.

Cuando nuestro Señor, después de haber lidiado con las potencias del mal, iba a abandonar la tierra, en el momento de su ascensión, formuló también esta promesa maravillosa: "¡Volveré"!

**"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay. De otra manera os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo: para que donde yo estoy, vosotros también estéis"
(San Juan 14:1-3).**

¿No oye usted su dulce voz diciendo: "Volveré"? La Santa Biblia contiene numerosas referencias al más importante de los acontecimientos venideros: el retorno de nuestro Señor. Alguien ha dicho que en las Escrituras se elude más de 2.500 veces al regreso de nuestro Señor Jesús. Otra cosa que sorprende es que el Antiguo Testamento contiene muchas de esas citas. En

los 260 capítulos del Nuevo Testamento, la venida de Cristo se menciona 318 veces. En la Palabra de Dios encontramos un gran número de pasajes que anuncian la primera venida de Cristo, pero son ocho veces más numerosos los que mencionan la segunda venida. Fue lo primero que Dios anunció después de la entrada del pecado, y es también la última promesa de la Santa Escritura:

**"Ciertamente, vengo en breve"
(Apocalipsis 22:20).**

EL TEMA DE LOS SIGLOS

En la época del diluvio, Enoc, el séptimo patriarca después de Adán profetizó:

**"He aquí que viene el Señor, con las huestes
innumerables de sus santos ángeles, para
ejecutar juicio sobre todos" (San Judas 14,15, VM).**

Notemos que ambos, Enoc y San Judas, hablan del gran acontecimiento. Sí, y también Abrahán, que vivió catorce generaciones después de Enoc, esperaba un día mejor. He aquí lo que dice San Pablo acerca de la fe del patriarca Abrahán, quien vivió dos mil años antes de Jesucristo:

**"Porque esperaba ciudad con fundamentos,
el artífice y hacedor de la cual es Dios"
(Hebreos 11:10).**

Nuestro Señor explica que Abrahán contempló en visión profética el advenimiento de nuestro Señor y el establecimiento de su reino.

**"Abraham vuestro padre se gozó por ver mi
día; y lo vio, y se gozó (San Juan 8:56).**

Por la fe Job, contemporáneo de Abrahán, manifestó su esperanza de ver al Mesías:

"Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo. Y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios" (Job 19:25, 26).

Por su parte, el salmista escribió este testimonio mil años antes de Cristo:

"Vendrá nuestro Dios, y no callará. Fuego consumirá delante de él, y en derredor suyo habrá tempestad grande" (Salmo 50:3).

En todos los tiempos hubo hombres que esperaban la liberación que significara el regreso de nuestro Señor. Los escritores del Nuevo Testamento mantuvieron muy en alto la antorcha de la fe, y desde que Jesús prometió volver, en todas partes ha habido corazones cristianos sostenidos por esta promesa.

¿CÓMO VOLVERÁ?

"He aquí dos varones se pusieron junto a ellos en vestidos blancos. Los cuales también dijeron: Varones Galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:10, 11).

Los ángeles anunciaron la primera venida de Cristo en Belén. También fueron los ángeles los que prometieron a los discípulos que él volvería así como había partido. ¿Y cómo abandonó esta tierra? Veamos:

"Habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado; y una nube le recibió y le quitó de sus ojos" (Hechos 1:9).

Su partida fue visible. Fue llevado al cielo, y una nube lo ocultó a la vista de sus discípulos. De la misma manera volverá.

"He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron" (Apocalipsis 1:7)

Exactamente así dijo Jesús a sus discípulos que volvería: "en las nubes", y "todo ojo le verá". No se insinúa nada de secreto en estas promesas, ¿no es cierto?

**"Y entonces lamentarán
todas la tribus de la tierra, y
verán al Hijo del Hombre
que vendrá sobre las nubes
del cielo, con grande poder
y gloria" (San Mateo 24:30).**

Nuestro Señor dijo claramente, en el capítulo 24 del Evangelio según San Mateo, que habría falsos cristos que simularían su retorno. Los puso en guardia diciendo: "He aquí os lo he dicho antes" (versículo 25). Toda persona que entonces esté viva, verá al Señor Jesús cuando vuelva a la tierra por segunda vez.

**"Así que, si os dijeren: Aquí en el desierto está,
no salgáis. Aquí en las cámaras, no creáis.
Porque como el relámpago que sale del oriente
y se muestra hasta el occidente, así será también
la venida del Hijo del Hombre" (San Mateo 24:26, 27).**

Todo ser viviente vera a nuestro Señor cuando vuelva en las nubes de los cielos. La segunda venida de Jesús no será un acontecimiento de orden únicamente espiritual. Será un suceso real, literal, tangible. Lo veremos, no sólo con los ojos del alma, sino con los del cuerpo.

¡Cuán a menudo hemos visto los relámpagos rasgar el firmamento en noches de tormenta! Su luz ilumina el cielo y se ve desde grandes distancias. Los relámpagos no se producen en secreto. Se ven desde todas partes. Nuestro Señor nos recomendó que no nos dejáramos engañar por ciertas doctrinas de retornos secretos, pues su venida será visible para todos. Y además su voz resonará hasta los confines de la tierra.

**"Y enviará sus ángeles con
gran voz de trompeta"
(San Mateo 24:31).**

"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación" (San Juan 5:28, 29).

San Pablo añade lo siguiente acerca de esta gloriosa esperanza:

"Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero" (1 Tesalonicenses 4:16).

¡Oh, cuán hermoso será ese día de bienaventuranza ver a nuestro Señor volver con todo su esplendor y majestad, rodeado de sus santos ángeles!

¿QUIÉN LO VERÁ VOLVERÁ?

Cuando nuestro Señor fue condenado, el sumo pontífice le dirigió la siguiente pregunta: "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios" (San Mateo 26:63). El Señor Jesús contempló unos instantes a esos jefes llenos de malicia y contestó:

"Tú lo has dicho. Y aun os digo, que desde ahora habéis de ver al Hilo del Hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios, y que viene en las nubes del cielo" (San Mateo 26:64).

¿Cómo podrían ver a Jesús los dirigentes del Sanedrín cuando volviera en las nubes de los cielos, siendo que murieron pocos años después y hace casi dos mil años que estas palabras fueron pronunciadas? El apóstol San Juan nos permite contestar esta pregunta. Veamos:

"He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él" (Apocalipsis 1:7).

Se nos dice que algunos impíos verán el regreso de nuestro Señor. "Los que le traspasaron". Los verdugos romanos y los crueles dirigentes judíos resucitarán para ver este glorioso acontecimiento y verificarán el cumplimiento de la Palabra de Dios.

La Escritura nos habla también de cierta resurrección de santos y pecadores antes que el Hijo de Dios aparezca en el cielo. En el Antiguo Testamento encontramos esta profecía:

"Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua" (Daniel 12:2).

La Santa Biblia enseña claramente que la primera resurrección general se realizará en el momento del regreso de nuestro Señor, y que abarcará a los justos que durmieron con su fe en Jesús y están en sus tumbas.

La segunda resurrección general, como lo aprenderemos luego, sigue a los mil años de silencio que habrá en esta tierra y que devuelve a la vida a los impíos, que finalmente se perderán para la eternidad. (El tema de los "mil años", se trata con más amplitud en la lección No. 17 de este mismo curso).

Se habla en la Escritura acerca de otra resurrección que nosotros llamaremos especial.

Esta resurrección especial mencionada aquí hace salir de sus tumbas, para que vean venir en gloria al Cristo crucificado, a aquellos que le persiguieron, y también a algunos justos. ¡Qué vergüenza y qué pesar experimentarán los que persiguieron a Cristo! ¡Qué momento de dicha inefable y de gozo para quienes surgieron de sus tumbas para ver el triunfo final del Evangelio!

¿Quién verá al Señor cuando vuelva por segunda vez? Resumiendo lo que hemos estudiado vemos que son:

- a) Los justos que se encuentren vivos entonces.
- b) Los impíos que se hallen con vida.
- c) Los justos muertos que serán resucitados.

d) Los dirigentes judíos y las autoridades romanas que participaron en la condenación y muerte de Jesús.

El apóstol añade el pensamiento alentador de que, cuando nuestro Señor aparezca por segunda vez, traerá la salvación a los que le hayan esperado. Por eso, apreciado amigo, si usted preparó su corazón y su espíritu a fin de vivir con él durante la vida venidera, y se encuentra entre los vivos en ocasión de su regreso, también le verá volver:

"Así también Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos; y la segunda vez, sin pecado, será visto de los que le esperan" (Hebreos 9:28).

¿POR QUÉ VOLVERÁ EL SEÑOR?

Dios no hace nada sin motivo, y hay razones para que Jesús vuelva. Notemos lo que dice la Palabra de Dios acerca de ello. Hemos visto que aun los muertos oirán en las profundidades de sus tumbas. Esto quiere decir que los justos que estén muertos saldrán de su tumba en ocasión de la resurrección que se producirá al venir el Señor. Uno de los propósitos del regreso del

Redentor será despertar a los justos que duermen en la tumba.

"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida" (San Juan 5:28, 29).

"Y los muertos en Cristo resucitarán primero" (1 Tesalonicenses 4:16).

¿Por qué razón los justos vivos y los justos resucitados serán elevados en los aires al encuentro del Señor? Dejemos que la Escritura nos conteste:

"En la casa de mi Padre muchas moradas hay: de otra manera os lo hubiera dicho. Voy, pues,

a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (San Juan 14:1-3)

Quiere decir que nuestro Señor volverá para llevarnos consigo en el momento de la primera resurrección general. No vendrá a vivir con nosotros; somos nosotros quienes iremos a vivir con él. Será maravilloso vivir en el cielo con nuestro Señor y los ángeles y poder contemplar el rostro de nuestro Padre celestial. ¿No quisiera usted formar parte de este grupo bienaventurado? Escuche lo que se nos dice acerca de la maravillosa transformación que se producirá en nuestros cuerpos, tan cansados, tan gastados y a veces, tan enfermos:

"He aquí os digo un misterio: Todos ciertamente no dormiremos, mas todos seremos transformados. En un momento, en un abrir de ojo, a la final trompeta" (1 Corintios 15:51, 52).

"Nuestra vivienda está en los cielos; de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo. El cual transformará el cuerpo de nuestra bajeza, para ser semejante al cuerpo de su gloria, por la operación con la cual puede también sujetar a sí todas las cosas" (Filipenses 3:20, 21).

Pero, ¿qué les sucederá a los malos que no serán llevados al cielo con nuestro Señor? ¿Vivirán aquí en esta tierra alejados de él? ¿Qué dice la Santa Biblia?

La Palabra de Dios enseña que no quedará en la tierra ni una sola persona viva cuando el Señor se lleve a los justos al cielo. En la 2a. Epístola a los Tesalonicenses, capítulo 2, versículos 8 y 9, se nos dice que los malos serán consumidos y anonadados por "el resplandor de su venida". No debe pues sorprendernos que nuestro Señor haya dicho: "Entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra" (San Mateo 24:30). ¡Cuán terrible será perderse en ese día!

"Y como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, los hombres tomaban mujeres, y las mujeres maridos, hasta el día que entró Noé en el área; y vino el diluvio, y destruyó a todos" (San Lucas 17:26, 27).

"Así mismo también será como en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban. Mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y destruyó a todos: como esto será el día en que el Hijo del hombre se manifestará" (San Lucas 17:28-30).

¿CUÁNDO VOLVERÁ EL SEÑOR JESUS?

Nuestro Señor nos ha recomendado que no fijemos fecha para su regreso. Los discípulos querían saber cuándo volvería pero él les contestó:

"Empero con respecto de aquel día y hora, nadie sabe cuándo será, ni siquiera los ángeles del cielo... sino solamente mi Padre" (San Mateo 24:36, VM).

"Velad pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor" (versículo 42).

"Por tanto, también vosotros estad apercebidos; porque el Hijo del Hombre ha de venir a la hora que no pensáis" (versículo 44).

Nuestro Señor deseaba llamar nuestra atención a este acontecimiento tan importante, pues repite tres veces su advertencia. Nadie sabe con exactitud el momento en que vendrá; por lo tanto, velemos y estemos listos.

¿COMÓ ME PREPARARÉ?

¿Qué quería decir nuestro Señor cuando amonestó: "Velad" y "Estad apercibidos"? ¿Cómo podemos prepararnos? Leamos:

"La segunda vez, sin pecado, será visto de los que le esperan para salud (salvación)" (Hebreos 9:28).

"Sabemos que cuando el apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio" (1 San Juan 3:2, 3).

"Pues como todas estas cosas han de ser deshechas, ¿qué tales conviene que vosotros seáis en santas y pías conversaciones, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos siendo encendidos serán deshechos, y los elementos siendo abrasados, se fundirán? Bien que esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en esperanza de estas cosas, procurad con diligencia que seáis hallados de él sin mácula, y sin reprensión, en paz" (2 San Pedro 3:11-14).

Muy apreciado amigo, sólo mediante una entrega total de nuestra vida a Dios podemos prepararnos para ir al encuentro de nuestro Señor, cuando venga en las nubes del cielo. Cualquiera sea el sacrificio que hayamos de hacer, será poca cosa en comparación con la felicidad que nos espera, si estamos preparados para recibir a nuestro divino Salvador. El Señor viene. El advenimiento del Señor Jesús en gloria y majestad será el acontecimiento mayor de la historia humana. La transformación será total y permanente. Esto constituye la esperanza de cristiano. Puede ser la suya, apreciado amigo.

¿Permitiremos que Dios nos purifique a fin de estar listos para ese gran acontecimiento?

Vete Por la Vida

Lleno de horizontes y de azul de cielo;
de serenas cumbres y visión de mar,
vete por la vida con ansia de vuelo,
llevando en el alma las notas más
bellas de un bello cantar.

Vete por la vida regando el camino de
claros ensueños, de luz y de amor; sintiendo
el milagro que tiembla en el trino al mágico
embujo de un suave fulgor.

Vete por la vida, llenándola de sueños;
abre surcos nuevos y hazlos florecer;
y pon al paisaje los tintes risueños
que tiene el encanto del amanecer.

Lección # 5- EL ORIGEN DEL DOLOR

INTRODUCCIÓN

Una de las maravillas de nuestros días la constituyen los robots industriales, esas complejísimas herramientas que son capaces de armar automóviles, soldar tableros completos de circuitos electrónicos y realizar difíciles análisis de laboratorio, sin que los toquen manos humanas. Es evidente que estas asombrosas herramientas automáticas no podrían hacer todo esto si no hubiese detrás de ellas inteligencias invisibles, que programaran las computadoras que las dirigen.

Así también, en el mundo en que vivimos, personas que por muchos años hemos considerado buenos vecinos, de pronto cometen actos terribles, sin que podamos explicarnos por qué, a no ser que admitamos la existencia de una fuerza oculta que los ha impulsado a hacerlo. El mundo se ve acosado por tragedias que superan la imaginación. ¿Cómo suceden tales cosas? ¿Por qué? La Palabra de Dios nos revela claramente que una inteligencia maestra, invisible para los ojos humanos, origina los odios, las rencillas, los crímenes, las guerras, y todos los pecados. Esa inteligencia es el diablo, o Satanás.

El Nuevo Testamento lo menciona 71 veces. Todo el que acepte la Palabra de Dios debe creer que este ser existe, porque ella enseña su existencia, y nuestro Señor Jesucristo lo confirma. Leamos:

**“Y les dijo: Yo veía a Satanás,
como un rayo, que caía del cielo”
(San Lucas 10:18).**

**“Y fue hecha una gran batalla en el
cielo: Miguel y sus ángeles contra el
dragón; y lidiaba el dragón y sus ángeles,
y no prevalecieron, ni su lugar fue más
hallado en el cielo. Y fue lanzado fuera
aquel gran dragón, la serpiente antigua,**

que se llama diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12:7-9).

¿CREÓ DIOS AL DIABLO?

Todo lo que Dios hace es perfecto. Por consiguiente, no creó al diablo tal como es hoy. Sin embargo, encontramos en la Escritura la declaración de que Satanás "fue arrojado" del cielo. ¿Cómo se explica que estuviese allí? Veamos:

“Hijo del hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho el Señor Jehová: tu echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. Tú, querubín grande, cubridor; yo te puse; en el santo monte de Dios estuviste... Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad” (Ezequiel 28:12,14, 15).

Bajo el símbolo del "rey de Tiro" se presenta a este ángel poderoso. Se dice que fue "perfecto" "desde el día" en que fue "creado" hasta que en él se halló..."maldad". Quiere decir que en determinado momento de su existencia Satanás era un ángel del cielo, perfecto, dotado de gran hermosura y de mucha sabiduría. Originalmente no era el diablo. Y, sin embargo, hoy lo es, y es, además, el enemigo mortal de Dios y del hombre.

El profeta Isaías nos da información acerca del autor del pecado:

“¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas las gentes. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo, en lo alto junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio, y en el monte del testimonio me sentare, a los lados

**del aquilón; sobre las alturas de las nubes
subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:12-14).**

En compañía de su Hijo Jesús, el Padre creó todas las cosas y a todos los seres celestiales, inclusive a Lucifer, nombre que significa "hijo de la mañana". Pero éste fue seducido por su propia belleza (Ezequiel 28:17). Y deseó ser igual a Dios.

El pecado no tiene razón de ser. Lucifer ocupaba el puesto más encumbrado en el Universo después del Hijo de Dios. Pero el orgullo y el egoísmo que nacieron en él lo impulsaron a sublevarse contra el gobierno divino. Esta rebelión estalló como guerra declarada (Apocalipsis 12:7), y el ángel caído, a quien se llamó desde entonces Satanás, "fue arrojado" del cielo con sus ángeles que lo habían seguido en la rebelión. El orgullo y el egoísmo, que son pecados, no pueden existir en presencia del Dios de amor.

**“Enaltecióse tu corazón a cause de tu hermosura,
corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor:
yo te arrojaré por tierra” (Ezequiel 28:17).**

Entre Miguel el arcángel, es decir, Nuestro Señor Jesucristo, y Lucifer se entabló una lucha que aún no ha terminado. Lucifer originó la rebelión, la cual pro-sigue fuera del cielo y está localizada en nuestro planeta.

El autor del pecado tentó e hizo caer a nuestros primeros padres aquí en la tierra, y les arrebató su dominio y libertad. Conocemos la historia. El capítulo tres de Génesis explica cómo sucedió. Desde entonces el diablo ha sometido a sus tentaciones a la familia humana. Jesús, el Hijo de Dios, quien había vencido al usurpador cuando éste fue expulsado del cielo, descendió a la tierra y asumió "forma de siervo" a fin de poner de nuevo nuestro planeta bajo el dominio de Dios y, sobre todo, librar a los hombres de las garras del maligno.

¿POR QUÉ NO DESTRUYÓ DIOS AL DIABLO DESDE EL COMIENZO?

Al principio no se conocía el pecado. La creación de Dios era perfecta. Cuando en la mente de Satanás surgió el deseo de que él podía ser

semejante al Altísimo (Isaías 14:12-14), y luego cuando afirmó a nuestros primeros padres que comiendo de la fruta prohibida, es decir, desobedeciendo a Dios "serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses" (Génesis 3:5), dio origen a la filosofía atea de que el hombre puede vivir sin Dios.

En la profecía de Apocalipsis 12:4 se nos dice que el dragón, símbolo de Satanás, arrastró una tercera parte de las estrellas (ángeles) y todos fueron arrojados en tierra.

“Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 1 2:9).

Satanás es el engañador por excelencia. Hasta el momento en que se rebeló contra Dios, no se conocía la mentira. Naturalmente, cuando ese ángel poderoso comenzó a mentir y a engañar, los ángeles no podían comprender lo que sucedía. De igual manera Satanás levantó en la tierra un falso concepto de Dios.

“El, homicida ha sido desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de la mentira” (San Juan 8:44).

No se podía demostrar inmediatamente el horror del pecado. Había que dar tiempo para que las consecuencias demostrasen su enormidad y la falsedad de las afirmaciones de Satanás.

“El ladrón no viene sino para hurtar, matar, y destruir” (San Juan 10:10).

Dios podía declarar que el diablo era todo eso, pero se requería tiempo para comprobarlo. Era necesario demostrar que, si se le presentaba la ocasión, Satanás trataría de destruir hasta al Creador. Lo hizo cuando impulsó a los perseguidores de nuestro Señor Jesucristo a clavarlo en la cruz del Calvario. Era necesario que el pecado se manifestara en toda su fealdad para que un día el mundo quedara libre de él. Entonces los pecadores y los

ángeles admitirían sin vacilación la justicia y el amor de Dios. Esto es exactamente lo que ha sucedido y está sucediendo.

“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todo-poderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque tú solo eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán, y adoraran delante de ti, porque tus juicios son manifestados” (Apocalipsis 15:3, 4).

“Para que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que en la tierra, y de los que debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10, 11).

No hay nada que justifique la presencia del pecado. No tiene excusa. Cuando todo ser inteligente, en el cielo y en la tierra, haya comprendido qué es el pecado, y los ángeles caídos, juntamente con los hombres perdidos, hayan confesado su derrota frente a Dios, cuando el diablo y sus obras sean destruidos, el pecado jamás volverá a levantar su odiosa cabeza.

"¿Qué pensáis contra Jehová? El hará consumación, la tribulación no se levantara dos veces" (Nahúm 1:9).

LA OBRA DE SATANAS ENTRE LOS HOMBRES DE LA TIERRA

“Y dijo Jehová a Satán: ¿De dónde vienes? Y respondiendo Satán a Jehová, dijo: De rodear la tierra, y de andar por ella” (Job 1:7).

Las actividades de Satanás están limitadas actualmente a este mundo. Hemos leído en la Escritura que fue arrojado a la tierra, que su ira es grande porque ha perdido la guerra, y que se ha ensañado terriblemente con los seres humanos:

**“Sed templados, y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”
(1 San Pedro 5:8).**

Juan Sánchez era constructor. Alto y robusto, era un hombre alegre y de buen carácter. Había entre sus obreros uno físicamente débil y de temperamento vio-lento, que le ocasionaba bastantes molestias. Cierta día éste se portó de manera particularmente grosera y fue despedido.

Con el corazón lleno de odio abandonó el trabajo y juró vengarse de Juan. Durante mucho tiempo busco la ocasión de perjudicar a su ex jefe, pero no se atrevía a atacarlo pues sabía que el otro era mucho más fuerte que él. Pero la oportunidad se presentó, en la persona del hijo de Juan, un niño de seis años. Cierta vez, cuando el niño jugaba cerca del bosque, lo llevó entre los árboles, lo torturó y al fin le dio muerte. El cobarde había volcado, en un niño que no podía defenderse, el odio que sentía hacia el padre.

Del mismo modo, Satanás no es bastante poderoso para vencer a Dios. Por eso, para vengarse del Padre, ataca a sus hijos. Cuando ve que uno de ellos se aparta del camino recto, aprovecha para torturarlo y producirle la muerte espiritual si puede. Su propósito es hacer sufrir a Dios y a su Hijo, al destruir a aquellos por quienes el Señor Jesús murió. Leemos en la Santa Palabra cómo procuró el diablo apoderarse de San Pedro:

**“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandaros como a trigo”
(San Lucas 22:31).**

Satanás indujo a Judas a traicionar a su Maestro, y luego a suicidarse dominado por la desesperación.

En el Evangelio según San Juan, capítulo 10, versículo 10, encontramos que lo que Satanás hace es robar, mentir y matar. ¡Qué contraste con el amor de nuestro Señor, quien desea que todos tengan vida en abundancia!

**“¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!
Porque el diablo ha descendido a vosotros,
teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco
tiempo. Entonces el dragón fue airado contra la
mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de
la simiente de ella, los cuales guardan los
mandamientos de Dios, y tienen el testimonio
de Jesucristo” (Apocalipsis 12:12,17).**

Satanás aborrece a Dios. Odia a la Iglesia de Cristo, simbolizada en el versículo precedente por una mujer pura, odia a los hijos de Dios y a todo lo bueno. Por esto combate los mandamientos divinos. En el libro de Daniel leemos que perseguiría a los creyentes mediante potencias terrenales e intentaría cambiar "los tiempos y la fe" (Daniel 7:25). Miremos en derredor y veremos con cuánto éxito ha sembrado sus mentiras y maldades.

Nuestro Señor enseñó que Satanás aflige despiadadamente a los hombres. Es el acusador de los hermanos y no ama a nadie. Causa tortura mental, física y espiritual a todos los que caen bajo su poder.

**“Y a esta hija de Abrahán, que he aquí Satanás
la había ligado dieciocho años, ¿no convino
desatarla de esta ligadura...?” (San Lucas 13:16).**

¡LA VICTORIA SOBRE EL DIABLO!

El diablo sabe que está derrotado cuando ve de rodillas, orando, al más débil de los hijos de Dios. ¡Alabado sea el Señor porque el diablo fue vencido en la cruz del Calvario! La Palabra de Dios nos enseña cómo podemos alejarlo de nuestra vida

**“Someteos pues a Dios; resistid al diablo, y
de vosotros, huirá” (Santiago 4:7).**

Dirá usted: ¿Cómo puedo resistir al diablo? La respuesta es: sólo podrá hacerlo por medio de Aquel que ya lo venció: Nuestro Señor Jesucristo. El dice:

**“Mas confiad, yo he vencido al mundo”
(San Juan 16:33).**

**“Hijos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque el que en vosotros está, es mayor que el que está en el mundo”
(1 San Juan 4:4).**

En el amor de Jesús reside el poder que dominará nuestra naturaleza pecaminosa, por medio de la cual el príncipe de las tinieblas procura hacernos caer. Cuando nos veamos tentados, refugiémonos en el Señor Jesucristo. Apoyémonos en esta promesa maravillosa:

**“Porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él”
(Isaías 59:19).**

¿Cómo venceré el pecado en mi vida?

**“Porque todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”
(1 San Juan 5:4, 5).**

Hay poder en el nombre de Jesús. El venció al diablo. También puede tomar posesión de nuestra vida y desterrar de ella el pecado. El es nuestra única esperanza. Nuestra victoria depende de nuestra fe en su poder.

Cierto hombre quería librarse del vicio del tabaco. Fue a ver a un buen amigo y le preguntó qué debía hacer si, por no fumar más, caía gravemente enfermo. El amigo le preguntó: ¿Preferiría usted ceder antes que morir? No había pensado en eso. Desde ese instante decidió que era mejor morir victoriosamente antes que vivir como esclavo. Luego pidió a Dios que le ayudara, y obtuvo la victoria.

**“Ellos le han vencido por la sangre del Cordero,
y por la palabra de su testimonio; y no han amado
sus vidas hasta la muerte” (Apocalipsis 12:11).**

Nuestro Señor dijo:

**“Yo he venido para que tengan vida,
y para que la tengan en abundancia”
(San Juan 10:10).**

Sí, apreciado amigo, repitámoslo: hay poder en el nombre del Señor Jesús. Recorra usted a este nombre admirable en la hora de la tentación. Acuda a Nuestro Señor Jesucristo cuando Satanás lo asalte. El nombre de Cristo es el santo y seña para obtener la victoria. Y mientras fijamos nuestra con-fianza en el Salvador, velemos y oremos para que el enemigo de nuestras almas no pueda influir en nuestra vida.

Lección # 6- ¿QUE DEBO HACER PARA SER SALVO?

INTRODUCCIÓN

En la lista interminable de preguntas que ha hecho el hombre y que todavía puede hacer, hay una más importante que todas las demás: "¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna?"

La vida eterna vale más que todas las riquezas de la tierra ¿Qué ganaría un hombre si llegara a poseer todo el mundo y luego perdiera su alma? Si perdemos la morada eterna que nuestro Señor nos fue a preparar, lo perdemos todo, y más valdría que no hubiéramos nacido.

La Palabra de Dios afirma que todos somos pecadores:

“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno... Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:10, 23).

Si, nuestra condición es desesperada; todos estamos condenados a muerte eterna. Pero Dios nos ama. Quiere librarnos de la esclavitud del pecado y darnos felicidad. Preparó un plan, el plan de salvación, gracias al cual todos los hombres pueden salvarse si así lo desean:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (San Juan 3:16).

Jesucristo, el Hijo de Dios, se revistió con la naturaleza humana. Se identificó con los pecadores y, sin embargo, vivió sin pecado. Finalmente, llevando en sí la iniquidad del mundo, murió en la cruz. Es "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (San Juan 1:29). Es el Salvador que

reconcilia a las criaturas con el Padre celestial. Pagó el rescate exigido por la ley violada. Somos salvados por su vida sin pecado y por su muerte expiatoria, y sabemos que "en ningún otro hay salud (salvación); porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

Esta lección tiene por objeto mostrar que Dios ofrece al hombre la salvación y qué es lo que debe hacer para poseerla. En este asunto intervienen dos partes: Dios y el hombre.

EL DON DE DIOS

"La gracia es un auxilio sobrenatural que Dios nos concede por los méritos de Jesucristo, para nuestra salvación. Se llama sobrenatural, porque nadie puede obtenerlo por sus propias fuerzas".

**"Porque por gracia sois salvos por la fe;
y esto no de vosotros, pues es don de Dios.
No por obras, para que nadie se gloríe"
(Efesios 2:8, 9).**

"Sin el socorro de la gracia divina, no podemos concebir ni ejecutar ninguna cosa útil para la santificación de nuestras almas. No que seamos suficientes de nosotros mismos dice el apóstol -para pensar algo como de nosotros mismos, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios (2 Corintios 3:5). Porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses 2:13). Pero a fin de que la gracia pueda ayudarnos eficazmente, tenemos que cooperar con ella, o por lo menos no debemos resistirla" (Cardenal Gibbons, La Fe de Nuestros Padres, pág. 290).

Con esto, penetramos en el dominio de lo sublime. Es un dominio en el que nos sentimos totalmente extraños. San Juan resume en tres palabras la más hermosa, la mayor y la más eterna de todas las verdades: "Dios es amor" (1 San Juan 4:8).

Si, Dios nos ama. ¿Estamos desalentados, afligidos, desesperados? Recordemos que Dios nos ama. Nos ama con amor eterno, con amor ilimitado, con amor constante y sincero. Conoce nuestras preocupaciones y nuestros dolores; simpatiza con nuestras debilidades. Nos ama. No podemos

comprender toda la misericordia, la compasión, la paciencia, la longanimidad y la ternura que caben en este amor. Ningún amor humano, ni siquiera el de la madre más tierna, puede compararse con el amor de nuestro Padre celestial hacia cada uno de nosotros.

Importa mucho que sepamos esto: Dios no se complace en torturar a sus criaturas en aplastarlas con exigencias inflexibles. Por el contrario, procura con todo empeño sustraerlos a la sentencia de muerte que pesa sobre ellas sin por ello claudicar de su justicia. Dios nos ama y desea salvarnos. En su amor desea ardientemente que nadie perezca sino que todos puedan vivir felices y libres.

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 San Juan 4:9).

Pero si ha de oír la voz de Dios, el hombre debe sentir la necesidad de ser salvo. Debe admitir la realidad de la afirmación bíblica: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso" (Jeremías 17:9), y que es hijo "de ira" (Efesios 2:3) y que está separado de Dios. Es necesario que reconozca que por sus propias fuerzas no puede librarse del pecado. Pero, al mismo tiempo, tiene que recibir la revelación del amor de Dios, por los medios especiales de que se vale la Providencia para llevarlo a descubrir, por un lado las perfecciones divinas y por otro su indignidad.

Entonces, agobiado bajo el peso de su culpabilidad, se humilla y de todo corazón se arrepiente y suplica a Dios -cuyo amor insondable comienza a entreverse- que lo libre del mal.

¿QUÉ DEBO HACER?

“Oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Y Pedro les dice: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el Nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37, 38).

“El que encubre sus pecados, no prosperar: mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13).

Dios presenta tres condiciones para perdonar: el arrepentimiento, la confesión de nuestros pecados y la aceptación de nuestro Señor como Salvador personal.

El arrepentimiento supone un pesar sincero y auténtico por haber pecado. Es un movimiento que nos impulse a desviarnos de todo lo que conocemos como malo. El verdadero arrepentimiento es producido por la potencia convincente del Espíritu Santo (San Juan 16:8). Es un don gratuito de Dios a toda alma que quiera recibirlo (Hechos 5:32). El Espíritu Santo es quien produce esta convicción y este arrepentimiento en todos los corazones que se entregan a su influencia. El verdadero arrepentimiento nos inducirá a confesar nuestros pecados a Dios para recibir su perdón. Así halló David el perdón de sus pecados:

“Confesaré, dije, contra mí mis rebeliones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi Pecado” (Salmo 32:5).

“Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar, y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente. Concíliate con tu adversario presto, entretanto que estás con él en el camino” (San Mateo 5:23-25).

Nuestra confesión a Dios debe ser bien definida. Debemos reconocer y especificar los pecados y faltas que hemos cometido. En relación con nuestra confesión a Dios, y según lo demuestran los textos que acabamos de citar, si sabemos que hemos ofendido a alguno en palabras o acciones, debemos buscarlo y confesarle humildemente nuestra falta hacia él y solicitar su perdón. El apóstol Santiago nos recomienda: "Confesaos vuestras faltas unos a otros, y rogad los unos por los otros", (Santiago 5:16). Es posible que nos hayamos apropiado de bienes que no nos pertenecían. Debemos entonces restituirlos (Ezequiel 33:1-5).

Cuando se acepta al Señor Jesucristo como Salvador, se realice este milagro:

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida” (San Juan 5:24).

Todo ser humano, por naturaleza, está condenado a muerte por la ley de Dios, porque todos pecaron. "Cualquiera que hace pecado, transpasa también la ley; pues el pecado es transgresión de la ley" (1 San Juan 3:4). Pero Cristo murió en la cruz en nuestro lugar, y desde el momento en que lo recibimos como nuestro Salvador personal pasamos de muerte a vida, dejamos de estar bajo la sentencia de muerte pronunciada por la ley de Dios y entramos en la vida eterna recibida por la fe en Cristo.

¿CÓMO PUEDO SABERLO?

¿Cómo puedo saber que mis pecados han sido perdonados?

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad” (1 San Juan 1:9).

Sabemos que nuestros pecados han sido perdonados cuando hemos cumplido las tres condiciones exigidas: el arrepentimiento, la confesión específica a Dios de la falta, y la fe en Jesucristo como nuestro Salvador personal. Una vez que hemos cumplido con estas condiciones, podemos confiar en las promesas de Dios. Nuestros pecados están perdonados y podemos agradecer al Señor ese perdón completo y gratuito.

Cuando hacemos nuestra parte, Dios siempre hace la suya. Tan ciertamente como que hemos confesado nuestros pecados, Dios nos ha perdonado. Cuando nos postramos delante de Dios para confesar nuestras faltas, debemos, una vez hecho, agradecer a Dios por habernos perdonado.

No basta una confesión de labios. Debe haber ciertos sentimientos que inspirar dicha confesión:

a) Dolor por el pecado cometido: "Por tanto denunciaré mi maldad; congojareme por mi pecado" (Salmo 38:18).

b) Arrepentimiento: "Y Pedro les dice: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38).

c) La voluntad de renunciar al pecado: "El que encubre sus pecados, no prosperará: mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia" (Proverbios 28:13).

d) La resolución de reparar el mal cometido: "Habla a los hijos de Israel: El hombre o la mujer que cometiere alguno de los pecados de los hombres, haciendo prevaricación contra Jehová, y delinquiere aquella persona; confesarán su pecado que cometieron, y compensarán su ofensa enteramente, y añadirán su quinto sobre ello, y lo darán a aquél contra quien pecaron" (Números 5:6, 7).

"Y diciendo yo al impío: De cierto morirás; si él se volviere de su pecado, e hiciere juicio y justicia, si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, caminar en las ordenanzas de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá" (Ezequiel 33:14, 15).

e) Estar dispuesto a perdonar a quienes nos hayan ofendido: "Porque si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial. Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (San Mateo 6:14, 15).

¿CÓMO Y A QUIÉN DEBEMOS CONFESAR NUESTROS PECADOS?

Si he pecado contra mi Dios, y contra mi hermano, ¿qué debo hacer, según nuestro Señor Jesucristo y sus santos apóstoles? El apóstol Santiago declare:

“Confesaos vuestras faltas unos a otros, y rogad los unos por los otros, para que seáis sanos” (Santiago 5:16).

Los unos por los otros... ¿He calumniado a mi hermano? ¿Le defraudé? Mi deber es ir a él y decirle: "Hermano, pequé contra ti. Lo lamento. ¿Quieres perdonarme?" No sería lógico ni justo que le pagáramos a la compañía de teléfonos nuestra cuenta con la zapatería. El mismo principio debe obrar en la confesión de nuestras faltas. No debemos confesarle a Pedro nuestra ofensa a Juan. Y si mi pecado concierne solamente a Dios, en el secreto de mi cámara diré: Padre celestial, pequé contra ti. Perdóname en el nombre de mi Salvador.

La admirable oración de nuestro Señor pone en nuestros labios estas palabras:

“Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (San Mateo 6:12).

Únicamente el que fue ofendido puede perdonar la ofensa. Los apóstoles Santiago, San Juan y San Mateo concuerdan en esta cuestión, y sabemos que el Espíritu Santo de Dios los inspiró.

Los creyentes, como seres humanos, son susceptibles de ofenderse unos a otros, de herirse el uno al otro, de pecar el uno contra el otro; pero deben confesarse mutuamente sus faltas, luego confesarlas a Dios e implorar su perdón por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

Recordemos la historia de Simón el Mago, que se cuenta en el libro de Los Hechos. Estuvo dispuesto a entregar una gran suma de dinero para recibir el Espíritu Santo con el fin de realizar por su medio milagros y prodigios. Dijo a los apóstoles:

“Dadme también a mi esta potestad, que a cualquiera que pusiere las manos encima, reciba el Espíritu Santo” (Hechos 8:19).

Pero el apóstol San Pedro lo reprendió diciéndole:

“Arrepiéntete pues de esta maldad, y ruega a Dios, si quizás te será perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hechos 8:22).

Notemos que San Pedro no invitó a Simón a que se confesara a él, sino que le dijo: "Ruega a Dios". Es que San Pedro sabía, como lo sabemos nosotros, que:

“Hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5).

DE REGRESO EN LA FAMILIA DE DIOS

Llegar a ser cristiano no es tan complicado como Satanás quisiera hacernos creer. Nuestro Señor dijo:

“De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entrareis en el reino de Dios” (San Mateo 18:3).

La filosofía, la teología o la ciencia no pueden transformar a nadie en cristiano. Lo único que puede realizar este milagro es una fe sencilla y plena en nuestro Señor, la misma fe que los hijos tienen en sus padres. Sin esta confianza perfecta, sin esta disposición de seguir a Cristo doquiera nos conduzca, no podremos entrar en el cielo. Pero esta fe sencilla y esta obediencia gozosa están al alcance de todos.

Nuestro Señor ilustró, en la parábola del hijo pródigo, la acogida que da nuestro Padre celestial al pecador arrepentido. Recordamos que el joven pródigo dejó de sentirse a gusto en la casa paterna y se fue no importándole que así quebrantaba el corazón de su padre. Pronto había disipado su dinero.

Lección # 7- LA RADIOTELEFONIA DEL ALMA

INTRODUCCIÓN

Se dice que cierto día, mientras paseaba por el campo, Isaac Newton se sentó a descansar. De repente notó que una manzana caía al suelo. No había nada de raro en ello, pero en la mente del sabio se levantó esta pregunta: "¿Por qué la manzana, cuando se desprendió del árbol, cayó al suelo en vez de elevarse?" Las investigaciones que realizó para resolver este problema lo llevaron al descubrimiento de una de las leyes eternas de la naturaleza, a saber, la de la gravedad, o de la gravitación universal como se la llama cuando se aplica a los astros. Es la fuerza de atracción que mantiene en su lugar, dentro del universo, a los cuerpos celestes. Si no existiera, nuestro planeta volaría en pedazos, o daría saltos en el espacio. Aunque esa ley ha estado obrando desde la creación del mundo, se necesitaron milenios para descubrirla y comprenderla.

Existe otra ley aún más poderosa que la de la gravitación y que es igualmente universal. Es la ley de la oración. Cuando aprendemos a aplicarla a nuestra experiencia personal, descubrimos un poder insospechado que muda las circunstancias, resuelve los problemas y transforma las vidas.

"Por tanto, os digo que todo lo que orando pidiereis, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (San Marcos 11:24).

EN CONTACTO CON EL PODER DIVINO

Quien alguna vez haya tenido ocasión de observar a un maquinista cuando mueve la palanca reguladora de una locomotora habrá notado que, a medida que se libera vapor, es decir que se abre el escape del vapor, las grandes ruedas de la locomotora comienzan a girar y adquirir velocidad. ¿Qué

sucede? ¿Es acaso la fuerza del maquinista la que pone al tren en movimiento? ¿O se debe a la palanca? ¿De dónde proviene ese poder?

La caldera de la locomotora está llena de vapor sometido a presión, que sólo espera la ocasión de surgir con fuerza para hacer girar las pesadas ruedas de la locomotora. No se lo puede ver ni sentir antes de abrir la válvula correspondiente. Pero esa válvula tampoco se puede abrir sola. Se necesita la colaboración del maquinista. Su mano tiene que tocar la palanca.

El universo está lleno del ilimitado poder de Dios. Es invisible, pero podemos experimentarlo. Cuando cooperamos por medio de la oración, obra en nuestra vida. Está esperando que lo recibamos. Nos toca a nosotros colaborar con Dios extendiendo la mano de la fe para alcanzar la válvula de la oración. Y cuando lo hacemos, las esclusas del cielo se abren y recibimos bendiciones hasta que sobreabundan.

"Y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" (Malaquías 3:10).

Una visita a la sala de máquinas de una central eléctrica es también muy instructiva. Allí se ven los enormes generadores. Los operarios manejan los grandes conmutadores, capaces de dejar ciudades enteras en la oscuridad o de poner en movimiento inmensas fábricas. El poder está allí, pero parece que se manifieste es necesario que se establezca el contacto por medio de esos conmutadores. Cuando se establece el contacto surge el poder y llega al lugar preciso donde se lo necesita, y el hombre, por débil que sea, adquiere poder porque está en contacto con esa fuerza.

El ilimitado poder de Dios es inmensamente mayor que la gravedad o la energía eléctrica, pues éstas son sólo débiles manifestaciones de "su eterna potencia y divinidad" (Romanos 1:20). Pero a la grandeza de Dios, reflejada en el universo, el hombre prefirió el pecado, que lo separó completamente de la invisible fuerza del Altísimo. La oración es el conmutador que establece el contacto para que el poder de Dios se posea en nuestra vida y podamos así cumplir lo que la humanidad débil y pecaminosa jamás podría hacer. Hablando de la potencia de Dios, nuestro Señor dijo:

"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (San Mateo 28:18).

Dios desea que su poder llene plenamente nuestra vida y realice en ella las obras de gracia que de otra manera no podrían ser realizadas. El apóstol San Pablo nos aconseja que mantengamos constante-mente ese contacto, pues dice:

"Orad sin cesar" (1 Tesalonicenses 5:17).

¿QUÉ ES ORAR?

Alguien ha dicho: "Orar es abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo". La oración es comunión con el cielo. Es una conversación entre Dios y el hombre. Orar es ponerse en contacto con el poder de Dios.

¿Cómo puedo orar sin cesar? ¿Debo estar siempre de rodillas? ¿Es necesario que, sin interrupción, mis labios murmurar ciertas frases de adoración o peticiones? De ninguna manera. Pero sin dudar debemos disponer de momentos particulares consagrados a la oración, y, además, en el transcurso del día, en diversas circunstancias, nuestro corazón puede elevarse a Dios, tal vez durante una caminata solitaria, o en medio de la multitud, o en el taller, en la fábrica o la oficina mientras trabajamos. Esas cortas plegarias nos mantendrán en comunión con la Fuente de poder que nos ayudará a cada hora del día.

Un cristiano escribió una vez: "La oración equivale a llevar a la fuente el cántaro vacío para llenarlo". La oración es el eslabón que nos vincula con el cielo; es el santo y seña del corazón humilde que se aproxima a la Majestad divina.

Algunos piensan que no pueden orar porque no saben cómo hablar con Dios; no saben qué decir. No necesitamos un libro de oraciones para hablar con nuestro Padre celestial. Supongamos que un amigo viniera a hacernos una visita y se pusiera a leer un discurso en alta voz para manifestarnos lo que desea en vez de decírnoslo sencillamente. En tal caso le diríamos: "¡Por favor, deja ese libro y háblame! Quiero saber lo que piensas y no lo que dice el libro".

La oración es una conversación de corazón a corazón con Dios. Si el joven corteja a su novia leyéndole hermosos pasajes de algún libro, ¿cuánto tiempo duraría el idilio? O si, una vez casados, siguiesen comunicándose por medio de un libro, ¿cuánto tiempo duraría el matrimonio? No nos portamos así con los que amamos, ¿no es cierto? Nuestro Señor dijo:

"Y orando, no seáis prolijos, como los gentiles; que piensan que por su papelería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis" (San Mateo 6:7, 8).

Antes que nos presentemos ante él, Dios sabe todo lo que necesitamos. No es necesario que se lo repitamos sin cesar.

"Oh, Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme, has entendido desde lejos mis pensamientos. Mi senda y mi acostarme has rodeado, y estás impuesto en todos mis caminos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda" (Salmo 139:1-4).

La urgencia de nuestra necesidad y nuestra sinceridad al presentarnos delante de Dios bastan para que él nos responda.

Dios oye más a nuestro corazón que a nuestros labios cuando oramos. Nuestras palabras son tenidas mucho menos en cuenta que la sinceridad de nuestros sentimientos.

"Jehová mira no lo que el hombre mira; pues que el hombre mira lo que está delante de sus ojos, más Jehová mira el corazón" (1 Samuel 16:7).

Por tanto, amigo que lee estas líneas, puede usted acudir con toda confianza al Señor Jesús, tal cual es, en la condición en que se encuentre, no importa cuál sea. Si el pecado le ha separado de Dios, restablezca el contacto por medio de la oración. Nuestro buen Padre celestial aguarda el regreso de

su hijo pródigo y abrirá ampliamente sus brazos de amor para recibirle. Hay descanso y paz para el que ore. Hablemos a Dios como a la persona a quien más amamos. Es nuestro Padre y nuestro Amigo. ¿Por qué no confiar en él?

¿COMO ORAR?

Debemos dirigir nuestras oraciones a nuestro Padre celestial. Al enseñarnos a orar, nuestro Señor dijo:

"Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos" (San Mateo 6:9).

También nos enseñó a dirigir nuestras oraciones al Padre en su nombre:

"De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo daré" (San Juan 16:23).

Dios es amor. Desea que, cuando oremos, le digamos que lo amamos. Debemos ser agradecidos y revelar verdadero aprecio por lo que ha hecho por nosotros, ya sea que oremos en privado o en público.

"Mas tú, cuando oras, entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto, te recompensará en público" (San Mateo 6:6).

Hay en nuestra vida y en nuestro corazón muchas cosas que no podemos mencionar ni siquiera a nuestros amigos más íntimos. Pero no necesitamos observar la misma reserva con el Hijo de Dios. Podemos y debemos abrirle nuestro corazón cuando oremos a él en privado. Él sabe y comprende todo lo que experimentamos.

Nuestro gozo, nuestro amor por él, los deseos de nuestro corazón, nuestras debilidades, nuestros pecados, todo lo abarca su comprensión, porque sabe todo lo que nos concierne. Simpatiza con nosotros cuando estamos soportando una prueba o sufriendo tribulación. Y también se regocija con nuestra felicidad.

"Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

¿Nos domina el temor? Oremos. Ninguna preocupación puede ser demasiado insignificante para que no la presentemos a Dios. Contémosle en oración todos los problemas que nos causan pesadumbre. Tales oraciones nos introducirán en el círculo de su misericordia, donde su gracia está a nuestra disposición hasta más allá del límite extremo de nuestras necesidades.

¿Es necesario tener una habitación especial para orar? El pensamiento expresado por nuestro Señor es que podemos comunicarnos mejor con Dios cuando nos aislamos de los demás. El Maestro se retiraba a menudo aparte para orar. Pero la oración privada no se limita a una cámara secreta. La oración es una conversación del corazón, de manera que, cuando sea necesario, podemos orar aun sin mover los labios. Desde el silencio del alma los deseos de nuestro corazón pueden dirigirse al cielo. Dondequiera que nos encontremos podemos elevar una corta oración hacia el oído atento de Dios.

La oración en el hogar:

El primer hogar, que se estableció en el huerto de Edén, era un lugar de oración. Cuando, después de la caída, Dios enseñó a nuestros primeros padres a ofrecer un cordero por su pecado, también les enseñó a orar. El hogar vino a ser la primera iglesia. Durante los primeros siglos solía reunirse toda la familia para la oración cotidiana. Esta costumbre se ha denominado el "culto de familia". Mañana y noche, los padres tienen la oportunidad de reunirse con sus hijos para consagrar algunos instantes a la oración y al estudio de la Santa Palabra.

"Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón: y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes" (Deuteronomio 6: 6, 7).

El Señor Jesús creció en un hogar donde se observaban rigurosamente esas instrucciones. Los hogares serán más felices, las relaciones más dulces y los afectos más puros donde la oración reúna a los miembros de la familia. La oración elevará en derredor de la familia como una muralla de protección contra los males de la vida. Apreciado amigo, ¿se detiene usted un momento para orar con aquellos a quienes ama? Si no es así, ¿por qué no reúne al fin del día a su familia para la oración antes de entregarse al reposo? Entonces sus amados recibirán las bendiciones que encierra la siguiente promesa:

**"Porque donde están dos o tres congregados
en mi nombre, allí estoy en medio de ellos" (San Mateo 18:20)**

LA ORACIÓN QUE DIOS OYE

Para ser oídos por nuestro Padre celestial debemos:

a) Orar de acuerdo con la voluntad de Dios.

Si, debemos pedir en armonía con la voluntad de Dios. Una oración tal siempre será oída.

**" Y esta es la confianza que tenemos en él,
que si demandaremos alguna cosa conforme
voluntad, el nos oye "(1 San "Juan 5:14).**

Las únicas oraciones que Dios puede contestar son aquellas que no son dictadas por el egoísmo, es decir, las oraciones altruistas, generosas, llenas de amor al prójimo.

**"Pedís, y no recibís, porque pedís mal,
para gastar en vuestros deleites"
(Santiago 4:3).**

Asegurémonos de lo que es en realidad la voluntad de Dios para nosotros. ¿Cómo podremos saberlo? A fin de orar según la voluntad de Dios es necesario que seamos diligentes en el estudio de la Palabra divina, la Biblia. Ella nos promete que tales oraciones llevarán el sello de la aprobación del Espíritu Santo.

San Pablo nos dice que el Espíritu de Dios anhela de tal manera ver que nuestras oraciones sean contestadas, que ruega a Dios cuando nosotros oramos. No sólo ruega por nosotros, sino que, como conoce la voluntad de Dios respecto de nosotros, trae nuestras oraciones y las presenta a Dios de manera que conmueven el gran corazón del Padre. Si hemos pedido algo que no es conforme a la voluntad de Dios, el Espíritu Santo lo elimina de nuestra petición. Cuando no pedimos lo que debíamos, este poder divino, como un gran amplificador, presenta nuestras necesidades a Dios con fuerza indecible. ¿No resulta maravillosamente consolador saber que el Espíritu Santo presenta nuestras oraciones a Dios, que nuestro Señor intercede por nuestra causa basándose en sus méritos, y que nuestro buen Padre celestial nos trata con ternura?

"El Espíritu ayuda nuestra flaqueza: porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones, sabe cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios, demanda por los santos" (Romanos 8:26, 27).

b) Orar con fe

Un joven que estaba pasando por aflicciones fue un día a ver a un creyente y le dijo: "No creo en Dios, pero si usted cree en él, ruéguele por mí". Es necesario que tengamos confianza en Aquel a quien dirigimos nuestras peticiones. Digamos a nuestro vecino que tenemos confianza en él, y tengámosla, veremos cuánto beneficio nos reportará esa confianza. Creamos en Dios y veremos que su poder infinito nos bendecirá. Las Santas Escrituras dicen:

"Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega, crea que existe, y que es galardonador de los que le buscan" (Hebreos 11:6).

c) Reconocer nuestra necesidad

Nada pedimos a quienes nos rodean cuando nos hallamos en la abundancia. Los corazones satisfechos de sí mismos sienten muy rara vez su necesidad de Dios. El promete sus bendiciones a quienes sienten verdadera necesidad de su poder.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos" (San Mateo 5:6)

d) Abandonar el pecado

¿Hemos quemado alguna vez el fusible de la luz en nuestra casa? Todo funcionaba bien, pero el corto circuito nos dejó en la oscuridad. El pecado también provoca un corto circuito que interrumpe nuestra conexión con Dios.

"Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oirá" (Salmo 66:1 8).

Pecar es desobedecer la ley de Dios. El pecado nos separa de la generosidad de Dios. Debemos apartarnos de él.

"El que encubre sus pecados, no prosperará: mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia" (Proverbios 28:13).

¿QUÉ PEDIREMOS EN ORACIÓN?

a) El perdón de nuestros pecados.

En primer lugar debiéramos pedir el perdón de nuestros pecados. Nuestro Señor nos enseñó a orar diciendo: "Perdónanos nuestras deudas" (San Mateo 6:12). Una confesión sincera a Dios irá siempre acompañada de un perdón completo.

"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad" (1 San Juan 1:9).

b) Más fe.

"Creo, ayuda mi incredulidad" (San Marcos 9:24).

c) Sabiduría y fuerza para conocer y hacer la voluntad de Dios.

"Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada" (Santiago 1:5).

d) Por nuestras necesidades materiales.

Debiéramos reconocer cuán completamente dependemos de Dios por todo lo que necesitamos y pedirle constantemente que nos provea lo que es necesario.

"Danos hoy nuestro pan cotidiano" (San Mateo 6:11).

e) Por la curación de /os enfermos.

"La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados" (Santiago 5:15).

f) Por la recepción del Espíritu

Debemos orar a Dios que nos conceda el Espíritu Santo. La Santa Biblia presenta este don bajo el símbolo de lluvias que nos serán enviadas para fertilizar nuestra vida.

**"Pedid a Jehová lluvia en la sazón tardía:
Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia**

abundante, y hierba en el campo a cada uno" (Zacarías 10:1).

g) En toda circunstancia.

Las preocupaciones de los hijos de Dios no son nunca demasiado insignificantes para merecer la atención del Padre celestial.

"No os afanéis por cosa alguna, sino que, en todas las circunstancias, por medio de la oración y la plegaria, con acciones de gracias, dense a conocer vuestras peticiones a Dios" (Filipenses 4:6 VM).

ORACIÓN ES SINONIMO DE VICTORIA

Un hombre profundamente creyente en Dios, estaba a punto de morir. Uno de sus amigos lo visitó y, al cabo de un momento, el enfermo dijo: "Debiéramos orar". El visitante invitó al enfermo a orar primero. "Dios mío - dijo-, recuerdo cómo me has guiado a lo largo del camino". Luego, en SU plegaria, abrió su corazón a Dios.

Al recordar el incidente, el visitante dijo: "No me atrevía a mover la mano en la oscuridad, por temor a tocar a Dios". ¡Tan maravillosa había sido la oración del moribundo!

Apreciado amigo, esta lección acerca de la oración permanecerá incompleta mientras usted no haya experimentado en su vida que orar es mantenerse en presencia de Dios, es ponernos nosotros, nuestra vida, nuestro espíritu y nuestro corazón, en contacto con el Ser Divino.

LECCIÓN #8 - EL PODER DE LA FE

Cuando Arquímedes descubrió el principio de la palanca declaró: "Dadme un punto de apoyo, y levantaré el mundo". Creer en el Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra es tener un punto de apoyo. Creer en el Señor y autor de la vida es ensanchar los fundamentos sobre los cuales puede construirse, bloque tras bloque, un edificio sólido, inmutable e indestructible. Cada piedra del fundamento y del edificio todo, tiene un lugar propio que ocupa por la fe. No se trata de una fe ciega, sino de una fe que se desarrolla por la evidencia y la convicción y que está arraigada en la Palabra infalible de Dios.

En un estudio anterior vimos que el hombre puede alcanzar la salvación siempre y cuando acepte a Cristo como su Salvador. Por cierto que esto es lo más sencillo que Dios pueda pedir del hombre ya que todo se resume en una palabra: FE.

"Sin fe es imposible agradar a Dios", nos dice San Pablo (Hebreos 11:6).

Sin la fe no podemos ser salvos. Es tan sólo por la fe como podemos presentarnos delante de Dios y recibir su gracia. Dios desea hoy hombres y mujeres dotados de una fe poderosa. El Señor Jesús es nuestro ejemplo de fe. Ella le permitió abandonar el cielo y cargar con las flaquezas del hombre. Contaba únicamente con el poder de Dios para vencer toda tentación. No buscaba el camino fácil. Sólo quería hacer la voluntad de su Padre. Su fe lo condujo al Calvario, donde murió sabiendo que resucitaría y entraría en su reino de gloria.

La fe que salva nos impulsa a asirnos de la mano del Salvador y a seguirle a lo largo de los caminos por los cuales nos conduce. Esta fe no pregunta si habrá dificultades, pruebas o tal vez la muerte. Va donde sea necesario, con tal que sea con Cristo, y consiente en hacer todos los sacrificios por él. Porque la fe sabe que en Cristo reside la vida y el gozo eterno.

¿Por qué debo tener fe? Debo tener fe porque:

a) Sin fe es imposible agradar a Dios:

Empero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega, crea que existe, y que es galardonador de los que le buscan (Hebreos 11:6).

b) En lo que concierne a nuestra vida religiosa o espiritual, debemos andar por fe:

Porque por fe andamos, no por vista (2 Corintios 5:7).

c) Vivimos por fe:

Porque en él la justicia de Dios se descubre de fe en fe; como está escrito:

Mas el justo vivirá por la fe (Romanos 1 :17).

d) Somos justificados por fe:

Justificados pues por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1).

e) Por fe recibimos el perdón de nuestros pecados y somos admitidos entre los hijos de Dios:

Te envié para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, remisión de pecados y suerte entre los santificados (Hechos 26:17,18).

f) Por fe obtenemos justicia:

Porque ¿qué dice la Escritura? Dice así: Y Abrahán creyó a Dios, y le fue contado a justicia (Romanos 4:3, VM).

¿Dónde hallaré la fuente de la fe?

Luego la fe es por oír; y el oír por la palabra de Dios (Romanos 10:17).

Nuestra fe crece a medida que vamos conociendo a Cristo y, por medio de él, al Padre. Y es mediante las Santas Escrituras como aprendemos a conocer a Cristo. Si escuchamos la Palabra de Dios, es decir, si consideramos lo que dice, sin preconcepciones, nos dará fe para aceptar sus declaraciones y amoldar nuestra vida de acuerdo con ellas. J. C. Brunini, al escribir acerca de esto, dijo: "La fe sobrenatural es un don gratuito de Dios. Es un don que el hombre no puede obtener por fuerza ni por astucia. No tiene derecho a él, pero puede rogar a Dios que se lo conceda". Y dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe (San Lucas 17:5).

Debemos siempre dar gracias a Dios de vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor... abunda en vosotros (2 Tesalonicenses 1:3).

Nuestra fe aumenta a medida que ponemos nuestra confianza en Dios y avanzamos en el cumplimiento de su voluntad. Como los músculos del cuerpo, la fe se desarrolla por el ejercicio.

¿Qué es la fe?

Es pues la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven (Hebreos 11:1).

Notemos la definición que da el "Catecismo de la Doctrina Cristiana": ¿Qué es la fe?

"La fe es un don sobrenatural que proviene de Dios y que nos permite creer, sin dudar jamás, todo lo que Dios reveló" (Pág. 4).

¿Por qué debe creerse todo lo que Dios reveló?

"Debo creer todo lo que Dios reveló, porque Dios es la verdad y no puede engañar ni ser engañado" (Ibid.). Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios (Efesios 2:8).

Creer no es un mérito. Es simplemente aceptar un don. Pero esta aceptación es condición exigida para salvarse. El hecho de que no hayamos visto una cosa no significa que no exista. Por ejemplo. China y Japón existen aunque muchos no los conozcamos. Creemos en su existencia porque confiamos en el testimonio de quienes los conocen. Hay realidades que están más allá de los sentidos y que aceptamos confiados en el testimonio de las Sagradas Escrituras. Las aceptamos por fe. Y, precisamente, la fe es la "demostración de las cosas que no se ven" (Hebreos 11:1), es decir, de las realidades espirituales, celestiales --Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, los ángeles, el cielo--, tan ciertas como las realidades materiales que nos rodean.

El objeto de la fe es, Dios revelado en su Hijo Jesucristo.

Esta empero es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado (San Juan 17:3).

Si analizamos la fe, observaremos que contiene tres elementos:

a) La creencia:

Por la fe entendemos haber sido compuestos los siglos (mundos) por la Palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve, de lo que no se veía... Empero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega, crea que existe, y que es galardonador de los que le buscan (Hebreos 11:3, 6).

b) La confianza:

Por la fe Noé, habiendo recibido respuesta de cosas que aun no se veían, con temor aparejó el arca en que su casa se salvase. Por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que es por la fe (Hebreos 11:7).

c) La obediencia:

Por fe ofreció Abrahán a Isaac cuando fue probado, ...pensando que aun de los muertos es Dios poderoso para levantar (Hebreos 11:17-19).

La fe es un acto completo por parte del hombre. Es un acto en el que participan su inteligencia, su corazón y su voluntad.

¿Cómo se manifestará mi fe?

Y dijéronle: ¿Que haremos para que obremos las obras de Dios? Respondió Jesús, y díjoles: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado (San Juan 6:28, 29).

¿Qué había provocado la pregunta de los discípulos? Recordemos que nuestro Señor había realizado un milagro. Con cinco panes y dos pececillos había alimentado a cinco mil personas y se habían llenado doce cestos con lo sobrante. Y nuestro Señor, sabiendo que la muchedumbre lo buscaba para hacerlo rey, desapareció.

Pero la gente no aceptó la derrota y se negó a perder a un jefe que podía proveer tan perfectamente a sus necesidades temporales. Buscaron a Jesús y lo encontraron. Y cuando él los vio, leyendo en su ánimo y corazón, les dijo: De cierto, de cierto os digo, que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os hartasteis. Trabajad no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará (San Juan 6:26, 27).

El Maestro había empleado el término "trabajad". Entonces quisieron saber en qué consistían las obras que debían hacer para recibir ese alimento que podía durar eternamente. Hablaron de las "obras de Dios", las obras exigidas por Dios por así decirlo, para pagar ese don. Pero en su respuesta, nuestro

Señor redujo esas obras a una sola: la obra de Dios. Esta obra consiste en tener fe en él. La fe en Aquel que fue enviado por Dios para comunicar el don de la fe es la condición que debe cumplirse para recibirlo. La fe es en sí misma una obra, la obra suprema. Por ella el hombre se entrega a Dios, y el hombre libre no puede hacer una obra mayor que ésta.

Las obras, como medio de salvación, no tienen valor. "Porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él" (Romanos 3:20). Y además: "Así que, concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la fe" (Romanos 3:28). La misma fe, cuando deja de ser una comunión viva con Cristo y se reduce lisa y llanamente a creer, se vuelve inútil. Se asemeja a la fe de los demonios. "Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan (Santiago 2:19).

La prueba de que la fe está en el corazón la proporcionan las acciones que se manifiestan en la vida. Nuestro Salvador dijo: Entonces el Rey diré a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí (San Mateo 25:34-36).

Tal es la obra de Dios y la obra de la fe.

La fe cristiana debe llevar frutos en la vida de quienes la poseen. Esta fe se manifestará en sus acciones. Abel, Enoc, Abrahán, Moisés, todos estos héroes de la fe mencionados en el capítulo once de la epístola a los Hebreos cumplieron alguna acción destacada que demostró la confianza que tenían en el mundo venidero. Sus acciones eran inspiradas por su amor a Dios y ponían de manifiesto su fe. Sea que hayan andado con Dios, construido un arca u ofrecido a un hijo en sacrificio al Todopoderoso, su fe se demostró tangiblemente, y esta fue la razón por la que recibieron buen testimonio. Sus obras no estaban destinadas a asegurarles la salvación, ni a merecerla. Las realizaban porque creían y amaban.

Parecería que hubiera contradicción en lo que acaba de afirmarse. Por un lado se dijo que las obras no tienen valor, y por otro, que son una prueba de nuestra fe. ¿Cuál debe ser la actitud correcta? Hay un hecho cierto que surge

de la Palabra de Dios. Jamás pidió Dios a sus hijos que hiciesen sacrificios inútiles para obtener el perdón de sus pecados. La salvación es gratuita, totalmente gratuita. Pero, por otra parte, Jesucristo murió para dar satisfacción a la ley violada. Sólo un ser sin pecado podía responder a las exigencias de la ley de Dios. Sólo nuestro Señor era ese ser sin pecado. Murió, pagó el rescate, cumplió la única obra que podía librar al pecador arrepentido. Y cuando solicitamos el perdón de Dios, nos dice: "He aquí, has sido sanado (perdonado, salvado); no peques más" (San Juan 5:14). Ello significa obedecer la ley, obrar el bien. Si, únicamente apartándonos de nuestros pecados y realizando obras buenas podemos mostrar verdadero arrepentimiento. Pero las efectuaremos después de haber aceptado a Cristo por la fe, y mediante la gracia que él nos da. "Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2:13). En otras palabras, las obras buenas son el efecto, no la causa de nuestra salvación.

La obediencia, fruto de la fe En todas las épocas, el corazón humano suspiró por la liberación del pecado y de la muerte. La epístola a los Romanos, en el capítulo 8, versículo 22, nos dice que la creación entera gime y anhela ser liberada. Así sucedía cuando estuvo en la tierra nuestro Señor Jesús. Los hombres anhelaban verse sanados de la enfermedad del pecado. Un día, un joven rico se le acercó. Ese joven había procurado vivir respetablemente. Era un pecador respetable. No había en su vida pecados groseros, manifiestos a los ojos de quienes lo rodeaban.

Sin embargo, no estaba satisfecho de sí mismo. Buscó al Maestro y le preguntó: "¿Qué bien haré para tener la vida eterna?"

Con estas palabras el joven admitía que le faltaba algo. Notaba una laguna en su vida y por esto se había acercado a nuestro Señor. Y he aquí cuál fue la respuesta de Cristo:

Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (San Mateo 19:17). Para salvarnos tenemos que creer. Así es. La Santa Biblia lo declara. Pero usted preguntará: "¿No dice la Palabra de Dios que para ser salvados debemos arrepentirnos y convertirnos?" Es verdad. Ya hemos descubierto las dos respuestas a la mayor pregunta que puede plantear un ser humano:

- a) Creer
- b) Arrepentirnos y convertirnos

Pero, además, debemos obedecer la ley de Dios.

Si abrimos la Santa Palabra en el Evangelio según San Mateo, capítulo 18, versículos 17 al 19, veremos que nuestro Señor al responder al joven rico, alude a la ley de los Diez Mandamientos. ¿Cómo podemos conciliar la respuesta de nuestro Señor con las de San Pablo y de San Pedro? Veamos: Cuando solicitamos los cuidados de un médico, sólo podemos esperar que nuestra salud mejore si seguimos cuidadosamente sus consejos. Cuando nos acercamos al gran Médico, debemos estar dispuestos a aceptar su diagnóstico y prescripción y a seguir al pie de la letra lo que nos ordena. La receta divina para curar el pecado abarca tres partes: las tres respuestas a la misma pregunta no pueden ir separadas. Son como tres tabletas que hubiesen de tomarse juntas y que sólo darán los resultados esperados si se sigue con cuidado el consejo de Dios. Una tableta sola no basta. Tampoco dos. Hay que tomar las tres. Cada una está basada en la fe en Jesús, que puede darnos fuerza para resistir el pecado.

La fe transforma nuestra vida. Una vida de desobediencia, gracias a la fe se convierte en una vida de obediencia. Obediencia es la fe en acción. Por eso, cuando nuestro Señor Jesús nos dice que la liberación del pecado depende de nuestra obediencia a los mandamientos de Dios, todo lo que nos pide es que vivamos en armonía con los principios del cielo, para que no caigamos más en el pecado. Si en verdad aceptamos a Cristo como nuestro Salvador personal, lo amaremos. El amor divino, al arder en nuestro corazón, nos inducirá a cambiar de vida. El amor de Dios producirá en nosotros una obediencia espontánea a su voluntad.

Porque el amor de Cristo nos constriñe (2 Corintios 5:14).

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son penosos (1 San Juan 5:2, 3).

El que dice que cree, pero no es transformado por su fe, se engaña. Y cualquiera que acepte el perdón de sus pecados y, sin embargo continúa pecando como anteriormente, es víctima de una ilusión. Debemos creer, debemos ser cambiados. Debemos obedecer. La Palabra de Dios declara:

Mas sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos (Santiago 1:22).

El caso siguiente ilustrará esta triple verdad bíblica:

A principios del siglo pasado, cuando ciertos hombres audaces se hacían famosos atravesando las cataratas del Niágara en un barril, se anunció que un hombre las iba a cruzar caminando sobre un cable tendido de una villa a la otra por encima de las cataratas. El día indicado, millares de personas se reunieron en las riberas del Niágara para ver al acróbata cumplir su hazaña. El hombre estaba de pie sobre una plataforma, y a su lado se encontraba una carretilla que él iba a empujar mientras hacía la travesía.

La muchedumbre excitada aguardaba el campanazo que anunciaría el comienzo del peligroso viaje. El hombre se volvió hacia la gente y preguntó cuántas de las personas presentes creían que llegaría sano y salvo a la villa canadiense. Ni una sola mano se alzó. Insistió el hombre diciendo que la confianza de la gente lo animaría emprender su viaje. Nuevamente preguntó si había en la muchedumbre una sola persona que creyese en su éxito. Mirando bien, vio una mano levantada a medias. Hizo subir al hombre a la plataforma, lo rodeó con sus brazos y le preguntó si realmente tenía plena confianza en él. El hombre respondió que sí. El acróbata lo tomó entonces de la mano diciendo: "Pues bien, si usted cree verdaderamente, suba en la carretilla y venga conmigo". Tal es el verdadero significado de la palabra creer. Si creemos de verdad acompañaremos al Señor Jesús.

A los que buscamos a Dios, el Redentor, el gran Médico nos ofrece una curación. Dios dio su vida por nosotros. Nos asegura que su sacrificio es el único remedio. Declara que es el único Médico que puede salvarnos de la muerte eterna. Nos repite que sólo tendremos salvación si ponemos en práctica su triple receta:

- a) Creer en el Señor Jesús (Hechos 16:31).**
- b) Arrepentirse y convertirse (Hechos 3:19).**
- c) Obedecer por amor los mandamientos de Dios (San Mateo 19:17; San Juan 5:2, 3).**

Esto es todo lo que necesitamos para salvarnos. Apreciado amigo, ¿no quisiera usted ser sanado hoy de la enfermedad del pecado?

Lección # 9- LA LEY DE LIBERTAD

INTRODUCCIÓN

¿Se preguntó usted alguna vez qué pasaría con nuestro mundo si se pudieran cambiar las leyes de la naturaleza? Imaginemos lo que sucedería, por ejemplo, si dejara de funcionar la ley de la gravitación universal. Desapareceríamos lanzados al espacio. ¿Y qué ocurriría si esta fuerza se duplicase o triplicase? Ni siquiera podríamos alzar una mano. Y si quisiéramos ponernos de pie, tampoco podríamos, porque la presión nos aplastaría.

La razón nos dice que desde la creación del universo deben haber existido leyes eternas y principios inmutables para regir todas las cosas creadas, animadas e inanimadas ya se trate del sol, la luna, las estrellas, los planetas o hasta las cosas más pequeñas de la creación. La ciencia ha descubierto que el átomo es una de las cosas más perfectamente equilibradas en el universo. Así, en su infinita pequeñez obedece fielmente las leyes que gobierna su existencia invisible. El más mínimo cambio de cualquiera de estas leyes físicas significaría el desastre de nuestro mundo, y aun del universo.

UNA PERFECCION INMUTABLE

Si es verdad que nuestro mundo es imperfecto, por el contrario el sistema estelar es maravillosamente perfecto. El astrónomo, el hombre de ciencia, viven admirados de la perfección del universo. Dios es su autor. Y como él es perfecto, su obra, sus leyes, también los son.

El bienestar eterno del universo requiere un Creador que, habiendo formulado leyes perfectas y eternas para su gobierno, no las modifique nunca. Dios es ese Ser inmutable. Sus leyes son eternas. El pone en contraste su propia naturaleza inmutable con la variable naturaleza humana cuando dice:

"Yo Jehová, no me mudo" (Malaquías 3:6).

Y el apóstol Santiago realza este aspecto de la naturaleza divina cuando aclara:

"Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, que desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Santiago 1:17).

Si Dios variara aunque fuera en lo más mínimo, dejaría de ser perfecto. Si sus leyes físicas o morales, variaran en lo más mínimo, también dejarían de ser perfectas. En tal caso, la anarquía reemplazaría a la ley y al orden. Eso es precisamente lo que ha ocurrido en nuestro planeta, donde el pecado, es decir, la rebelión contra la ley de Dios, ha chocado con la voluntad del Altísimo.

La Palabra de Dios dice:

¿Quién quisiera que Dios cambiara de naturaleza?

"El que no ama, no conoce a Dios; porque Dios es amor" (1 San Juan 4:8).

¿Quién quisiera odio en lugar de amor? ¿Quién quisiera incertidumbre en vez de seguridad? Nadie, por supuesto. Es a ese Dios de amor, de perfección inalterable, a quien debemos nuestra existencia.

LA LEY MORAL DE DIOS TAMBIÉN ES PERFECTA

Nuestro Dios perfecto no podría promulgar leyes morales que no fuesen perfectas:

"La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma" (Salmo 19:7).

Es tan irrazonable creer que la ley moral, reflejo del carácter de Dios, puede ser cambiada, como lo sería suponer que se pueden modificar las leyes de la naturaleza. En el pasaje citado y en los versículos que siguen se dice de la ley de Dios que es "perfecta", "que vuelve (o convierte) el alma",

"que hace sabio al pequeño", "que es recta". La naturaleza y el carácter de Dios se revelan en sus preceptos. Sólo un corazón henchido de amor inmutable y eterno puede producir un código de leyes tan perfecto y que propende tan admirablemente al bienestar y la felicidad de sus criaturas.

**"Las obras de sus manos son verdad y juicio:
fieles son todos sus mandamientos; afirmados
por siglo de siglo, hechos en verdad y en rectitud"
(Salmo 111:7)**

OBEDECER A LA LEY DE DIOS EQUIVALE A SER LIBRE

**"Mas el que mire atentamente en la perfecta fe,
la de la libertad, y persevere en ella, no siendo
oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, este
tal será bienaventurado en su hecho" (Santiago 1:25).**

¡Cuesta creer que mientras la autoridad civil reconoce que la obediencia a la ley es sinónimo de libertad, haya quienes enseñen que obedecer a la ley de Dios es una esclavitud! ¡Hablan de un cristianismo sin ley como si se pudiese concebir un cristiano sin fe!

Pensemos un poco: ¿Quién es el esclavo? ¿El individuo que no puede vivir sin drogas heroicas o el que nunca las use? No hay duda al respecto, el que las use. ¿Quién es libre? ¿El que obedece a la ley o el que la transgrede? El que la obedece. ¿De qué libertad dispone el criminal? El que viola la ley pierde su libertad: va a la cárcel.

En cambio, el hombre que guarda la ley es libre. El apóstol Santiago llama al decálogo "la perfecta fe, que es la de la libertad" (Santiago 1:25). Nos dice también que los violadores de esa ley comparecerán en juicio y serán juzgados por los principios de ella.

**"Si en verdad cumplís vosotros la ley real, conforme
a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo,
bien haréis. Mas si hacéis acepción de personas,
cometéis pecado, y sois reconvenidos de la ley como
transgresores. Porque cualquiera que hubiere guardado**

toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho; No mataras. Ahora bien, si no hubieres cometido adulterio, pero hubieres matado, ya eres hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así obrad, como los que habéis de ser juzgados por la ley de libertad" (Santiago 2:8-12).

UNA ETERNA LEY DE AMOR

Cuando Dios creó al hombre, le concedió una naturaleza inmaculada. No había pecado en él. Todo lo que lo rodeaba era perfecto. Sin embargo, siendo el Señor un Dios de amor, en el deseo de que sus criaturas le obedecieran por amor y no por temor, les dio libertad para elegir entre el bien y el mal. En el primer libro de la Sagrada Escritura leemos que el hombre eligió el mal. Se volvió pecador. Dejó de ser perfecto. La desobediencia y la rebelión ocupan el lugar de la obediencia inspirada en el amor. El espíritu del hombre se contaminó. Su corazón se volvió impuro.

"Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fue entenebrecido" (Romanos 1:21).

La eterna ley de Dios, escrita en un principio en el corazón del hombre, se fue borrando a medida que transcurrían los siglos de pecado.

Hay quienes creen que no había ley antes del Sinaí. En realidad se menciona su existencia cuatrocientos años antes de esa fecha. Abrahán vivió 125 años antes que el pueblo hebreo fuera esclavizado en Egipto, y he aquí lo que leemos con respecto a él:

"Por cuanto oyó Abrahán mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes" (Génesis 26:5).

Hablando por inspiración divina, David nos asegura que los patriarcas conocían la ley de Dios antes de que existiera la nación judía. Y sabían que esta ley es eterna.

"Acordose para siempre de su alianza; de la palabra que mando pare mil generaciones, la cual concertó con Abrahán; y de su juramento a Isaac. Y establecióla a Jacob por decreto, a Israel por pacto sempiterno" (Salmo 105:8-10).

Cuando los fariseos legalistas acusaban a nuestro Señor de querer cambiar la ley de Dios, él negó enérgicamente esa acusación y declaró que los cielos y la tierra pasarían antes de que uno solo de sus mandamientos fuese cambiado. Notemos que el Señor, en quien no hay sombra de variación, asevera que no caerá ni una jota ni un tilde de su ley.

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas. De manera que cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado, en el reino de los cielos. Mas cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (San Mateo 5:17-19).

Además, advirtió a los creyentes de su tiempo que, si no obedecían a la ley mejor que los fariseos, no entrarían en el reino de los cielos.

"Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas, y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (San Mateo 5:20).

El profeta Isaías, por su parte, añade:

"Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno" (Isaías 24:5).

Este versículo se aplica a las horas finales de la historia. La maldición de Dios caerá sobre un mundo transgresor de la ley y quebrantador de la alianza eterna. Los violadores de la ley que vivieren en los últimos días, tampoco entrarán en el reino de los cielos.

NUESTRO SEÑOR, EL GRAN LIBERTADOR

**"Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos"
(Hebreos 13:8).**

La Escritura enseña claramente que Jesús, el hijo del Dios eterno, participó en la creación del mundo.

**"En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, el cual constituyó heredero de todo, por el cual así mismo hizo el universo"
(Hebreos 1:2).**

Además, es el autor de las leyes que gobiernan el mundo:

"Porque por él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por él y para él" (Colosenses 1:16).

El Hijo de Dios ha sido siempre el puente entre el cielo y la tierra. Se comunicó con la primera pareja en el huerto de Edén. Al entrar el pecado, les dio la promesa de un Redentor. Se reveló a Enoc, a Noé, a Abrahán, Isaac y Jacob. Se manifestó al antiguo Israel cuando erraba en el desierto. Y siempre ha sido y sigue siendo el mediador entre los hombres y Dios.

"En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su fe los salvo. En su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días del siglo (Isaías 63:9).

"Porque bebían de la piedra espiritual que los seguía, y la piedra era Cristo" (1 Corintios 10:4).

"Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí" (2 Corintios 5:19).

LA OBEDIENCIA INSPIRADA EN EL AMOR

"Daré mis leyes en el alma de ellos, y sobre el corazón de ellos las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo" (Hebreos 8:10).

La promesa de Génesis 3:15 era: "Enemistad pondré". Es decir, Dios pondría odio hacia el pecado en el corazón del hombre. Nuestro Señor siempre procuró enseñarle al hombre que su ley "es espiritual" (Romanos 7:14). Para que produzca efecto tiene que estar en el corazón. Debe ser obedecida por amor. El obedecerla debe ser un gozo, no una carga. (1 San Juan 5:3). Dios es amor; por eso, toda obediencia a Dios y a su ley debe tener por móvil el amor.

"Si me amáis, guardad mis mandamientos" (San Juan 14:15).

Nuestro amor a Dios debe ser tan grande que podamos exclamar:

El hacer tu voluntad, Dios mío, hazme agradado; y tu ley está en medio de mis entrañas (Salmo 40:8).

Por eso San Pablo dice:

"El amor de Cristo nos constriñe" (2 Corintios 5:14).

La caridad (el amor) no hace mal al prójimo: así que, el cumplimiento de la ley es la caridad (el amor) (Romanos 13:10).

Repetimos: únicamente la obediencia inspirada en el amor a Dios puede cumplir los requerimientos de la ley eterna. La obediencia basada en el temor no tiene ningún valor. Por lo mismo, una obediencia basada en el egoísmo es

inútil, porque el amor, y sólo el amor es la esencia de los mandamientos inmutables de Dios.

Cuando el joven rico le preguntó a Cristo qué debía hacer para heredar la vida eterna, nuestro Señor le respondió: "Guarda los mandamientos" (San Mateo 19:16-19). Pero si leemos detenidamente los pasajes citados notaremos que se refería a algo más que a la obediencia exterior. La observancia de la ley implica amor, pues el fundamento y el motivo de la ley es el amor.

"Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (San Mateo 22:37-39).

Hay quienes suponen que ésta es una doctrina del Nuevo Testamento solamente, es decir, que el antiguo Israel nada sabía de la obediencia por amor. Nada más inexacto; leamos estas palabras del Antiguo Testamento:

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo: Yo Jehová" (Levítico 19:18).

"Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todo tu poder" (Deuteronomio 6:5).

Cuando un hombre sirve y obedece a Dios porque lo ama, experimenta un gozo constante. Su ley, que parecía tan difícil de guardar, llega a ser una ley de libertad, y es agradable obedecerla. Cuando servimos a Dios con corazones henchidos de amor, nuestra obediencia no es sólo externa: surge de lo más profundo del ser.

LA LEY CEREMONIAL

Mientras los israelitas eran esclavos en Egipto, se contaminaron del paganismo que los rodeaba y olvidaron gran parte del conocimiento de Dios, heredado de los patriarcas. Por eso, cuando salieron de Egipto, el Señor vio que era necesario repetir oralmente y por escrito los principios de su ley eterna. Esa es la razón por la cual Dios proclamó desde la cumbre del Sinaí la

ley, que ya estaba en el corazón de Adán, en el principio, y a la que también Abrahán obedeció. (Génesis 26:5). En medio de una escena de majestad aterradora, Dios mismo promulgó los Diez Mandamientos en presencia de un pueblo que casi los había olvidado por completo.

No sólo se habían olvidado de la ley moral de Dios, sino también de muchos detalles importantes concernientes al plan de salvación. Dios tuvo que recordárselos de una manera sencilla, clara y, sin embargo, atractiva e interesante, para producir una impresión profunda en el corazón de todos. Por eso Dios ordenó a Moisés la construcción del tabernáculo, y le dio órdenes con respecto a los servicios religiosos o ritos que allí se celebraban, por medio de los cuales se enseñaban cada día al pueblo de Israel, con anticipación, las grandes verdades referentes al ministerio y a la muerte de Jesucristo, el Mesías que había de venir.

Creemos que es necesario presentar ahora un asunto que tiene mucha relación con el tema que estamos mencionando y que debe ser atendido para tener un panorama completo.

Todas estas detalladas instrucciones fueron escritas en un libro y dadas al pueblo y se las reconoció como leyes ceremoniales y ordenanzas rituales (Deuteronomio 31:24-26).

Por medio de estas leyes ceremoniales Dios se propuso enseñar a los hombres cómo podían recibir el perdón de sus pecados. Tal como la maestra se vale de grabados, cuadros y dibujos para ilustrar sus lecciones, así también el Señor se ciñó del sistema de ritos y ceremonias para ilustrar al hombre las grandes verdades del plan de salvación.

"Lo cual era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios que no podían hacer perfecto, cuanto a la conciencia, al que servía con ellos; consistiendo sólo en viandas y en bebidas, y en diversos lavamientos, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de la corrección" (Hebreos 9:9, 10).

A menudo, antes de ejecutar un plan urbano se hace un modelo o maqueta del mismo, una miniatura, que da una idea anticipada de la obra. Del mismo

modo las leyes ceremoniales fueron el modelo en miniatura que Dios ofreció para dar una vislumbre del plan de salvación. Cuando este fue revelado en toda su magnitud en la vida, el sacrificio, la muerte y la resurrección de Jesucristo, "el tiempo de la corrección", dicho modelo quedó descartado. Cristo, reemplazó la representación, que se hacía de su sacrificio mediante el de animales. El símbolo desapareció eclipsado por la gloriosa realidad, "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (San Juan 1:29).

Los ritos, ceremonias, lavamientos, y sacrificios que formaban parte del ritual hebreo dejaron de tener validez cuando nuestro Señor Jesucristo, expirando en la cruz dijo: "Consumado es". Desde entonces no son necesarias esas ceremonias y ritos que prefiguraban a Cristo como Cordero de Dios. Ahora el hombre alcanza la salvación por Cristo.

La cruz se levantó como un monumento de la eterna ley de amor, del amor de Dios, demostrado y puesto en acción por el Dios-hombre, Jesucristo. En el Calvario se pusieron en evidencia a la vez el amor de Dios y la perpetuidad e inmutabilidad de la ley de libertad. Nuestro Señor pudo decir que su obediencia podía libertar de la esclavitud del pecado a todo aquel que acudiera a él con fe.

El apóstol Pablo, al mencionar esto dice:

"De manera que la ley nuestro ayo (maestro, guía) fue para llevarnos a Cristo, para que fuésemos justificados por la fe" (Gálatas 3:24).

En otras palabras, la ley en el sentido amplio de la palabra es el medio por el cual somos guiados a Cristo. Al reconocer nuestra pecaminosidad señalada por la ley, el hombre levanta sus ojos y ve a Cristo clavado en la cruz del Calvario y dispuesto a justificarnos por la fe en su sacrificio.

CONCLUSIÓN

Apreciado alumno: Dios nos dice que debemos estar crucificados a la mundanalidad. Nos dice que debemos estar crucificados al pecado, que es la transgresión de la ley moral. Pero en ninguna parte de su Palabra nos dice que debemos estar crucificados a la ley real, a la ley de la libertad, a los principios morales de los Diez Mandamientos.

La alianza de fe hecha con Adán (Génesis 3:15) y renovada varias veces en el Antiguo Testamento (Hebreos 11) prometía que Dios pondrá un espíritu de obediencia a la ley moral en los corazones de sus hijos. La época actual es la que fue predicha por los profetas cuando la ley moral sería grabada como nunca antes en el corazón de los creyentes. Es una época cuando los hombres, impulsados por un ardiente amor a Dios y a sus semejantes, obedecerán gozosamente a la voluntad de Dios revelada en su ley. Dirán, llenos de gozo: "He guardado los mandamientos de mi Padre" (San Juan 15:10).

Apreciado alumno: rogamos al cielo que la llama del amor a Dios se encienda con toda fuerza en su corazón, que usted se sienta irresistiblemente impulsado a obedecer su santa ley, la ley de la libertad.

LECCIÓN #10 - EN LA ENCRUCIJADA DE LA SALVACIÓN

INTRODUCCIÓN

¿De manera que siendo salvo por gracia ya no guarda usted la ley de Dios?

Tal fue la pregunta que le dirigieron a un sincero cristiano que creía poder llegar al cielo por un camino más corto.

--Efectivamente--respondió--, no estoy más bajo la ley sino bajo la gracia.

--Pero, ¿qué quiere decir exactamente cuando afirma que está bajo la gracia? Después de un momento de reflexión contestó:

--Quiero decir que Jesús me salvó. Desde que lo hizo estoy bajo la gracia. La ley de Dios fue clavada en la cruz, y yo ya no necesito guardarla.

--¡Un momento!--exclamó su interlocutor--. Si usted está hoy bajo la gracia, tiene que haber estado antes bajo la condenación, ¿no es cierto?

--Es verdad. Yo era un pecador condenado a morir en mis pecados.

--Pero, ¿cómo podía usted estar bajo la condenación de la ley, si Jesús le puso fin a esa ley 1.900 años antes de que usted naciera?

--No... no sé--contestó el hombre vacilando--. Todo lo que sé es que no estoy bajo la ley sino bajo la gracia.

Muy apreciado amigo, el solo hecho de que tengamos gracia hoy, prueba que también tenemos ley.

No se atribuye pecado no habiendo ley (Romanos 5:13)

Si la ley no existiese, no habría violación de ella y por consiguiente no habría pecador. Y no habiendo pecador, no habría necesidad de gracia.

LA GRACIA ES UN FAVOR INMERCEDIDO

La gracia es un favor inmerecido. Cuando nos beneficiamos con ella, somos tratados mejor de lo que merecemos. Si el pecado no existiera, no necesitaríamos gracia. Nadie puede ser acusado si no ha violado la ley. Tampoco necesita que se la haga ningún favor. Si necesitamos la gracia es que una ley ha sido transgredida. Sólo el transgresor necesita misericordia y gracia de la penalidad de la ley.

El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6:14)

El apóstol San Pablo no dice que la ley no se enseñoreará de nosotros. Lo que dice es que el pecado no tendrá ya dominio en nuestra vida. Nos asegura que la gracia nos libra de la condenación que merecen los pecadores, es decir, el pecado no tendrá ya dominio en nuestra vida.

Imaginemos que un delincuente ha pasado cierto número de años en una cárcel condenado a cadena perpetua, y que un día el gobernador pide al director que la traiga al preso a quien, una vez en su presencia le dice: "Señor X, la ley lo condena a cadena perpetua. Ha contraído una deuda con la sociedad que jamás podrá pagar. Pero yo, como gobernador, lo indulto: le concedo la gracia de cancelar su deuda. Está en libertad".

Y ahora imaginemos que el indultado, mientras sale de la oficina del director, piensa: "De aquí en adelante ya no estoy más bajo la ley. Estoy bajo la gracia del gobernador. Puedo matar nuevamente porque esa gracia anuló la ley que me prohíbe matar. Voy a dar muerte a la primera persona que encuentre".

Si lo hace, será llevado a la cárcel, comparecerá en juicio y se lo declarará culpable de un segundo homicidio.

Supongamos que el juez antes de pronunciar la sentencia, se dirige al acusado y le pregunta si tiene algo que decir en su defensa, y éste contesta:

--"Señor juez: no he cometido ningún mal. No soy culpable de homicidio. Estoy bajo la gracia del gobernador, que anuló la ley. Por lo tanto soy inocente".

¿Qué podría esperarse? ¿Qué el juez aceptara ese argumento? Todo lo contrario. El juez se volvería hacia el acusado y le diría palabras como éstas: "Evidentemente usted no sabe lo que es gracia. Las leyes de este estado no pueden ser modificadas por la gracia del gobernador. Esta puede modificar su situación con respecto a la ley que usted había transgredido por su crimen anterior, pero no lo autoriza a seguir violándola. Con su segundo crimen no sólo violó usted la ley, sino que también canceló la gracia del gobernador. Tendrá usted que pagar su crimen".

Es obvio que la gracia perdona la violación de la ley, pero no la anula. Ni siquiera la modifica.

DOS TRONOS: EL DE LA GRACIA Y EL DE LA GLORIA

Cuando Adán y Eva comieron del fruto del árbol, transgredieron la ley de Dios al apropiarse de lo que se les había prohibido. Desobedecieron a Dios. La gracia de Dios les fue concedida después que hubieron desobedecido. Se habían entregado a Satanás y habían llegado a ser sus esclavos. Su desobediencia les quitó el derecho de vivir en el huerto de Edén y de comer del árbol de la vida. Pero se presentó ante ellos el futuro Salvador y les anunció su gracia. He aquí su promesa:

Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tu le herirás en el calcañal (Génesis 3:15)

Por la gracia de Dios, estos transgresores de su santa ley podían escapar al castigo merecido aceptando la promesa de este versículo. Leemos:

La gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres, se manifestó (Tito 2:11)

La gracia de Dios se manifestó para todos los hombres. Abarca a los que vivieron antes de Cristo y después de él. Ha estado siempre a disposición de todos.

Según el intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (2 Timoteo 1:9)

Leemos que Noé y Lot estaban bajo la gracia (Génesis 6:8; 19:19). Se nos dice de Moisés que estaba bajo la gracia (Éxodo 33:17). Jeremías declara que los israelitas estaban bajo la gracia de Dios mientras erraban por el desierto (Jeremías 31:1,2). David comprendía la verdad de la salvación por gracia (Salmo 84:11). Mil años antes de Cristo, Salomón declaró:

El escarnecerá a los escarnecedores y a los humildes dará gracia (Proverbios 3:34)

Por la fe, todos los que vivieron en la época del Antiguo Testamento podrían recibir la gracia de Dios, que había sido prometida a Adán y Eva y a todos sus hijos. El plan de salvación era para la antigua iglesia tanto como lo es para la moderna. Esa gracia se manifestó plenamente en el nacimiento del Hijo de Dios en Belén, y fue sellada en la cruz del Calvario. La fe en la gracia de Dios, antes de la cruz, la hacía accesible a todos. Nuestra fe en la gracia revelada hace que nosotros, los que vivimos de este lado de la cruz, participemos de ella con todos los hijos de Dios que tuvieron fe. Juan el Bautista declaró:

Pues de su plenitud recibimos todos, gracia sobre gracia (San Juan 1:16)

Después que nuestro Salvador hubo sellado su gracia en la cruz y probado en presencia de un gran número de testigos que había resucitado de los muertos, ascendió al cielo para se nuestro Sumo Pontífice ante el trono de la gracia.

Por tanto, teniendo un gran Pontífice, que penetró los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4:14-17)

Cuando la obra de la gracia haya terminado y hayan sido redimidos todos los que quieran aceptarla, nuestro Señor se sentará en el trono de su gloria. El trono de gloria reemplazará al "trono de la gracia" al producirse la "restauración de todas las cosas".

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria (San Mateo 25:31)

La raza humana se incorpora de nuevo a la familia de Dios por medio de la gracia del Señor. El hombre perdió la gloria de Dios cuando pecó, pero el Padre en su misericordia ofreció su gracia para devolver al hombre la pureza y la perfección y hacer de él su hijo santo. La gracia se manifestó cuando entró el pecado. Cuanto mayor el pecado, más necesaria es la gracia.

Cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia (Romanos 5:20)

MAS GRACIA, MAS OBEDIENCIA

Cierta persona llegó de visita a cierta ciudad. Estacionó su automóvil y se fue a pasear. Cuando volvió, encontró debajo del limpiaparabrisas un papelito en el que se le informaba que debía pagar una multa. Había dejado estacionado su automóvil más tiempo del que permitía la ley. Fue a ver a la persona encargada de esos asuntos y le explicó que siendo forastero en la gran ciudad no conocía sus leyes. Pidió que se lo indultase. El oficial encargado de la circulación lo interrogó un momento y le dijo:

--Usted violó las leyes de tránsito. No puedo romper esta citación. La voy a archivar. Pasaré por alto su infracción por esta vez. Pero si incurre en otra falta, no sólo tendrá que pagar multa por segunda vez, sino también por la primera.

El viajero estaba bajo la gracia, pero comprendía perfectamente que las violaciones que cometería en el futuro anularían la gracia y duplicarían la sanción.

Así nosotros, como ayudadores juntamente con él, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios (2 Corintios 6:1)

Existe el peligro de que abusemos de la gracia de Dios. ¿De qué manera? Al tratar de servirnos de ella como excusa para seguir pecando. En tal caso la gracia no nos beneficiará

¿Oyó usted la historia de aquel preso a quien el gobernador quería indultar? El decreto estaba listo. Se lo entregaron al capellán, quien debía dárselo al

indultado. Este fue a la cárcel. Tuvo una larga conversación con el presidiario y finalmente le preguntó: "¿Qué haría usted si el gobernador lo indultase?" Una chispa de odio brilló en la mirada del preso. Con expresión dura dijo: "Iría inmediatamente a buscar al hombre cuyo testimonio me condenó y arreglaría cuentas con él." Luego agregó: "Esto no sería todo: iría buscar al juez y le metería una bala en la cabeza".

Huelga decir que el capellán salió de la cárcel con el indulto en el bolsillo. Fue a ver al gobernador y le contó lo sucedido. Este quemó el documento. El condenado tenía el corazón lleno de odio y no se le podía conceder la gracia mientras no quisiera apartarse de sus crímenes. Seguía bajo la condenación del pecado.

Gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en sinceridad (Efesios 6:24)

La gracia se concede a todos los que aman sinceramente a Dios. Probamos nuestra sinceridad por nuestras acciones y no necesariamente por nuestras afirmaciones.

Si me amáis, guardad mis mandamientos (San Juan 14:15)

Mas sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno oye la palabra, y no la pone por obra, este tal es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque se consideró a sí mismo, y se fue, y luego se olvidó qué tal era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, este tal será bienaventurado en su hecho (Santiago 1:22-25)

Nuestro Señor, y más tarde San Pablo, tuvieron que luchar constantemente con las creencias erróneas de los religiosos de su tiempo, quienes sostenían que los pecadores pueden guardar los Diez Mandamientos externamente y ganar el cielo mediante sus buenas obras. Los dirigentes mal informados ponían su confianza en los ritos. El amor fundado en la obediencia, no cabía en el servicio que prestaban. Por eso Dios no podía aceptarlo. Para salvarse, confiaban en lo que podían hacer. Al hablar de esa religión falsa, el apóstol San Pablo declara:

Por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado (Romanos 3:20)

San Pablo no nos dice aquí que la ley ha caducado. Declara, por el contrario, que tiene por fin definir el pecado. Nos condena, cuando hacemos lo malo. Si no existiera, no habría norma para la justicia ni el carácter. No sabríamos qué es pecado. Todo lo que haríamos sería teóricamente bueno. Tomar el nombre de Dios en vano sería tan bueno como leer la Biblia. La ley nos muestra el pecado y nos dice en qué fallamos.

¿Cómo pues podemos salvarnos de la condenación que resulta de la desobediencia a la ley moral?

Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús (Romanos 3:24)

Nuestro Señor vivió una vida perfecta, y nos enseñó que cuando el Espíritu Santo se posesiona de nuestro corazón podemos vivir sin pecado. La muerte de Cristo nos da la seguridad de que podemos recibir la gracia de Cristo para llegar a formar parte otra vez de la familia de Dios.

Si se pudiera cambiar la ley moral, nuestro Señor no habría muerto por nuestros pecados. Pero esa ley es un reflejo del perfecto carácter de Dios, que es inmutable, de manera que nuestra redención podrá obtenerse únicamente por medio de Aquel que la pagó: Jesucristo.

Nuestra salvación puede compararse a un bote, que sería la gracia de Dios. Si queremos llegar a la orilla de la salvación, ante todo tenemos que subir a él. Pero irá a la deriva si no empleamos los dos remos: la fe y las obras. Necesitamos remar con el remo de la fe y también con el de las obras.

Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma (Santiago 2:17)

¿Luego deshacemos la ley por la fe? En ninguna manera; antes establecemos la ley (Romanos 3:31)

Antes anuncié..., que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento (Hechos 26:20)

Cuanto más gracia recibamos, más perfectamente obedeceremos. La ley de Dios no cambia: es eterna e inmutable. Pero la gracia de Dios que nos trajo salvación no ha cambiado. Nos puso en armonía con los principios morales de la ley de Dios. Por medio de la gracia, el amor domina nuestra vida y obedecemos la ley de Dios. Una gracia infinita produce un amor infinito y una obediencia plena, a la ley de amor, que es eterna.

¿Pues qué? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera (Romanos 6:15)

No reine, pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias (Romanos 6:12)

Porque lo que era imposible a la ley... Dios, enviando a su Hijo... condenó al pecado... para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al Espíritu (Romanos 8:3,4)

La gracia es la misericordia de Dios concedida a un pecador indigno. El pecador no la merece. Pero "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (San Juan 3:16).

¿Desea usted estar bajo la gracia de Dios? Entonces permítale que aumente su amor y le ayude a obedecer la ley. La ley y la gracia obran en armonía a fin de prepararnos para el cielo. Apreciado amigo, roguemos a Dios que nos dé de esta gracia purificadora que nos permitirá vivir en plena armonía con la ley de Dios.

Lección # 11- EL EJEMPLO DE JESUS

INTRODUCCIÓN

Dos jóvenes conversaban muy preocupados. Uno de ellos preguntó:

—¿Cómo puedes hacer esto y considerarte cristiano todavía? —Para serte franco—contestó el otro—, creo que se pueden traer bastantes "cositas" y, sin embargo, seguir siendo cristianos. —Me parece que estás equivocado—le contestó su amigo—. Debemos conducirnos de acuerdo con principios morales claros e invariables. Medimos y pesamos lo que compramos. ¿No es nuestra vida interior mucho más importante que lo que comemos o llevamos puesto?

Estas palabras sorprendieron al otro joven, que respondió: —¡Nunca había considerado de esa manera! Pero, ¿en qué te fundas para hablar así? —Creo que debiéramos seguir el ejemplo de Jesús en todos los actos de nuestra vida,—contestó el amigo—. Cada vez que nos toca traer una decisión debiéramos dirigirnos esta pregunta: "¿Qué haría el Señor en mí lugar?" Si hacemos esto, nunca iremos por sendas equivocadas.

Este joven tenía razón. Como discípulos de Jesús, debiéramos imitarlo constantemente si queremos estar con él en la eternidad. Pero, ¿cómo se puede saber lo que haría el Señor en tal o cual situación? Muy sencillo: estudiando cómo vivió entre los hombres. He aquí lo que él dijo:

**"Si guardareis mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor"
(San Juan 15:10).**

Nunca nos extraviaremos si, después de haber descubierto cómo anduvo Jesús, andamos en sus pasos.

LA ACTITUD DE JESUS HACIA LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Jesús y su Padre son inseparables. Recordemos que el Señor dijo:

"Yo y el Padre una cosa somos" (San Juan 10:30).

Dijo claramente que había venido a traer la voluntad de su Padre:

"Porque yo no he hablado de mí mismo: mas el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así, lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así hablé" (San Juan 12:49, 50).

Ya hemos estudiado que Dios el Padre no cambia (Malaquías 3:6), y que, particularmente Jesucristo, "es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Hebreos 13:8). Cuando el Señor estuvo en la tierra declaró que no había venido a cambiar la ley y que ella sería más estable que el cielo y la tierra mismos (San Mateo 5:17-19). Varias décadas después de la resurrección, San Juan llama la atención hacia "el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio" (1 San Juan 2:7). Pero a continuación habla de un "mandamiento nuevo" anunciado por Jesús (San Juan 13:34). Sin embargo, es fácil ver que ambos se refieren a los Diez Mandamientos, los que se resumen en amor a Dios y al prójimo, tal como lo expresó nuestro Señor en el Nuevo Testamento (San Mateo 22:37-39) y ya se había expresado en el Antiguo (Deuteronomio 6:5; Levítico 19:18). Por lo tanto, ese "mandamiento nuevo" no era sino la nueva manera como debía encararse la observancia de los Diez Mandamientos al declarar que pueden observarse o bien violarse, sin actos exteriores y con la sola intención (San Mateo 5:21-28). Todo ello constituye un cumplimiento de la profecía "en magnificar la ley y engrandecerla" (Isaías 42:21). Desde entonces vemos los Diez Mandamientos en la gloriosa luz de la verdad, despejados de toda sombra, trasladados de las tablas de piedra al corazón humano. La vida de Cristo revela cómo desea Dios que los hombres le obedezcan.

"Si me amáis, guardad mis mandamientos" (San Juan 14:15)

**"Si guardareis mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor "
(San Juan 15:10)**

Si, Jesús guardó los Diez Mandamientos. Y debemos imitarlo.

EL DÍA DEL SEÑOR EN LA PALABRA DE DIOS

Uno de los Diez Mandamientos, el cuarto, se refiere al día de reposo. En el principio, el Padre, mediante su Hijo, creó el mundo en seis días y reposó el séptimo. En Génesis 2:2, 3 se nos dice que el Señor bendijo especialmente el séptimo día y lo dedicó al reposo. Ese día goza de una triple gloria:

El Señor *reposó* en el séptimo día.

El Señor *bendijo* el séptimo día

El Señor *santificó* el séptimo día.

El séptimo día es el "día del Señor", según la Santa Escritura, porque nuestro Señor le otorgó esa gloria triple. Sólo la bendición del Creador pudo hacerlo. Fuera de Dios, nadie puede santificar nada. Dios santificó el séptimo día y se lo dio al hombre. Es una porción especial de la semana que tenemos el privilegio de dedicar al reposo espiritual, a nuestra comunión con el Señor. En el cuarto mandamiento Dios nos dice:

**"Mas el séptimo día será
reposo pare Jehová tu Dios" (Exodo 20:10).**

¿Qué día de la semana es el séptimo? ¿El domingo? Así lo creen muchos cristianos, pero no es esto lo que nos enseña la Palabra de Dios. Leamos:

**"Si retrajeres del sábado tu pie,
de traer tu voluntad en mi día
entonces te deleitaras en Jehová" (Isaías 58:13,14).**

Vemos entonces que el séptimo día no es el domingo sino el sábado. Cristo declaró que él era el Señor del sábado.

"Porque Señor es del sábado el Hijo del Hombre" (San Mateo 12:8).

Si Jesús es el Señor del sábado, lógicamente el sábado es el día del Señor. La Escritura no presenta otro día de reposo fuera del sábado. San Juan recibió en sábado, en la isla de Patmos, las visiones del Apocalipsis. Nos dice:

"Yo fui en el Espíritu en el día del Señor" (Apocalipsis 1:10).

El único "día del Señor" de las Escrituras es el sábado. En ninguna parte de la Biblia se le da al primer día de la semana, o domingo, el nombre de día del Señor. En realidad, la designación de "día del Señor" aplicada al domingo se hizo muchas décadas después de la desaparición del último apóstol, sin base bíblica alguna, y como resultado de la apostasía de la Iglesia.

¿QUÉ DÍA GUARDÓ JESUS?

"Y vino a Nazaret, donde había sido criado; y entró, conforme a su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó a leer" (San Lucas 4:16).

Nuestro Señor tenía la costumbre de guardar el sábado. Había venido para "cumplir" la ley (San Mateo 5:17). Algo más acerca de la actitud de Jesús hacia el sábado:

"Y descendió a Capernaum, ciudad de Galilea. Y les enseñaba en los sábados. Y se maravillaban de su doctrina, porque su palabra era con potestad" (San Lucas 4:31, 32).

Jamás condenó Jesús la observancia del sábado. Al contrario, honró el día de reposo constantemente.

El sábado debía ser día de reposo para el pueblo de Dios, pero los legalistas de Israel habían hecho de él una carga pesada. Nuestro Señor vino también para enseñarnos a guardar su día, y hallar en él reposo para el cuerpo y el alma.

Sabiendo Jesús que vendrían días difíciles después de su partida, previno a sus discípulos. Entre otras cosas predijo la destrucción de Jerusalén, la cual ocurrió unos cuarenta años después de su crucifixión. En relación con ello dijo:

"Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado" (San Mateo 24:20).

Evidentemente, Jesús jamás tuvo la intención de transferir la santidad del sábado al domingo. No podía ser de otra manera, ya que la inmutable ley de Dios dice al respecto:

"Acordarte has del día del reposo, para santificarlo . . . El séptimo día será reposo para Jehová tu Dios" (Exodo 20:8, 10).

La palabra "reposo" de este versículo en hebreo es "shabbath". La forma española de esta palabra hebrea es "sábado", que significa "reposo".

Es el séptimo día el que Dios destinó al reposo del hombre. Guardar otro día no es observar "el reposo de Dios". Si deseamos gozar del reposo espiritual de Jesucristo, el "Señor del sábado", tendremos que acordarnos del día que él ha señalado para el reposo.

Cuando mediante su vida y su enseñanza Jesús revistió de nueva luz el mandamiento acerca del día de reposo, los dirigentes religiosos lo acusaron de querer cambiar los Diez Mandamientos. Pero veamos cuál era en realidad la actitud de Cristo hacia el decálogo.

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas. De manera que cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos. Mas cualquiera

que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (San Mateo 5:17,19).

Antes de que lo más mínimo de la ley cambiara, los cielos y la tierra desaparecerían. Afirmar que los Diez Mandamientos han sido cambiados o suprimidos es condenarse ante el tribunal de Dios.

Podemos decir, en conclusión, con todo el apoyo de las Escrituras, que Jesús guardó el sábado y que espera que también nosotros lo guardemos.

LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR SIGUEN SU EJEMPLO

Nuestro Señor fue crucificado en viernes, en el "día de preparación". Murió como a las tres de la tarde y José de Arimatea puso su cuerpo en la tumba casi enseguida. Observemos cuán cuidadosamente guardaron el sábado los discípulos de Cristo, mientras el Señor reposaba en la tumba.

"Y era la tarde del día de la preparación; y estaba por comenzar el sábado. Y las mujeres que con él habían venido de Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Y vueltas, aparejaron drogas aromáticas y ungüentos; y reposaron el sábado, conforme al mandamiento" (San Lucas 23:54-56).

En San Lucas 24:1, leemos que el primer día de la semana varias mujeres vinieron a la tumba con el propósito de embalsamar el cuerpo del Maestro, pero que cuando llegaron Jesús ya había resucitado. Rogamos tomar nota que esas piadosas mujeres no fueron a realizar sus tareas sino hasta el domingo, es decir, en día sábado se dedicaron al reposo. Después de la resurrección, contrariamente a lo que se cree por lo común, no cabía en la mente de los apóstoles la menor duda en cuanto a su deber de guardar el sábado. El mismo San Pablo, de origen judío aunque ciudadano romano, designado por Dios para comunicar a los gentiles la maravillosa historia de la salvación, nunca dejó de observar el sábado. En Corinto, donde permaneció un año y medio, predicó cada sábado.

**"Y razonaba en la sinagoga todos los sábados,
y persuadía a judíos y a griegos" (Hechos 18:4).**

En Hechos 13:14 y 11:26, se nos dice que San Pablo guardó el sábado estando en Antioquía. Es evidente que la primera iglesia cristiana de esa ciudad, constituida por gentiles conversos, observaba el sábado. En Hechos 16:12, 13 se nos dice que los creyentes de Filipos se reunían el sábado, y que, como no tenían local, iban a la villa del río. También en Tesalónica el apóstol guardó el sábado.

**"Y Pablo, como acostumbraba, entró a ellos,
y por tres sábados debatió con ellos de las
Escrituras, declarando y proponiendo, que
convenía que el Cristo padeciese, y resucitase
de los muertos; y que Jesús, el cual yo os
anuncio, decía él, éste era el Cristo"
(Hechos 17:2, 3).**

El apóstol de los gentiles, "según su costumbre" seguía guardando el sábado veinte años después de la resurrección de Cristo. Ciertamente San Pablo no apoya la idea de que debe guardarse el domingo en honor de la resurrección.

La verdadera iglesia de los últimos días se reconocerá porque cumplirá todos los mandamientos de Dios. El apóstol San Juan nos dice:

**"Entonces el dragón fue airado contra la mujer;
y se fue a traer guerra contra los otros de la simiente
de ella, los cuales guardan los mandamientos de
Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo"
(Apocalipsis 12:17).**

Hasta que vuelva el Señor, el pueblo de Dios guardará todos los mandamientos de su santa ley. Se acordará del sábado para santificarlo. Y cuando los redimidos lleguen a ser ciudadanos de la nueva tierra, el sábado será la señal de su reposo eterno.

**"Y será que de mes en mes y,
de sábado en sábado, vendrá**

toda carne a adorar delante de mi, dijo Jehová" (Isaías 66:23).

El versículo precedente dice que ello ocurrirá cuando los cielos nuevos y la tierra nueva sean establecidos de manera permanente. Entonces todos seremos observadores fieles del día del reposo del Señor. En vista de que en esta vida nos preparamos para la futura, ¿por qué habríamos de vivir aquí en forma diferente de como viviremos en las moradas eternal?

¿QUÉ ES EL SÁBADO PARA EL VERDADERO CRISTIANO?

Hace muchos años, cierta persona fue injustamente acusada de espía en un país extranjero, y, sin dársele oportunidad de defenderse, se la echó en la cárcel y se la condenó a ser fusilada. Cuando sus amigos lo supieron, fueron a ver al embajador de su país y le suplicaron que interpusiese su influencia para impedir un acto tan injusto. Fue en vano.

Llegó el día de la ejecución. El prisionero estaba frente al pelotón de fusilamiento, con los ojos vendados y las manos atadas. El oficial encargado de dar la orden de fuego ya estaba listo para hacerlo. Pero en ese momento se abrieron las puertas de la cárcel y entró el embajador. En menos tiempo del que se necesita para relatarlo, corrió hacia el condenado y lo cubrió con la bandera de su país, emblema de libertad. La bandera cubrió al prisionero de la cabeza a los pies. Entonces el cónsul se volvió hacia el oficial y le dijo: "Lo desafío a que haga fuego contra mi bandera". Así se salvó el preso.

La bandera era un emblema de la patria a la que pertenecía. No era su libertad, sino un signo, una señal, de la libertad que poseía por ser ciudadano de aquel país. No era su patria: sólo la representaba. Era el símbolo de una fuerza poderosa que estaba a la disposición de todo buen ciudadano.

Leamos ahora lo que dice la Palabra acerca del sábado, el verdadero día de reposo de Dios:

**"Vosotros guardareis mis sábados;
porque eso es señal entre mi y vosotros
por vuestras edades, pare que sepáis
que yo soy Jehová que os santifico" (Exodo 31:13).**

**"Y les di también mis sábados,
que fuesen por señal entre mi y ellos,
para que supiesen que yo soy Jehová
que los santifico" (Ezequiel 20:12).**

El sábado es como una bandera. Representa la autoridad del gobierno de Dios. Es un signo de autoridad y poder. Representa el reposo, la paz y la seguridad del cristiano que es verdaderamente ciudadano del cielo. No es el cielo, pero es un anticipo de los gozos del celestial. No es nuestra emblema de las vidas consagradas que están ocultas o protegidas con Cristo en Dios (Colosenses 3:3).

Si el embajador del caso citado hubiese puesto sobre el condenado la bandera de otro país, su gesto no hubiera tenido fuerza porque se habría tratado: de una bandera ajena. De la misma manera, apreciado amigo, escudémonos bajo la bandera del cielo, el sábado, no bajo una bandera extraña. Lea las bendiciones de que gozaremos si somos fieles al símbolo del poder creador de Dios.

**"Si retrajeres del sábado tu pie, de traer tu
voluntad en mi día santo, y al sábado llamas
delicias, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares,
no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad,
ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en
Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la
tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu
padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado"
(Isaías 58:13, 14).**

¿Desea usted paz y reposo? Escuche entonces la promesa hecha a los que guardan todos los mandamientos de Dios:

**"¡Ojalá miraras tú a mis mandamientos!
Sería entonces tu paz como un río, y tu
justicia como las ondas de la mar"
(Isaías 48:18).**

¿Se siente usted tentado a decir: "No me es posible guardar el día de reposo de la Biblia, pero guardaré los otros nueve mandamientos; me

conformaré con las nueve décimas partes de las bendiciones prometidas a los que obedecen"? Recuerde que el que viola un solo mandamiento está en guerra contra el gobierno de Dios y, por lo tanto, es como si desobedeciera toda la ley. No puede recibir bendición alguna.

"Porque cualquiera que hubiera guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos" (Santiago 2:10).

Estimado alumno: Si usted se encuentra bajo una falsa bandera, escuche hoy la amorosa invitación de Jesús, su Salvador, quien murió para rescatarlo de las fuerzas del mal, y le promete su gracia poderosa para ayudarlo a guardar sus mandamientos.

Lección # 12- ¿PUEDE ESTAR EQUIVOCADA LA MAYORÍA?

INTRODUCCIÓN

Un día cuatro hombres dedicaron una hora a hablar de algo que les era de mucho interés: los caballos. Después de despedirse amigablemente prometieron reanudar la conversación. Volvieron a encontrarse otro día y el tema de la conversación fue Dios. Discutieron, pelearon, gritaron, luego se separaron. Los buenos sentimientos se habían transformado en antagonismo.

¿Por qué algunas de las más agrias discusiones giran en torno a Dios y a su Palabra? Este es el tema que debiera despertar menos sentimientos de animosidad. Los creyentes debieran distinguirse por su amor mutuo. La actitud que asumimos al tratar asuntos importantes revela nuestro cristianismo.

**"Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?"
(1 San Juan 4:20).**

Se dice que casi todo tema tiene tres aspectos: el punto de vista de usted, el mío y la verdad. Usted tiene derecho a creer lo que quiera. Yo también. Pero el hecho de que no estemos de acuerdo en materia religiosa no significa necesariamente que uno de los dos tenga razón. Tenemos que recurrir a la Escritura para resolver la cuestión.

Hay muchas religiones en el mundo hoy. ¿Cuál tiene razón? ¿La que tiene más adeptos? ¿La más numerosa? Pero, ¿adónde nos llevaría? Los chinos, por ejemplo, son más numerosos que los latinos o los anglosajones, de manera que, si la verdad se fundara en el número, los chinos la poseerían.

Preguntamos: ¿Cuándo, en la historia, ha estado la verdad de parte de la mayoría? Veamos: Noé representaba una ínfima minoría en tiempo del diluvio y, sin embargo, tenía razón. Abrahán era minoría en su época, y, no obstante, era el "amigo de Dios". Israel, que huía de Egipto, era una débil minoría, pero era el pueblo de Dios. Jesucristo, nuestro Salvador, estaba solo contra toda una nación. Así dice la Palabra:

"A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (San Juan 1:11).

Al comenzar la era cristiana, el cristianismo era una débil minoría frente a un mundo rebelde e indiferente. Debido al afán de popularidad y poder la Iglesia perdió su santidad y pureza y la verdad que Dios le había confiado. ¿Cuándo tuvo razón la mayoría? Por eso, la pregunta que debemos hacernos no es: ¿Tiene usted razón?, o ¿tengo yo razón?, o ¿la tiene la mayoría?, sino:

¿QUE ES LA VERDAD?

"Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad" (San Juan 17:17).

La Palabra de Dios es la única fuente de verdad. Ella es la que debe servirnos para medir la verdad.

"¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isaías 8:20).

Consideremos a continuación, en forma de preguntas y respuestas, algunas opiniones muy generalizadas, para ver cuánto apoyo tienen en la Palabra de Dios.

Pregunta 1

La mayoría de los cristianos guarda el domingo, primer día de la semana, en vez del sábado, o séptimo día, instituido por Dios en el cuarto mandamiento. ¿Puede la mayoría estar equivocada en esto?

Respuesta:

Si la Biblia tiene razón, la mayoría está equivocada. La Escritura dice: "Acordarte has del día del reposo, para santificarlo... El séptimo día será reposo pare Jehová tu Dios." (Exodo 20:8, 10).

"Porque lo loco de Dios es más sabio que los hombres; y lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres. Porque mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles" (1 Corintios 1:25, 26).

"Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (San Mateo 7:13,14).

"Los ministriles respondieron: Nunca ha hablado hombre así como este hombre. Entonces los fariseos les respondieron: ¿Estáis también vosotros engañados? ¿Ha creído en él alguno de los príncipes, o de los fariseos?" (San Juan 7:46-48).

Desde que entró el pecado en el mundo, nunca la mayoría estuvo de parte de la verdad.

Pregunta 2

¿No es el domingo el día de reposo establecido en el Nuevo Testamento?

Respuesta:

La palabra domingo no se encuentra en la Biblia, pero hay en el Nuevo Testamento ocho versículos que mencionan "el primer día", es decir, el domingo. Examinémoslos brevemente.

"Pasado el sábado, al amanecer el primer día de la semana, vinieron María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro" (San Mateo 28:1).

En este texto no se habla de la santidad del domingo, ni se hace mención de culto alguno. El versículo dice solamente que en la madrugada del primer día de la semana las mujeres fueron a la tumba.

"Y como pasó el sábado, María Magdalena, y María madre de Jacobo, y Salomé, compraron drogas aromáticas, para venir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol" (San Marcos 16:1, 2).

Estos pasajes nos indican ante todo que el primer día de la semana sigue al sábado, y además, que aquellas mujeres fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo del Señor, es decir, para trabajar, lo que no hubieran hecho si el domingo hubiera sido sagrado.

"Mas como Jesús resucitó por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios" (San Marcos 16:9).

En este versículo tampoco se menciona un día de reposo. Sin duda alguna, si nuestro Señor hubiese deseado que el día de la resurrección fuera observado como día de reposo, lo habría dicho a sus discípulos cosa que no hizo.

"Y el primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las drogas aromáticas

que habían aparejado, y algunas otras mujeres con ellas" (San Lucas 24:1).

San Lucas concuerda con los otros evangelistas acerca de las intenciones que animaban a las mujeres que fueron a la tumba: iban a trabajar.

"Y el primer día de la semana, María Magdalena vino de mañana, siendo aun oscuro, al sepulcro; y vio la piedra quitada del sepulcro" (San Juan 20:1).

Este pasaje fue escrito como sesenta años después de la resurrección de Cristo. Sin embargo, no hay en él indicio alguno de que se hubiese producido un cambio en el día de reposo. El discípulo que había vivido tan cerca del Señor no parece haber oído hablar de una conmemoración de la resurrección.

**"Y como fue tarde aquel día, el primero de la semana, y estando las puertas cerradas donde los discípulos estaban juntos por miedo a los judíos, vino Jesús y púsose en medio, y díjoles: ¡Paz a vosotros! "
(San Juan 20:19)**

El versículo indica claramente que los discípulos se habían reunido, no para celebrar un culto, sino por miedo de los judíos. En San Marcos 16:14 vimos que el Señor los censuró por tardar en creer que había resucitado. No estaban allí, pues, con el propósito de conmemorar la resurrección.

**"Y el primer día de la semana, juntos los discípulos a partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de partir al día siguiente: y alargó el discurso hasta la medianoche. Después subiendo, y partiendo el pan, y gustando, habló largamente hasta el alba, y así partió. Y nosotros subiendo en el navío, navegamos a Asson, para recibir de allí a Pablo; pues así había determinado que debía el ir por tierra"
(Hechos 20:7, 11, 13).**

El apóstol San Pablo estaba en viaje hacia Jerusalén. Su barco hizo escala en Troas, y allí reunió a sus conversos. Predicó hasta después de medianoche y celebró con ellos el servicio de la Comunión. Este hecho no convierte el

primer día de la semana en día de reposo; con este criterio, tendríamos que deducir que el miércoles es el día de reposo porque el miércoles siguiente el mismo apóstol, encontrándose en Mileto, celebró allí también una reunión. (Véase Hechos 20:14-18). Nuestro Señor instituyó la comunión el jueves de noche. Si la Cena santifica un día, ¿por qué no observamos el jueves como día de reposo? Además, la Cena no está relacionada con la resurrección de Cristo sino que anuncia su muerte. En Hechos 2:46 leemos que los discípulos partían el pan todos los días. Pero ello no transformaba en días de reposo todos esos días. Recordemos, apreciado amigo, que cada una de las instituciones contenidas en la nueva alianza fue establecida antes de la muerte de Cristo. Nada se añadió después de la resurrección. Sus últimas enseñanzas y su testamento fueron sellados con su sangre. Nunca hizo él mención de la observancia del primer día de la semana en conmemoración de la resurrección.

"Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere; para que cuando yo llegare, no se hagan entonces colectas" (1 Corintios 16:2).

Las iglesias fundadas por San Pablo querían participar de una colecta en favor de los pobres de Jerusalén, y se dieron a los corintios instrucciones al respecto. El primer día de la semana, después de reposar el sábado, cada uno debía poner aparte, en su casa, aquello de que pudiese disponer. El apóstol escribió esa epístola hacia el año 59 de nuestra era, y sin embargo, no hay en sus palabras ningún indicio de que el primer día de la semana fuese un día sagrado.

Pregunta 3:

¿Cómo deben conmemorar entonces los cristianos la resurrección de Cristo?

Respuesta:

La conmemoración de un gran acontecimiento no se hace una vez por semana. No hay mayores motivos para observar el domingo en memoria de la resurrección de Cristo de los que hay para observar el viernes, día de su

muerte, o el jueves, día de su ascensión. Nuestro Señor mismo instituyó la Cena para recordar su muerte.

"Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga" (1Corintios 11:26).

El apóstol San Pablo aclara que el bautismo es en la vida del cristiano el símbolo de la resurrección de Cristo. ¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; pare que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección (Romanos 6:3-5).

Pregunta 4

Lo que el mandamiento pide, ¿no será más bien la observancia de un día cada siete?

Respuesta:

He aquí lo que dice el mandamiento:

"Acordarte has del día del reposo, para santificarlo: seis diez trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hilo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día de reposo y lo santifico" (Exodo 20:8-11).

Dios nos recuerda que los seis primeros días son para nosotros. Nos fueron dados para realizar nuestro trabajo, dedicarnos a nuestros asuntos, etc. Mas el texto dice que el día de reposo de Jehová es el séptimo día y no un séptimo día. Supongamos que nuestro médico nos diese siete cápsulas con instrucciones precisas acerca de cuándo debemos ingerirlas. La cápsula número 1 es para el primer día, la número 2 para el segundo, y así sucesivamente. Supongamos también que luego nos indicara que la séptima cápsula es tres veces más potente que la primera y nos advirtiera que debemos seguir al pie de la letra sus instrucciones. ¿Obedeceríamos esas órdenes? Sin duda alguna. Dios nos ha dado seis días para nuestras actividades. En cuanto al séptimo, lo adornó con una gloria triple (Génesis 2:3). En su mandamiento nos dice: "Acordarte has del día del reposo, para santificarlo". Nuestro Señor añade: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (San Juan 14:15). Apreciado amigo, ¿hasta qué punto ama usted a Dios? ¿Lo bastante como para obedecer el cuarto mandamiento?

Pregunta 5

¿No clavó nuestro Señor el sábado en la cruz?

Respuesta:

San Pablo nos dice qué es lo que fue clavado en la cruz:

"Rayendo la cédula de los ritos que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz. Por tanto, nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de nueva luna, o de sábados. Lo cual es la sombra de lo por venir; mas el cuerpo es de Cristo" (Colosenses 2:14, 16, 17).

Fueron las leyes ceremoniales que prefiguraban a Cristo, el Cordero de Dios sacrificado en la cruz por causa de nuestros pecados, lo que se clavó en la cruz. Allí la realidad se unió a la sombra; el símbolo fue reemplazado por el objeto al cual señalaba. Por esto el apóstol podía escribir que sólo eran "sombra de lo por venir". Los sábados mencionados en este texto son ciertas fiestas judías que también prefiguraban cosas venideras. Recuérdese que la palabra "sábado" significa "reposo". Si estudiamos las leyes ceremoniales del

antiguo Israel descubriremos que esos "sábados" mencionados por San Pablo eran fiestas anuales (1er. libro de las Crónicas 23:31), no semanales. Las "nuevas lunas" eran fiestas mensuales. Entre esos "sábados" ceremoniales se hallaban el del día de la expiación y el de la fiesta de los tabernáculos. El sábado semanal, a diferencia de los sábados ceremoniales, está asentado sobre un fundamento permanente, porque fue instituido en el Edén para conmemorar la Creación. Los preceptos ceremoniales, aun cuando instituidos por Dios, eran de carácter temporario y sólo debían estar en vigencia mientras señalaban al Mesías venidero. Tal es el caso de los sábados ceremoniales. En cambio un precepto moral es de carácter permanente porque está relacionado con la naturaleza moral del hombre que es siempre la misma. Tal es el caso del sábado del cuarto mandamiento.

Pregunta 6

¿No dice San Pablo que todos los días tienen el mismo valor?

Respuesta:

**"Uno hace diferencia entre día y día;
otro juzga iguales todos los días.
Cada uno esté asegurado en su
ánimo" (Romanos 14:5).**

A los judíos conversos de la iglesia primitiva les costaba abandonar las ceremonias que solían observar antes. Consideraban el cristianismo como una religión judía. Nuestro Señor era judío; los discípulos eran judíos; las Escrituras habían sido escritas en hebreo. Era difícil separar los símbolos de la realidad concreta, redentora, es decir, de la obra de Cristo. En el capítulo 14 de Romanos, San Pablo exhorta a esos cristianos de origen judío a que no continúen disputando acerca de aquellos ritos que habían terminado en la cruz. Los "días" a que se refiere son, entonces, los que correspondían a las fiestas judías y no al sábado del cuarto mandamiento.

Pregunta 7

El reposo del sábado, ¿no estaba destinado solamente a los judíos? ¿Por qué hemos de observarlo nosotros, que no somos de raza judía?

Respuesta:

**"El sábado por causa del hombre es hecho;
no el hombre por causa del sábado." (San Marcos 2:27).**

El sábado fue instituido en la creación. Los judíos no existían entonces. Dios hizo el sábado para el hombre, es decir para la humanidad entera. Cuando los mandamientos fueron proclamados en el monte Sinaí, en presencia de todo Israel, le fue dicho a éste que se acordara de que Dios se lo había dado a la familia humana centenares de años antes. El mandamiento no se aplicaba sólo a los judíos, sino también "al extranjero que está dentro de tus puertas". Aun los gentiles (que eran extranjeros para los judíos) debían observar el sábado.

Si el sábado—cuarto mandamiento—se hubiese constituido para los judíos solamente, entonces los Diez Mandamientos como conjunto, también hubieran sido sólo para ellos. En tal caso, los cristianos podrían tomar el nombre de Dios en vano, postrarse ante ídolos, robar, fornicar, mentir. Como por lógica esto no puede ser, tampoco podemos decir que es lícito violar el sábado.

Pregunta 8

¿Se perderán los que guardan el domingo en lugar del sábado?

Respuesta:

Nuestro Padre celestial anhela hallar corazones honrados y sinceros que estén dispuestos a andar en la verdad a medida que la comprendan. El juzga por los móviles del corazón. No debemos negar que existe cierta ignorancia sincera. San Pablo dice:

**"Porque si primero hay la voluntad pronta,
será aceptado por lo que tiene, no por lo
que no tiene" (2 Corintios 8:12)**

Es posible que nuestros padres y abuelos hayan ignorado que el verdadero día de reposo fue substituido por otro. Pensaban sin duda que el domingo era el día que Dios había ordenado que se le consagrara. Estaban en la

ignorancia, pero eran sinceros. Dios comprende esa sinceridad y obra en consecuencia.

"Empero Dios, habiendo disimulado los tiempos de esta ignorancia, ahora denuncia a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan" (Hechos 17:30).

Cuando llegamos a comprender cuáles son los requerimientos de la ley de Dios, entonces el Señor nos pide que cambiemos de manera de obrar y que pongamos nuestra vida de acuerdo con su voluntad. Cuando sabemos lo que la Palabra enseña y nos negamos a andar en la verdad, no podemos esperar que el Altísimo nos considere ignorantes sinceros. Nuestra conducta nos hace culpables.

"El pecado, pues, está en aquél que sabe hacer lo bueno, y no lo hace" (Santiago 4:17).

Recuerde, apreciado amigo, que Dios ve su corazón mientras usted estudia esta lección. El ve si lo ama plenamente o no. Si acepta la luz que recibe al estudiar la Palabra de Dios crecerá en conocimiento y en sabiduría; pero, si la rechaza, corre peligro.

"...Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende toda imaginación de los pensamientos. Si tu le buscares, lo hallarás; mas si lo dejares, él te desechará para siempre (1 Crónicas 28:9).

Pregunta 9

¿Insiste Dios en que el séptimo es el único día que los cristianos deben observar?

Respuesta:

"Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, que ni una jota

ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas.

De manera que cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos: mas cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (San Mateo 5:18, 19).

"Cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es culpado de todos" (Santiago 2:10).

Si la ley de Dios pudiera haber sido abrogada, Cristo no habría necesitado morir para salvar al mundo. El murió para abolir el pecado y confirmar la ley de Dios eternamente. ¿No quiere usted entregar su vida en las manos de Dios? ¿Quiere usted, apelando al poder de su Salvador resucitado, cumplir toda su voluntad, observar sus mandamientos, inclusive el que se refiere a la observancia del sábado?

Lección # 13- ¿QUÉ ES LA MUERTE?

INTRODUCCIÓN

Un joven conducía su automóvil por la carretera. De repente perdió el control de la dirección. El coche se desvió, chocó contra un poste de telégrafo y el joven fue lanzado sin conocimiento en medio del campo. Allí quedó inconsciente hasta que alguien lo vio y avisó a una ambulancia para que viniese a buscarlo. Después de algunas horas recobró el conocimiento, y una semana más tarde estaba atendiendo sus negocios otra vez. Ciertos amigos suyos tenían curiosidad de saber qué había experimentado después del accidente y mientras se hallaba sin conocimiento. Con tal motivo se entabló la siguiente conversación:

-Absolutamente nada - contestó el joven -. Para mí es como si no hubiese sucedido nada. -Si hubieras muerto -le preguntó otro -, ¿te hubieras dado cuenta de lo que te pasaba? - por supuesto que no. ¿Cómo podría haber estado más consciente al morir que mientras estaba desmayado? -respondió. -Con todo - insistió un tercero -, habiendo estado tan cerca de la muerte habrás visto ángeles y oído melodías celestiales. ¿Estás seguro que no oíste nada? - Completamente seguro -contestó el joven -; no vi ángeles, ni oí música, ni sentí calor ni frío. No me digan que hubiera podido saber más si hubiese muerto, porque no lo creeré.

¿ES EL HOMBRE UN SER DOTADO DE DOS NATURALEZAS?

Dios habría podido formar el hombre del polvo de las estrellas o de cualquier mezcla celestial, pero no lo hizo. He aquí lo que nos dice la Biblia en cuanto a la creación del hombre y su naturaleza:

**"Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz sopleto de vida; y fue el hombre en alma viviente"
(Génesis 2:7).**

La ciencia concuerda con este concepto del hombre. Ha descubierto que una persona de 60 kilos tiene suficiente grasa como para hacer 7 panes de jabón, el carbón necesario para fabricar 9.000 minas de lápices, tanto fósforo como para hacer 2.000 cerillas, magnesio en cantidad suficiente para una dosis de purgante, el hierro que se necesita para fabricar un clavo mediano, la cantidad de calcio conveniente para blanquear las paredes de un gallinero, bastante azufre como para librar a un perro de sus pulgas, y con el agua que contiene se puede llenar un recipiente de 35 litros. El hombre, de acuerdo con la ciencia y la Biblia, se compone de los elementos que hallamos en la tierra, pero ellos no bastaron. Se necesitaba algo para que ese cuerpo, aunque perfecto, llegara a ser un hombre, un alma viviente. Ese algo era el toque de Dios. Fue necesario que la chispa de la energía divina diese vida a esa forma inerte.

La vida brotó del ser divino, se comunicó al hombre y recorrió la red de sus nervios. Entonces los músculos se contrajeron, los pulmones entraron en acción y el hombre inspiró el aire vivificante. Dios había creado el aire de manera que respondiera a las necesidades del cuerpo, y cuando el hombre llenó sus pulmones, ese hálito aspirado lo convirtió en un ser animado e inteligente, es decir, en un alma viviente.

El hombre no está dotado de dos naturalezas separadas y antagónicas, una física y otra espiritual, reunidas en el momento de la creación. Tal enseñanza no se funda en la Palabra de Dios. Según el pasaje citado, el hombre es el resultado de la combinación del polvo de la sierra con el poder vital de Dios. Es por lo tanto un ser único e indivisible, reducido a lo siguiente:

Polvo de la sierra + soplo
de vida = alma viviente

Es un hecho por demás cierto que el cuerpo del hombre no puede subsistir sin la vida que alienta en sus células y que le viene de sus ascendientes hasta llegar al Creador. No bien cesa la vida, comienza la desintegración del cuerpo. De la misma manera, tampoco la vida y las facultades mentales y morales pueden existir fuera del cuerpo. La razón es simple: cuerpo y vida forman un todo único e indivisible al que la Biblia da el nombre de alma. De ahí que, bíblicamente, resulta inconsistente imaginar el alma separada del cuerpo.

Ella sólo existe mientras dura la vida.

LA MUERTE: ¿AMIGA O ENEMIGA?

La muerte no es la amiga que algunos quisieran hacernos aceptar. La Palabra de Dios nos dice que _ es un enemigo.

"Y el postrer enemigo que será deshecho, será la muerte" (1 Corintios 15:26).

La muerte es el fin del alma viviente, del ser humano. Es la destrucción de nuestro ser. La muerte es el abismo espantoso e inevitable que se halla al fin de ese camino que la Palabra de Dios llama "pecado".

"La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23).

¡Cuán claro nos resulta esto cuando nos toca depositar en la tumba el cuerpo de un ser querido! El abismo lo arrebató y se rompió el círculo de nuestra familia. Ciertamente la muerte es un enemigo. No es, como algunos quisieran creer, el puente que debemos cruzar para ir de esta vida a la otra. Es la cesación de la vida. Es la destrucción del alma.

Cuando la energía vital de Dios ya no obra en el hombre, éste muere. Su sistema nervioso y su mente no funcionan más. Sus facultades morales quedan suspendidas también. El que en vida era un ser humano, un alma viviente, en la muerte no es más que un cadáver. El cuerpo vuelve al polvo, y el aliento de vida, o energía vital, vuelve a Dios. El Creador sencillamente retira del hombre la vida que le había prestado cuando nació. La lámpara eléctrica nos puede servir de ilustración. La lámpara no es luz. La electricidad tampoco. Pero cuando la electricidad -una forma de energía - se manifiesta en la lámpara, produce luz. Podemos comparar la lámpara con el polvo de la tierra, la electricidad con la energía vital de Dios, que al unirse al cuerpo produce el alma viviente. Cortamos el paso de la corriente y no hay más luz: la lámpara se apaga. Cuando Dios suspende su energía vital, ya no hay más alma: sólo queda un cadáver.

Todo ser humano vivo es un alma viviente y, por lo mismo, un ser inteligente. Pero los muertos no pueden ser inteligentes. Las manifestaciones de la inteligencia desaparecen con la muerte. He aquí lo que Dios dice al respecto:

**"Saldrá su espíritu, tornarse a la tierra:
en aquel día perecerán sus pensamientos"
(Salmo 146:4).**

**"Y el polvo se tome a la tierra, como era,
y el espíritu vuelva a Dios que lo dio"
(Eclesiastés 12:7).**

La palabra espíritu usada en estos dos versículos no se refiere al "alma" del hombre, como algunos podrían pensar, sino que viene de la palabra hebrea rúach, que quiere decir "aliento", "soplo", "respiración". Esta palabra, entonces, se refiere al aliento o respiración del hombre, y no a otra cosa. El espíritu del hombre, por lo tanto, no es un ser autónomo con personalidad propia o con conciencia.

¿QUÉ OCURRE CUANDO SE APAGA LA LUZ DE LA VIDA?

Cuando una persona muere, el alma deja de existir. Con ella desaparecen las facultades intelectuales y morales; por lo tanto, no recuerda cosa alguna, ni siquiera a Dios. En el Salmo 88, versículos 11 y 12, indirectamente se llama a la muerte "la tierra del olvido", expresión acorde con lo que el mismo salmista declara en otro lugar:

**"Porque en la muerte no hay memoria de ti:
¿Quién te loará en el sepulcro?" (Salmo 6:5).**

En vista de que los muertos no tienen memoria de ninguna cosa, tampoco pueden alabar a Dios.

**"No alabarán los muertos a Jehová,
ni cuantos descienden al silencio"
(Salmo 115:17).**

Todas las emociones humanas concluyen con la muerte. Cuando uno muere, el amor, el odio, la envidia, y todas las funciones del alma humana se apagan como la luz de una bombilla eléctrica al cortarse la corriente.

Los muertos no experimentan satisfacción por el trabajo realizado. No reciben recompensa por los esfuerzos que hicieron en vida. La muerte es un enemigo frío y cruel.

**"Los muertos nada saben,
ni tienen más paga" (Eclesiastés 9:5).**

Hasta la esperanza y la fe que teníamos cuando vivos se apagan con la muerte. El cerebro, desintegrado, no funciona más.

**"Porque el sepulcro no te celebrará,
ni te alabará la muerte; ni los que
descienden al hoyo esperarán tu
verdad" (Isaías 38:18).**

Los muertos no tienen preocupaciones. No pueden ser atormentados mientras están en ese estado.

**"Allí los impíos dejan el per-turbar,
y allí descansan los de cansadas
fuerzas" (Job 3:17).**

Los muertos nada saben, de lo que sucede en la tierra. Sus hilos podrán hacerse célebres o deshonorar su nombre, pero los muertos no lo sabrán. Están totalmente ignorantes de sus antiguos intereses terrenales.

**"Sus hijos serán honrados, y él no
lo sabrá; o serán humillados, y no
entenderá de ellos" (Job 14:21).**

Los muertos no dirigen la vida de los vivos, ni influyen en los asuntos de sus amigos vivos. No tienen ningún dominio sobre las circunstancias terrenales. Están completamente separados del mundo de los vivos.

**"También su amor, y su odio y su envidia,
fenecieron ya; ni tienen más parte en el siglo,
en todo lo que se hace debajo del sol"
(Eclesiastés 9:6).**

Los muertos no pueden desarrollar ninguna actividad, ni física ni mental.

**"Porque los que viven saben que han de morir:
mas los muertos nada saben, ni tienen más paga...
En el sepulcro, adonde tu vas, no hay obra, ni
industria, ni ciencia, ni sabiduría"
(Eclesiastés 9:5,10).**

La muerte es un sueño inconsciente. Es la inconsciencia total.

**"El hombre morirá, y será cortado; perecerá el
hombre, ¿Y dónde estará él?... Hasta que no
haya cielo no despertarán, ni se levantarán de
su sueño" (Job 14:10,12).**

En San Juan 11 leemos el relato de la muerte de Lázaro, amigo de nuestro Señor. No se trata de un desvanecimiento. Estaba muerto. El corazón de Lázaro había dejado de latir desde hacia tanto tiempo, que la ciencia médica no podría haberlo hecho funcionar de nuevo. Lázaro estaba realmente muerto. En efecto, su cuerpo había entrado en descomposición, pues hacia cuatro días que estaba en la tumba cuando llegó el Maestro. Pero cuando nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, se acercó a su tumba, demostró que por fuerte que sea el dominio de la muerte, es más fácil para Dios devolver la vida a un muerto que para nosotros despertar a un dormido. Como Job, nuestro Señor compara a la muerte con el sueño.

**"Díceles después: Lázaro nuestro amigo, duerme;
mas voy a despertarle del sueño...Mas esto decía
Jesús de la muerte de el...Entonces, pues, Jesús
les dijo claramente: Lázaro es muerto"
(San Juan 11:11,13, 14).**

Sabemos que nuestro Señor resucitó por lo menos a tres muertos: Lázaro, la hija de Jairo y el hijo de la viuda de Naín. Si estos muertos hubieran ido al

cielo al morir, ¿no habría cometido un error Jesús al obligarlos a abandonar la felicidad celestial para hacerlos volver a las miserias de la vida, y luego morir nuevamente? Y si al morir hubiesen ido al infierno, el Hijo de Dios hubiera tenido que transigir la justicia divina para sustraerlos a su castigo.

Pero, ¿por qué ninguna de esas tres personas, después de volver a la vida, no dijeron nada acerca de temas tan importantes como el paraíso o el infierno? La respuesta es sencilla: no tenían nada que decir. No habían visto nada; no habían oído nada. La Palabra de Dios enseña que estaban inconscientes, sumidos en un sueño total.

Si estas tres personas hubieran podido contar algo acerca de esto, hubieran contra-dicho la Palabra de Dios. Recordemos que la Escritura, en la información que nos da acerca de la muerte, no se contradice. Tiene una sola historia que contar acerca de la muerte, y los textos que hemos examinado en esta lección constituyen la suma de ese testimonio. Creamos a la Palabra de Dios a pesar de nuestros sentimientos, nuestros prejuicios o las enseñanzas que hayamos recibido anteriormente. En 54 lugares la Escritura llama sueño a la muerte. Recordemos que:

"Dios no es hombre, para que mienta" (Números 23:19).

"Tu palabra es verdad" (San Juan 17:17).

¿SE OLVIDA DIOS DE LOS QUE DUERMEN EN LA MUERTE?

La muerte ha atacado todas las formas de vida en nuestro planeta. Los animales y las aves mueren lo mismo que el hombre. Por eso los incrédulos quisieran hacernos creer que no hay nada después de la muerte y que el hombre comparte la misma suerte de los animales. Pero la Palabra de Dios niega tales pretensiones. Frente a la tumba de Lázaro nuestro Señor anunció:

**"Yo soy la resurrección y la vida:
el que cree en mí, aunque esté
muerto vivirá" (San Juan 11:2).**

Dios no nos creó a ciegas. Siguió un plan preestablecido. El Creador conoce cada detalle de nuestro ser. Lo ideó antes de que naciéramos. Leamos el

Salmo 139 y verifiquemos qué conocimiento maravilloso tiene Dios de cada uno de nosotros. Notemos particularmente los versículos 15 y 16:

"No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado y compaginado en lo más bajo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas. Por eso, en consonancia con estas palabras, nuestro Señor dice: Pues aun vuestros cabellos están todos contados" (San Mateo 10:30).

Cuando la muerte, la enemiga de la vida, se apodera del hombre, éste descende a la tumba. Pero en los archivos del Dios infinito se conserve hasta el último detalle de ese ser. Dios posee los planos originales de cada individuo, por decirlo así. El no olvida jamás a uno solo de los seres que creó. Veamos en las palabras del Señor hasta qué punto llega el cuidado de Dios:

"¿No se vende cinco pajarillos por dos blancas? pues ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. Y aún los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis pues: de más estima todos que muchos pajarillos" (San Lucas 12:6, 7).

Job estaba seguro de que Dios ama a los hombres y que por eso mismo nunca se olvidará de ellos. Esperaba resucitar un día.

"Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi mutación. Aficionado a la obra de tus manos, llamarás, y yo te responderé" (Job 14:14,15).

Dios no se olvida jamás de uno solo de aquellos por quienes Cristo murió.

VENDRÁ EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN

La muerte puede destruir nuestro cuerpo. Podemos volver al polvo. Dios puede retirarnos el don de la vida. Pero el Señor resucitará a los muertos como resucitó a Lázaro.

**"Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero"
(1 Tesalonicenses 4:16).**

En el estudio titulado "Una Preparación Indispensable", se encuentran todos los detalles relativos al gran día de la resurrección. Dijo el Señor que habría dos resurrecciones.

**"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y los que hicieron bien saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación"
(San Juan 5:28, 29),**

Job aguardaba el momento en que Dios lo haría salir de la cárcel de su tumba.

**"Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo: y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios; al cual yo tengo de ver por mí, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mis riñones se consuman dentro de mí"
(Job 19:25-27)**

Este patriarca no sentía ningún temor. Sabía que su Creador podía reunir de nuevo hasta la última partícula de su cuerpo desintegrado. Nosotros tampoco debemos temer. Si morimos, Dios ciertamente puede devolvernos la vida.

¿ES INMORTAL EL HOMBRE?

Dios dice en su Palabra que el hombre no es inmortal, sino que está sujeto a la muerte. Su herencia como hijo suyo no era la muerte, sino la vida. Si hubiese permanecido obediente a la voluntad del Todopoderoso y a los principios de su Santa Ley, la habría conservado para siempre. Pero el hombre pecó. Abandonó sus derechos a la vida eterna, y por la desobediencia heredó la muerte. Nadie puede negar que el cuerpo muere. Pero el Altísimo afirma que el alma muere también.

"El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel 18:4).

Aunque en los textos hebreo y griego de la Escritura encontramos las palabras alma y espíritu más de 1.700 veces, el adjetivo "inmortal" nunca va unido a ellas. Ni una sola vez encontramos en el Libro Santo una declaración que nos autorice a creer que el alma o el espíritu sean conscientes después de una supuesta separación del cuerpo. En cambio, en la Escritura hay pasajes que se refieren al alma como algo sujeto a la muerte.

Según la Escritura sólo el Ser divino posee la inmortalidad. Una sola vez se emplea en ella la palabra inmortalidad y es para designar un atributo de Dios.

"La cual a su tiempo mostrará el Bienaventurado y solo Poderoso, Rey de reyes, y Señor de señores; quien solo tiene inmortalidad" (1 Timoteo 6:15, 16).

Con el mismo fin se usa la palabra inmortal, también sólo referida a Dios.

"Al Rey de siglos, inmortal, invisible, al solo sabio Dios sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén" (1 Timoteo 1:17).

¿Quiere decir entonces que nuestra vida termina con la muerte, y que no hay nada después de ella? De ninguna manera. Ya lo hemos visto. Dios ha prometido la inmortalidad a todos los que, creyendo en el Evangelio de su amor, aceptan a Jesús como su Salvador personal y vivan una vida consecuente con su fe. La inmortalidad, entonces, no es algo inherente al alma, sino un don gratuito otorgado por Dios a condición de que por la fe hagamos de Jesús, nuestro Salvador.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (San Juan 3:16).

Cuando se produzca la resurrección de vida anunciada por nuestro Señor en San Juan 5:28, 29, los justos recibirán la inmortalidad. San Pablo no esperaba recibir la corona inmortal antes que los demás justos.

"Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que amen su venida" (2 Timoteo 4:8).

Esto significa que los justos recibirán la inmortalidad sólo en ocasión de la segunda venida de Jesús. En consecuencia, ¡cuán importante es este acontecimiento y qué maravilloso será!

En efecto, San Pablo nos dice que, cuando vuelva el Señor, nuestra condición cambiará y recibiremos una naturaleza inmortal.

"He aquí, os digo un misterio: Todos ciertamente no dormiremos, mas todos seremos transformados, en un momento, en un abrir de ojo, a la final trompeta; porque será tocada la trompeta, y los muertos serán levantados sin corrupción, y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad" (1 Corintios 15:51-53).

Por el momento, el hombre es mortal. Pero por la fe podemos recibir la vida eterna. Tal es la esperanza del cristiano, que se realizará cuando estemos en presencia de nuestro Dios. Entonces nuestra fe será una gloriosa y sublime realidad. ¡Seremos inmortales!

La muerte es un enemigo. Nos arrebató la vida. Pero no reinará para siempre. Muy pronto llegará el día en que su poder desaparecerá definitivamente.

"Sorbida es la muerte con victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Corintios 15:54,55).

Cuando Dios haya purificado la tierra, la muerte, nuestra enemiga, será destruida para siempre. ¡Qué bueno, justo y misericordioso es nuestro Dios! ¡Y cuán inescrutables y altos son sus caminos!

Lección # 14- ¿PUEDEN COMUNICARSE LOS VIVOS CON LOS MUERTOS?

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una mujer joven, la Sra. Margarita Bouvier, que vivía en París, Francia, asistía por primera vez a una sesión espiritista. Las manifestaciones que observó allí le llenaron de asombro y, natural-mente, de interés. Durante la segunda sesión el médium la estuvo llamando continuamente, pero ella se mantuvo indiferente pues había decidido no contestar. Acabó por acceder cuando éste le informó que tenía un mensaje que comunicarle.

Entonces oyó a su madre hablarle en húngaro, lengua que el médium no conocía. En su mensaje dijo que se alegraba porque su hija se había divorciado. Es interesante que la joven siempre se había preocupado por saber lo que su madre pensaría si supiese que había tomado una decisión tan importante. ¿Conversó verdaderamente la Sra. Bouvier con su madre?

Desde que la muerte entró en nuestra tierra, los hombres han procurado saber lo que sucede al otro lado del velo. Esos seres queridos a quienes tanto hemos amado y a quienes hemos perdido, ¿dónde están? ¿Qué hacen? ¿Saben lo que nos sucede? ¿Han adquirido en su nueva morada una sabiduría que no poseían mientras estaban en la tierra?

Considerado como una ciencia por unos y como una religión por otros, el espiritismo goza actualmente del favor de un público numeroso.

Se dice que es espiritista quien piensa que se puede comunicar con los espíritus de los muertos a través de un médium. ¿Qué dice la Palabra de Dios al respecto? Lo veremos en esta lección. Que Dios mismo aclara este asunto para usted, estimado alumno, es nuestro deseo y oración.

UN EXTRAÑO VISITANTE

"El espiritismo moderno tuvo su origen en Hydesville, Nueva York, en el año 1848. La primera comunicación inteligible del espiritismo en tiempos modernos vino en respuesta a una directa petición a Satanás mismo. En el año antedicho, un campesino llamado Juan D. Fox vivía en Hydesville, cerca de Róchester, Nueva York. Fue madre de seis hijos, dos de los cuales vivían todavía en casa. Fueron éstas las menores, y se llamaban Margarita, que tenía quince años, y Catalina, de doce años. Acababan de tomar la casa, la cual hallaron molestanda por ciertos sonidos, especialmente de noche. Al principio atribuyeron estos sonidos a ratas y ratones, más tarde a una tabla movable, pero pronto descubrieron que los sonidos eran toques distintos e inteligentes. Al acostarse la noche del primero de marzo de 1848, padres e hijas durmiendo en un mismo cuarto, comenzaron los toques con más violencia que antes. El Sr. Fox se levantó para probar los marcos de las ventanas, y encontrándolos todos seguros estaba para volver a su descanso cuando Catalina, observando que cuando él sacudía los marcos los toques parecían responder, se volvió hacia el sonido, y dando un castañeteo de los dedos, dijo: "Oye, patihendido, haz como yo".

Al instante los toques respondieron, atemorizando a las niñas de manera que no querían continuar la conversación con el "patihendido". Pero la madre siguió cultivando su amistad, y de él recibió una comunicación que pretendía ser del espíritu de un tal Carlos B. Rosma, diciéndole que este hombre había sido asesinado en la casa hacia algunos años. Señalóse un sitio en el sótano de la casa, como el lugar del entierro de su cuerpo, y al cavar allí encontraron una porción considerable del esqueleto de un hombre, y más tarde se supo que un hombre, que correspondía con la descripción dada, había visitado la casa y no apareció después.

"Luego fomentó también Margarita comercio con los espíritus y desarrolló pronto poderes ocultos notables. Muchas preguntas se hacían a los espíritus, y las respuestas en su mayor parte se hallaron ser correctas. Así varios artículos extraviados. Los vecinos vinieron para indagar el fenómeno. Se hacían otras preguntas, las cuales fueron contestadas, y muchos se convencieron de que las niñas Fox realmente se comunicaban con los

espíritus de los muertos. Desde esa época el movimiento cundió como una conflagración" (C. B Haynes, Ultratumba y el Espiritismo, págs. 44 y 45).

El movimiento creció rápida-mente, y tres años más tarde se publicaban seis revistas espiritistas en los Estados Unidos. El movimiento fue impulsado con un entusiasmo sin límites. Desde 1857 ha tenido sus altibajos, pero después de cada una de las dos guerras mundiales, durante las cuales la muerte destrozó tantos hogares, el deseo de sostener relaciones con los desa-parecidos le dio nuevo impulso.

¿ES POSIBLE COMUNICARSE VERDADERAMENTE CON LOS MUERTOS?

**"Así el hombre yace, y no se tornará a levantar:
hasta que no haya cielo no despertarán, ni se
levantarán de su sueño" (Job 14:12).**

La Escritura afirma que los muertos duermen hasta el día de la resurrección, que están absolutamente inconscientes e ignoran lo que sucede en la tierra. Por consiguiente les resulta imposible dirigir mensajes a los vivos, o comunicarse con ellos. "La nube se consume, y se va: así el que desciende al sepulcro no subirá; no tornará más a su casa, ni su lugar le conocerá más" (Job 7:9,10).

Usted recuerda sin dudar lo que leímos respecto del estado de los muertos en la lección anterior.

**"Porque los que viven saben que han de morir:
mas los muertos nada saben, ni tienen más paga;
por su memoria es puesta en olvido. También su
amor, y su odio y su envidia, fenecieron ya; ni
tienen ya más parte en el siglo, en todo lo que
se hace debajo del sol. Todo lo que te viniere
a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas;
porque en el sepulcro, adonde tú vas, no hay
obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría"
(Eclesiastés 9:5, 6, 10)**

¡Ojalá los hombres estudiaran la Palabra de Dios y creyeran sus enseñanzas! ¡Cuántos errores peligrosos se podrían evitar! Aún más,

conocerían la verdad acerca de una cuestión tan importante como lo es la referente al estado de los muertos.

Repitémoslo, apreciado estudiante de la Palabra, los muertos nada saben. No están en el cielo, ni en el infierno, ni en el purgatorio. "Duermen en el polvo de la tierra" (Daniel 12:2). Y no despertarán hasta la resurrección.

"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación" (San Juan 5:28, 29).

"La doctrina de que el hombre queda consciente en la muerte, y, más aún, la creencia de que los espíritus de los muertos vuelven para servir a los vivos, preparó el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos son admitidos en la presencia de Dios y de los santos ángeles y si son favorecidos con conocimientos que superan en mucho a los que poseían anteriormente, ¿por qué no habrían de volver a la tierra para iluminar e ilustrar a los vivos? Si, como lo enseñan los teólogos populares, los espíritus de los muertos se ciernen en torno de sus amigos en la tierra, ¿por qué no les sería permitido comunicarse con ellos para prevenirlos del mal o para consolarlos de sus penas? ¿Cómo podrán los que creen en el estado consciente de los muertos rechazar lo que les viene cual luz divina comunicada por espíritus glorificados? Representan un medio de comunicación considerado sagrado, del que Satanás se vale para cumplir sus propósitos. Los ángeles caídos que ejecutan sus órdenes se presentan como mensajeros del mundo de los espíritus. Al mismo tiempo que el príncipe del mal asevera poner a los vivos en comunicación con los muertos, ejerce también su influencia fascinadora sobre las mentes de aquéllos.

"Muchos hombres serán entrampados por la creencia de que el espiritismo es tan sólo una impostura humana; pero cuando sean puestos en presencia de manifestaciones cuyo carácter sobrenatural no pueda negarse, serán seducidos y obligados a aceptarlas como revelación del poder divino" (E.G. de White, El Conflicto de los Siglos, págs. 607 y 609).

El espiritismo no se asienta sobre certidumbre alguna. No puede probar que los muertos se comuniquen con los vivos. La Palabra de Dios dice la verdad cuando declara: "Los muertos nada saben"

¿QUIÉNES SON ENTONCES ESOS ESPÍRITUS?

Sólo pueden darse tres explicaciones:

- a) Que los espíritus de los muertos vuelven verdaderamente a la tierra para comunicarse con los vivos.
- b) Que estamos en presencia de un fraude cometido por el médium.
- c) Que son espíritus engañosos que asumen la apariencia de los muertos.

Si bien es verdad que en algunos casos se manifiestan en el espiritismo ciertos fraudes, con todo, muchos incidentes y manifestaciones no pueden ser tachados de tales.

Acabamos de ver que los muertos no pueden comunicarse con los vivos. Y Dios nos da el consejo siguiente:

"Y si os dijeren: Preguntad a los pitones y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultaré el pueblo a su Dios? ¿Apelara por los vivos a los muertos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isaías 8:19, 20).

Es un consejo lleno de sabiduría. No podemos aceptar los asertos gratuitos de los espiritistas sin examinarlos a la luz de la Palabra del Dios vivo. Y como ya lo hemos visto, las declaraciones de Dios acerca de los muertos son categóricas. ¿Quiénes son esos espíritus?

"Porque son espíritus de demonios, que hacen señales" (Apocalipsis 16:14).

Las Santas Escrituras nos enseñan que nuestro planeta está rodeado por un ejército de seres inteligentes, invisibles, que se llaman "ángeles". Hay ángeles buenos que son "espíritus administradores, enviados para servicio a favor de

los que serán herederos de salud (salvación) (Hebreos 1:14). Esos ángeles han sido descritos como "acres poderosos en fortaleza", que ejecutan "su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto" (Salmo 103:20). Es evidente que estos ángeles no vendrían en busca de los hombres aseverando ser los espíritus descarnados de los muertos.

Existe igualmente todo "un tropel de malignos espíritus" (Salmo 78:49, versión de Nácar-Colunga) o "malos ángeles" (Id., versión Valera). Son ángeles que siguieron a Satanás en su rebelión contra el gobierno de Dios (Apocalipsis 12:7-9). Son enemigos de las leyes de Dios y obran con energía incansable para arrastrar a la humanidad fuera de los caminos de la justicia. Según la Santa Escritura, los que se dejan extraviar por el espiritismo, en realidad se comunican con ellos. La Palabra de Dios es categórica al respecto:

"No sea hallado en ti,...ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni fraguador de encantamientos, ni quien pregunte a pitón, ni mágico, ni quien pregunte a los muertos. Porque es abominación a Jehová cualquiera que hace estas cosas" (Deuteronomio 18:1:12).

¿Por qué habrían de engañar a los hombres los ángeles buenos, aseverando ser lo que no son en realidad?

Si el espiritismo fuese de inspiración divina, ¿podría, como lo hace, negar la más sublime de las enseñanzas cristianas: la inspiración de las Santas Escrituras, y la doctrina del perdón de los pecados llamándola un "dogma de injuria"? ¿Podría negar la divinidad de nuestro Señor y la doctrina de la redención?

Si no son ángeles buenos los que realizan los prodigios y milagros innegables que se producen en ciertas sesiones espiritistas, sólo queda una alternativa: esos prodigios son obra de los ángeles malos, es decir, de los ángeles caídos o demonios.

Ciertos creyentes llegan hasta decir que se oyen cosas buenas en las reuniones espiritistas. Si, muchos se dejan engañar porque en ellas se cantan himnos cristianos. Algunos llegan hasta a darse el nombre de espiritistas cristianos. Citan las Escrituras: Pero el diablo puede hacerlo cuando conviene

a sus fines, como lo hizo cuando tentó a nuestro Señor Jesucristo en el desierto.

El movimiento espiritista se presenta al mundo de hoy como un ángel de luz, pero en realidad se base en "doctrinas de demonios". El apóstol San Pablo nos dice:

"Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz" (2 Corintios 11:14).

Solemnemente nos pone en guardia:

"Empero el Espíritu dice manifiestamente, que en los postreros tiempos algunos se apostatarán de la fe, escuchando a espíritus de error, a doctrinas de demonios" (1 Timoteo 4:1).

El poder de los ángeles caídos sigue siendo grande, y puede muy bien explicar las manifestaciones extraordinarias del espiritismo.

¿QUIÉN ES RESPONSABLE?

No podemos dejar de observar ciertas falsas enseñanzas introducidas en el cristianismo: que el alma es inmortal por naturaleza y que abandona al cuerpo cuando la persona muere para seguir viviendo en otra parte. Estas falsas enseñanzas prepararon el terreno para el espiritismo. El diablo mismo es el autor de esta doctrina. Debemos recordar que, contradiciendo a Dios, quien había advertido a nuestros primeros padres: "Moriréis", Satanás les dijo: "No moriréis" (Génesis 3:4).

Nuestro Señor dice que Satanás es mentiroso desde el principio y que no permanece en la verdad (San Juan 8:44). No podemos aceptar declaraciones que están en contradicción flagrante con la Palabra de Dios. Todos los que proclaman que los muertos viven, repiten la primera mentira: "No moriréis".

En su enseñanza y por sus prácticas el espiritismo lleva el sello del espíritu malo, del cual es en cierto modo la última obra maestra, la que mejor se adapta a nuestra época desequilibrada. El cristiano no debe dejarse engañar por el espiritismo, sino que, siguiendo ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, debe hacer huir a Satanás, el insistente tentador, y también rechazar las seducciones del espiritismo mediante un enérgico: "Escrito está".

¿CÓMO PODEMOS PROTEGERNOS?

"Cuando se levante en medio de ti profeta, o soñador de sueños y te diere señal o prodigio, y acaeciére la señal o prodigio que é te dijo, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámoslos. No dares oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños: porque Jehová vuestro Dios os prueba, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Jehová vuestro Dios andaréis y a él temeréis, y guardaréis sus mandamientos, y escucharéis su voz, y a él serviréis, y a él os allegaréis" (Deuteronomio 1 3:1 -4).

Nuestra única salvaguardia estriba en una obediencia plena a la Palabra de Dios. Si nos mantenemos alejados del terreno encantado del diablo, si nos negamos a escuchar las voces de sirena de los médiums, andaremos en terreno firme: Grandes personajes de este mundo fueron engañados por las doctrinas espiritistas únicamente porque no se aferraron al consejo de Dios.

Volvamos a la enseñanza pura y santa de Dios, y estas prácticas demoniacas no nos engañarán ¿No resulta doloroso ver a personas buenas que buscan luz en una mesa u oyendo a un médium que habla en nombre de un espíritu cuya identidad no puede probar, cuando podemos ser iluminados por Jesucristo, el "Sol de Justicia"?

Lección # 15- FRENTE AL JUICIO DE DIOS

INTRODUCCIÓN

¡1844! ¡Qué año! En 1844 sucedieron dos cosas importantes:

1) El telégrafo transmitió su primer mensaje

2) Hubo un gran despertar religioso: los gobiernos de Turquía y China abrieron sus puertas al cristianismo, y la antorcha de la verdad fue llevada por David Livingston al corazón del Africa. Si, 1844 fue un año muy importante para nuestro inquieto mundo.

1844 ocupó también un lugar destacado en los atrios celestiales. Ese año terminó el periodo profético de los 2.300 días de Daniel 8:14. Comenzó entonces en el cielo el juicio investigador: se iniciaron las sesiones de la Corte Suprema del Universo.

Dios no quería que el mundo ignorara este acontecimiento tan importante. Centenares de veces se presentaron en muchos países las profecías de Daniel y Apocalipsis. Millares de personas volvieron a Dios y se pusieron a estudiar la Palabra, en particular las profecías, entre otras éstas:

Hasta dos mil trescientos días de tarde y mañana; y el Santuario será purificado (Daniel 8:14).

**¡Diciendo en alta voz: Temed a Dios,
y dadle honra; porque la hora de su
juicio es venida y adorad a aquel que
ha hecho el cielo y la tierra y el mar y
las fuentes de las aguas"
(Apocalipsis 14:7).**

EL TRIBUNAL COMIENZA A SESIONAR

"Estuve mirando hasta que fueron puestas sillas, y un Anciano de grande edad se sentó, cayo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su silla llama de fuego, y sus ruedas de fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él, millares de millares le servían y millones de millones asistían delante de él. El juez se sentó, y los libros se abrieron" (Daniel 7:9,10).

Evidentemente hay libros en el cielo y ha llegado el momento en que los ángeles examinen su contenido bajo la dirección de Dios. El juicio investigador es la tercera etapa de la obra expiatoria de Cristo. En la primera actuó como cordero expiatorio al ofrecerse en sacrificio para salvar a la humanidad. En la segunda, como sacerdote intercesor entre Dios y los pecadores arrepentidos. En la tercera sella su obra expiatoria en favor de cuantos han confesado sus pecados, de acuerdo con el antiguo ritual hebreo que se cumplía en el día de las expiaciones (Levítico 16:20).

"Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí en las nubes del cielo como un Hijo de hombre que venía, y llegó hasta el Anciano de grande edad, e hiciéronle llegar delante de él" (Daniel 7:13).

Así como el Padre y el Hijo hombres y decidir quiénes tendrán un lugar en el mundo venidero. Sin duda alguna "el Anciano de días" es el Padre, y el "Hijo del hombre" es Cristo, quien se acerca para participar en el juicio. Como nuestro Sumo Sacerdote o Abogado, Cristo defiende nuestro caso ante el Padre o Juez Supremo.

"Hijos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo. El es la propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 San Juan 2:1, 2).

Si lo hemos negado, él nos negará a su vez. Una condición indispensable para que Cristo nos defienda (o confiese, según sus propias palabras), es que también nosotros lo confesemos él.

"Y os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios, Mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios" (San Lucas 12:8, 9).

Como resultado de este juicio investigador, los redimidos quedarán separados de los réprobos, pues revelará a quiénes anduvieron como Cristo anduvo, y quiénes se negaron a obedecer. Repetimos, habrá dos clases: los redimidos y los condenados. Ambos grupos resucitarán corporalmente para recibir la recompensa o el castigo.

En Daniel 7:14, se describe la sesión inaugural del juicio investigador, cuyo fallo es inapelable. En esa escena grandiosa el profeta ve millones de seres celestiales que están delante de Dios listos para dar testimonio de su misericordia y su justicia (versículo 10). La sesión comienza y los libros se abren. Entonces nuestro Señor Jesucristo se une al Padre para examinar cada caso y juzgarlo, de acuerdo con lo que está escrito en esos libros. Una vez concluido el juicio, Cristo entra en posesión de su reino como "Rey de reyes y Señor de señores".

¿EN QUÉ CÓDIGO SE BASARÁ ESTE JUICIO?

El Nuevo Testamento nos dice que seremos juzgados de acuerdo con la Ley de Dios.

"Así hablad, y así obrad, como los que habéis de ser juzgados por la ley de libertad" (Santiago 2:12).

¿Cuál es la ley de libertad? Los Diez Mandamientos, tal como se indica claramente en Santiago 2:11:

"Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no hubieresses cometido adulterio, pero hubieresses matado, ya eres hecho transgresor de la ley".

¿Cuántos de ellos se usarán para medir las almas de los hombres? Todos. No se dejará un solo mandamiento.

"Porque cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos" (Santiago 2:10),

"Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas" (San Mateo 5:18).

Bienaventurados entonces los que hayan andado como Cristo, que hayan guardado los mandamientos de su Padre (San Juan 15:10), y que, por el poder del Espíritu Santo, hayan sido fieles a Dios.

"Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad" (Apocalipsis 22:14).

Apreciado alumno: ¿Tiene Cristo en sus manos las riendas de su vida? ¿Se siente usted impulsado por su amor a Dios a guardar toda su ley, por su gracia, inclusive el mandamiento referente al sábado?

"En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son penosos" (1 San Juan 5:2, 3).

¿CÓMO EXAMINARÁ DIOS MI VIDA?

Dios posee datos precisos acerca de nuestra naturaleza física (Salmo 139:15, 16). Sabe cuántos cabellos tenemos (San Mateo 10:30). No podemos ocultarnos de él (Salmo 139:1-12). Conoce hasta nuestros más íntimos pensamientos (1 Reyes 8:39). De acuerdo con la profecía, nuestro Señor magnificó la ley de Dios. Lo hizo observando fielmente cada mandamiento al punto de que vivió "sin pecado". También lo hizo al desentrañar el más íntimo sentido de los mandamientos, tal como lo vemos en el Sermón del Monte, donde va del cumplimiento exterior a la intención del corazón. En efecto, en ese sermón Jesús declara que el odio es homicidio, los pensamientos impuros adulterio, y las formas huecas hipocresía.

Apreciado amigo, las meras apariencias no resistirán el examen del tribunal de Dios. Dios examinará los móviles que inspiraron nuestras palabras y acciones, y los juzgará según su Palabra.

Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12). En ese día todos los secretos de nuestro corazón aparecerán desnudos delante de los ojos de Dios.

"El día que juzgará el Señor lo encubierto de los hombres conforme a mi evangelio, por Jesucristo" (Romanos 2:16).

¿No demandaría Dios esto? Porque él conoce los secretos del corazón (Salmo 44:21).

Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro. (Salmo 90:8).

LOS LIBROS DE DIOS, DE ACUERDO CON LAS ESCRITURAS

¿Cómo puede conocer Dios todos los detalles de la vida de aquellos que duermen en la tumba desde hace siglos? El es omnisapiente: lo sabe todo. Además, hay ángeles, mensajeros, que están encargados de llevar los libros del cielo y mantener al día sus anotaciones.

"Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para corroborar a los que tienen corazón perfecto pare con él" (2 Crónicas 16:9).

¿No son todos (los ángeles) espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de salud? (Hebreos 1:14).

No es extraño que los ángeles participen en el juicio.

"No sueltes tu boca para hacer pecar a tu carne, ni digas delante del ángel, que fue Ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se aire a cause de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?" (Eclesiastés 5:6).

El libro de la vida – Dios tiene un libro en el cual se consignan los nombres de quienes lo aman y le sirven.

"Mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro" (Daniel 12:1).

"Antes gozaos de que vuestro nombre está escrito en los cielos" (San Lucas 10:20).

Es evidente que los nombres escritos en ese libro pueden ser borrados.

"Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de lo que está escrito en este libro" (Apocalipsis 22:19)

"Sean raídos del libro de los vivientes y no sean escritos con los justos" (Salmo 69:28).

Finalmente, los que cometen el pecado imperdonable, del cual hablaremos en otra lección, serán borrados del libro de la vida.

"Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. Y Jehová respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a este raeré yo de mi libro" (Exodo 32:32, 33).

Cuán hermosa es la promesa hecha por el Señor con la visión que le dio a San Juan:

"El que venciere, será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles" (Apocalipsis 3:5).

Como consecuencia del juicio investigador se borrarán ciertos nombres que están escritos en el libro de la vida y se confirmarán otros. ¡Cuán importante es entonces que nuestro nombre esté escrito en ese libro! Apreciado amigo, ¿estará el suyo escrito allí? Sólo si lo está podrá usted llegar a ser ciudadano de la patria eterna.

El libro de la memoria. - Cuando Dios inscribe el nombre de alguien en el libro de la vida también lo inscribe en el libro de memoria, en el cual se anotan a la vez, todas las obras de bien realizadas por amor a Dios y a la humanidad.

"..y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre" (Malaquías 3:16).

¿QUÉ SE BORRARA: MÍ NOMBRE O MÍ PECADO?

Terrible será la suerte de millones cuyos nombres nunca se inscribieron en el libro de la vida porque nunca confesaron al señor. Pero será igualmente terrible la de aquellos que tenían el nombre inscrito en ese libro y luego se les borró al concluir el juicio investigador. La pregunta es: ¿Por qué borra Dios un nombre después de haberlo inscrito?

"Diciendo yo al justo, de cierto vivirá, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no vendrán en memoria, sino que morirá por su iniquidad que hizo" (Ezequiel 33:13).

Los que se conforman con una apariencia de piedad, y al mismo tiempo niegan el poder de Dios en su vida, descubrirán demasiado tarde que no construyeron su carácter sobre Cristo, la Roca de los siglos. A esas personas el Señor les dirá:

"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (San Mateo 7:21).

En vista de que Dios posee una información detallada y exacta de nuestra debilidad humana y de nuestros pecados, y siendo que no podemos comparecer ante el tribunal para defendernos, ¿qué esperanza tenemos de ser indultados? En su misericordia, nuestro Padre celestial nos da un Abogado tan poderoso que nunca perdió un solo pleito.

"Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo" (1 San Juan 2:1).

"...porque yo sé a quién he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mí depósito para aquel día" (2 Timoteo 1:12).

Cristo será nuestro defensor, si le confiamos nuestra causa. Cada día debemos conversar con nuestro abogado divino, Jesucristo, para que nuestra situación sea clara. Si obramos así seremos indultados. De lo contrario, nos pondremos bajo la condenación divina. Debemos confesar nuestros pecados antes que nuestro nombre sea llamado a juicio.

"Los pecados de algunos hombres, antes que vengan ellos a juicio, son manifiestos" (1 Timoteo 5:24).

Mientras dura el juicio investigador, mi pecado puede ser perdonado, San Pedro dice que si nos arrepentimos, Dios borrará nuestros pecados cuando lleguen los tiempos "del refrigerio".

"Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor" (Hechos 3:19).

¿Qué promete hacer Dios con nuestros pecados en ese momento?

"Venid luego, dirá Jehová, y estemos a cuenta. Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías 1:18),

"Yo, yo soy el que borro tus rebeliones « por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados" (Isaías 43:25).

Nuestros pecados serán borrados, no porque lo merezcamos sino porque "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna" (San Juan 3:16). ¡Cuán maravilloso es el amor del Señor por criaturas indignas como nosotros! Apreciado amigo, ¿le ha pedido usted a Jesús, su Abogado, que borre sus pecados de manera que pueda libremente comparecer en juicio delante de Dios? Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, es el único que puede defender nuestra causa. Pero lo hará solamente si le confesamos nuestros pecados directamente a él. Dios conoce nuestra debilidad y simpatiza con nosotros. Jesús vivió en esta tierra y sabe contra qué tenemos que luchar.

"Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

En el Salmo 87:4 y 5, se nos dice que nuestro Señor tendrá todo en cuenta: nuestra herencia, nuestro ambiente, nuestras tendencias naturales. Sabe qué ocasiones de hacer el bien se nos ofrecieron. Si, Dios lo tendrá todo en cuenta.

**"Jehová contará cuando se escribieren los pueblos:
Este nació allí" (Salmo 87:6).**

¿No es maravilloso saber que Dios conoce todo lo que nos concierne y que además nos ama? Es nuestro Padre, y es el Juez de los atrios celestiales, y Jesús, nuestro amigo y hermano mayor, está a su lado. ¡Qué pensamientos consoladores son éstos!

**"Y él juzgará el mundo con justicia; y juzgará los
pueblos con rectitud. Y será refugio al pobre,
refugio para el tiempo de angustia" (Salmo 9:8, 9).**

EL FIN DEL JUICIO INVESTIGADOR

Los justos muertos serán juzgados primero. Leamos:

**"Porque es tiempo de que el juicio comience por la
casa de Dios; y si primero comienza por nosotros,
¿qué será el fin de aquellos que no obedecen al
evangelio de Dios?" (1 San Pedro 4:17).**

**"Y de la manera que está establecido a los hombres
que mueran una vez, y después el juicio" (Hebreos 9:27),**

Pronto llegará el día en que se considerará el nombre del último de los muertos. Entonces se comenzará a juzgar a los vivos. Y tendremos que comparecer, por así decirlo, delante del tribunal de Dios. Aunque ignoremos el momento en que ello ocurra, el juicio proseguirá y se tomará la decisión final. Cuando se esté juzgando a los vivos, el juicio investigador estará por terminar. Dios dice a su pueblo:

**"Daré mis leyes en el alma de ellos, y sobre
el corazón de ellos las escribiré. Y seré a ellos
por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo"
(Hebreos 8:10).**

Cuando el juicio termine, nuestro Señor dejará el lugar santísimo en el santuario celestial, porque su obra expiatoria habrá concluido. Entonces resonarán estas palabras:

"El que es Injusto, sea injusto todavía; y el que es sucio, ensúciase todavía. Y el que es justo, sea todavía justificado; y el santo sea santificado todavía. He aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo" (Apocalipsis 22:11, 12).

Cuando nuestro Señor reciba el reino, regresará en las nubes de los cielos y reunirá a sus escogidos, que estarán esparcidos por toda la tierra. El nombre de esos bienaventurados se hallará escrito en el libro de la vida del Cordero. Apreciado amigo, ¿se está preparando usted para ese acontecimiento extraordinario?

ASEGÚRESE DESDE AHORA LOS SERVICIOS DE SU ABOGADO

Cierto famoso abogado se paseaba a orillas de un lago cuando vio a un hombre a punto de ahogarse. Rápida-mente se despojó de algunas prendas, se echó al agua para salvarlo y lo trajo a la villa. Muchos años más tarde, siendo juez, un criminal compareció ante él. Antes de pronunciar la sentencia, el juez dio al acusado la oportunidad de decir algunas palabras. El hombre habló: —Señor juez, ¿no se acuerda de mí? Hace muchos años usted me salvó cuando estaba a punto de ahogarme. ¿No puede salvarme ahora? —En ese momento yo era su salvador—le dijo el juez—. Ahora soy su juez. La justicia de Dios y de los hombres exige que lo condene.

Apreciado amigo, el Señor Jesucristo es su Salvador ahora. Dios dio todo lo que el cielo tenía para salvarlo. Con placer defenderá su causa delante del tribunal de Dios si usted le pide ahora que sea su Abogado. Llegará el día en que será **DEMASIADO TARDE**, porque cuando concluya el juicio investigador ya no podrá defenderlo. Ahora, hoy, es el día de la salvación. Confíele su caso al Señor ahora mismo.

Lección # 16- LA ÚLTIMA ADVERTENCIA DE DIOS AL MUNDO

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo angustiado. Millones se preguntan qué les reserva el porvenir. Presienten que algo catastrófico ha de ocurrir. Tal como lo anunció nuestro Señor, hay "angustia de gentes,... secándose los hombres a causa del temor y expectación de las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra" (San Lucas 21:25, 26). Y a esa presión exterior de los acontecimientos se agrega otra interior que viene de los conflictos del alma, de una conciencia a menudo culpable. Esto lleva a muchos a la desesperación. Darían lo que no tienen por recibir un alivio, por ver una señal u oír un mensaje de liberación.

Gracias a Dios ese mensaje existe. Es un mensaje de vida para este mundo amenazado de muerte.

DIOS REVELA SUS SECRETOS

Por cierto, ese mensaje proviene de Dios. Y no podría ser de otra manera, pues la sabiduría humana es impotente para explicar la causa de los acontecimientos que se desarrollan con creciente rapidez.

Sólo la Palabra de Dios puede darnos la clave de una interpretación exacta de ellos. Y única-mente los que estudian con diligencia los Escritos Sagrados, en particular las profecías referentes a nuestra época, pueden comprender la situación actual y saber a ciencia cierta cuál será su desenlace. La Santa Biblia declara:

**"Porque no hará nada el Señor Jehová,
sin que revele su secreto a sus siervos
los profetas" (Amos 3:7).**

En efecto, a través de la historia cada vez que los seres humanos pasaron por periodos especiales de crisis, Dios se les reveló por medio de mensajeros providenciales. Estos dieron un mensaje divino maravillosamente adecuado a las circunstancias críticas de esa época y anunciaron de antemano lo que iba a acontecer para que los hombres pudieran prepararse y así hacer frente a esa situación.

LOS MENSAJES DE DIOS EN EL PASADO

Cuando la maldad de los antediluvianos llegó a un nivel tal que provocó la ira de Dios y lo impulsó a destruir el mundo por medio del diluvio, el Todopoderoso envió a los hombres de esa época una amonestación por medio de Noé. Este mensajero escogido dio fielmente el mensaje que Dios le había encomendado, anunciando la calamidad que había de caer sobre los hombres. Al mismo tiempo reveló el único medio por el cual podían salvarse: el área.

**"Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha venido delante de mí; porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos. He aquí que yo los destruiré con la tierra. Hazte un área de madera de gofer: harás aposentos en el área. . . Y yo, he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá. Mas estableceré mi pacto contigo y entrarás en el área tú, y tus hijos y tu mujer, y las mujeres de tus hijos contigo"
(Génesis 6:13,14,17, 18).**

Durante 120 años Noé anunció el mensaje de Dios en medio de la oposición y las burlas de su generación. Nadie se preparó para hacer frente a los acontecimientos que anunciaba. Cuando llegó el momento de la destrucción, el Señor llamó a los animales, que respondieron a su voz y entraron en el área con Noé y su familia. La salvación estaba al alcance de todos, pero nadie quiso aceptarla. Lacónicamente el relato sagrado declara:

"Y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos" (San Mateo 24:39).

Cuando sonó la hora para que el Señor Jesús viniera a la tierra, Juan el Bautista fue enviado por él con un mensaje destinado a iluminar a los hombres de su tiempo. Anunció la venida del Mesías, y les enseñó cómo debían prepararse para ir al encuentro de su Dios. ¡Felices los que escucharon ese mensaje divino y lo siguieron!

El cumplimiento inexorable de las profecías anunciadas para el pasado es una garantía de que habrán de cumplirse las que se refieren a nuestra época presente.

En efecto, en el capítulo 14 del libro de Apocalipsis, Dios señala con siglos de anticipación, tanto su mensajero para este tiempo como el mensaje que le ha encomendado dar a todos los seres humanos. Usa para ello el símbolo de tres ángeles que vuelan en medio del cielo mientras den sus mensajes. Al estudiarlos nos asombra ver cuán maravillosamente concuerdan con las circunstancias actuales, y de qué modo extraordinario llenan las necesidades espirituales del mundo en general, y de las de cada uno de nosotros en particular. Estudiemos, estimado alumno, el primero de estos mensajes, ya que los estrechos límites de esta lección no nos permiten por ahora entrar en los dos que le siguen.

EL MENSAJE DEL PRIMER ÁNGEL

Veamos primeramente el mensaje del primer ángel:

"Y vi otro ángel volar por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra, porque la hora de su juicio es venida; y adorad a aquel que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" (Apocalipsis 14:6, 7).

Es evidente que el ángel mencionado aquí es simbólico. Dios no manda a los ángeles a predicar el Evangelio. San Pedro, San Juan, San Pablo no eran ángeles, sino hombres. Esta porción del Apocalipsis se refiere a acontecimientos de los últimos días de la historia humana. Este ángel, y los dos que le siguen, no son literales, sino que simbolizan un movimiento, que, si bien es de origen divino, está compuesto por seres humanos y dará estos mensajes al mundo justamente antes de la segunda venida de Cristo.

Existen actualmente muchas iglesias cristianas. ¿Cuál de ellas cumple con las especificaciones de esta profecía? Si logramos ubicarla estaremos sin duda en presencia de un movimiento genuinamente cristiano y, más aún, que actúa bajo la dirección de Dios y con su bendición, razón por la cual será más que conveniente prestar oídos a sus mensajes porque evidentemente son del cielo.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO QUE CUMPLE LA PROFECÍA

La Voz de la Esperanza y su escuela Radio Postal es el movimiento adventista. Pero antes de pasar a demostrar-lo, deseamos dejar establecido que no predicamos a favor de una iglesia, sino que predicamos a Jesucristo. Las iglesias no salvan. Cristo es el Salvador. Las iglesias, en la medida en que se dejan dirigir por el Espíritu Santo, son instrumentos de mayor o menor eficacia que Dios emplea para la salvación de los hombres. Pero el Salvador es sólo el Señor Jesús. Resulta claro, sin embargo, tanto en sus características como en su plan de acción, que posee un sello divino que da una fuerza irresistible tanto a esa acción como a su mensaje. Eso es precisamente lo que ocurre con el movimiento adventista.

Dice el Apocalipsis:

"Y vi otro ángel volar por en medio del cielo..." (Apocalipsis 14:16).

El movimiento adventista vuela. Iniciado en 1844, hace poco más de cien años, se ha difundido con extraordinaria rapidez, y sus fieles se hallan en el 99% de todos los países del globo. El crecimiento sencillamente fantástico del adventismo es uno de los fenómenos más notables de la historia del cristianismo moderno.

El movimiento adventista vuela, además, por en medio del cielo. Llama la atención del mundo. Cada día más periódicos y revistas hablan de ese movimiento y de su obra, considerada admirable. Se han escrito varios libros acerca del mismo tema, verdaderos éxitos de librería, cuyos autores, notémoslo bien, no son adventistas.

EL EVANGELIO ETERNO

Volvamos a la Escritura:

"...que tenía el evangelio eterno... " (Apocalipsis 14:6).

El movimiento adventista predica el Evangelio eterno, es decir, el mismo de siempre, puesto que no hay sino un plan de salvación. Predica el Evangelio de Jesús, ese hermoso, sublime y sencillo Evangelio que nos dice a las claras que somos pecadores pero que, a pesar de eso, Dios nos ama, y para librarnos del pecado, por amor a nosotros envió a su Hijo Jesucristo para que muriera por nosotros en nuestro lugar y para darnos su justicia inmaculada y su vida sin fin. Este es el Evangelio que todos debemos aceptar para que transforme con su poder nuestros corazones y podamos así hallarnos listos para el día de la venida del Señor Jesús.

Insistimos, el movimiento adventista predica el Evangelio eterno. Mientras una parte considerable de la cristiandad cae en el dispensacionalismo, es decir, en la creencia de que los hombres se salvan de distinta manera de acuerdo con la distinta dispensación—mosaica o cristiana—, el movimiento adventista enseña, basado en las Escrituras, que el plan establecido por Dios para la salvación de los pecadores es el mismo a través de los siglos y no ha variado nunca; en una palabra, es eterno.

También los resultados de la predicación del Evangelio son eternos: los redimidos vivirán eternamente en el reino de Cristo. Usted puede ser uno de ellos. Acepte al Señor Jesús como su Salvador personal, y el Evangelio tendrá resultados eternos en su propia vida.

A TODO EL MUNDO

Veamos cómo continúa Apocalipsis 14:6

"Para predicarlo a los que moran en la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo"

El adventismo predica el Evangelio a todo el mundo. En efecto, de acuerdo con las últimas estadísticas se halla extendido en el 99% de la superficie del planeta. Todos los creyentes están imbuidos del íntimo convencimiento de que es su deber supremo llevar o ayudar a llevar el Evangelio hasta el último rincón de la tierra. La Voz de la Esperanza y la Escuela Radiopostal colaboran con todo entusiasmo para cumplir esta tarea.

DEBEMOS TEMER Y HONRAR A DIOS

Si pasamos ahora al versículo 7 de Apocalipsis 14, leemos Primeramente:

"Diciendo en alta voz: temed a Dios, y dadle honra..."

El movimiento adventista anuncia en todo lugar: "Temed a Dios y dadle honra". Llegamos así a uno de los detalles oportunos del último mensaje de amonestación de Dios al mundo. Vivimos en una época en que casi ha desaparecido el temor de Dios. Y recordemos que "temor" en este caso no significa miedo sino amor. Muy pocos le den honra. Una vasta proporción de la población del mundo está sumergida en el materialismo. La religión de millones pareciera ser el dinero; la de muchos otros, los honores; la de otros incontables millones, el placer.

La violencia, edemas, sube de punto en todo el mundo. La carrera armamentista no tiene parangón en la historia. Las armas de destrucción en masa se acumulan peligrosamente en los lugares estratégicos del planeta.

Y al mismo tiempo aumentan el vicio y la delincuencia en forma tal que decir que vamos hacia Sodoma y Gomorra no es suficiente: ya estamos en Sodoma y Gomorra.

A esta época va dirigido el mensaje: "Temed al Dios y dadle honra", y ése es precisamente el pregón de la Iglesia Adventista.

EI MENSAJE DE LA HORA DEL JUICIO

Se lee en Apocalipsis 14:7: **"...porque la hora de su juicio es venida..."**

El movimiento adventista predica decididamente que "la hora de su juicio es venida", es decir, ha llegado. Desde 1844 en adelante está pro-clamando que, de acuerdo con las maravillosas profecías de las Sagradas Escrituras, el juicio de Dios comenzó en ese mismo año. Esta es una doctrina de la Biblia y que subrayan los adventistas, y el hecho de que la profecía que venimos comentando esté anunciada, le da sello de autenticidad divina a este movimiento. (Si desea tener más información acerca de esta profecía, a su pedido le enviaremos más material de lectura).

Un detalle en relación con esto: los adventistas aparecieron en el escenario de la historia precisamente en 1844, cuando comenzó el juicio divino en el cielo (Daniel, capítulos 7-9), evidentemente para cumplir el cometido celestial de anunciar a todo el mundo, desde ese año en adelante, el mensaje de la hora del juicio. ¡Cuán maravillosos son los planes y las profecías del Señor!

ADOREMOS AL CREADOR

El versículo 7 de Apocalipsis 14 concluye diciendo:

**"...y adorad a aquel que ha hecho el cielo
y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas"**

El movimiento adventista invita al mundo a que adore al Creador. Desde hace un siglo y medio, en los medios intelectuales, científicos y religiosos circulan teorías que pretender eliminar a Dios de la creación. Se enseña en forma dogmática que el relato bíblico de la creación es sólo una leyenda, y además que todos los seres vivientes, sin excluir al hombre, son el resultado de la evolución.

El movimiento adventista rechaza de plano tales afirmaciones. Es fundamentalista, es decir, cree que la Escritura es la Palabra de Dios y la verdad. Cree que lo que relata la Biblia es rigurosamente histórico. Cree por lo tanto que el relato de la creación es una realidad. Cree que Dios es el creador del mundo, de la vida y del hombre.

No es un movimiento retrógrado: cree en la ciencia verdadera y afirma, con sólida base, que la verdadera ciencia jamás ha estado reñida con la verdadera religión. Pero declara enfáticamente que la teoría de la evolución

no es ciencia, sino simple y llanamente una teoría que nadie ha podido demostrar ni podrá hacerlo jamás.

A una humanidad enferma de estas doctrinas seudocientíficas le conviene escuchar el llamamiento a adorar al Creador, que es parte descollante del mensaje de Dios y éste debe ser anunciado de viva voz y por la pluma, por la prensa, la radio y la televisión, y también con el ejemplo.

CONCLUSIONES

El Dios de la Biblia es un Dios de amor. Ama a sus criaturas con un amor inmenso, incomprensible. No hará nada sin anunciarlo por medio de sus mensajeros para que los seres humanos tengan la oportunidad de prepararse a fin de hacer frente a lo que ha de venir. Y con mayor motivo lo hace ahora, que se aproxima rápidamente el regreso en gloria del Hijo amado, Jesucristo. Por medio del movimiento adventista—moderno Noé; moderno Juan el Bautista—, está dando al mundo su último mensaje de amonestación. Pide a los hombres que teman a Dios y le den honra, porque la hora de su juicio ha comenzado, y que le adoren, pues es el Creador. Este es el mensaje del Señor. ¿Le prestará oídos usted, apreciado amigo? Dios quiera que sí.

No queremos terminar esta lección antes de invitarlo a meditar en la solemnidad que adquiere nuestra existencia cuando se apodera de nosotros el pensamiento de que vivimos en la hora del juicio. Puede ser que hoy, hoy mismo, se examine su vida en el tribunal celestial. ¿Está usted preparado? ¿Ha aceptado al Señor Jesús como su Salvador? Si él es su Salvador, no tendrá nada que temer. Dice la Palabra del Señor:

"Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al espíritu" (Romanos 8:1).

Si Cristo no es todavía su Salvador personal, no demore ni un solo instante más: entréguele hoy mismo la vida a su Señor.

Lección # 17- ¿MIL AÑOS DE PAZ?

INTRODUCCIÓN

¡Cuán maravilloso es saber que Dios pondrá fin al pecado, las luchas y las guerras, es decir, a todo lo que hace sufrir! Apreciado amigo, estas lecciones nos enseñan que Dios tiene en reserva, para el futuro, días muy felices para sus hijos. El sagrado Libro nos dice lo que sucederá cuando regrese nuestro Señor. Aparecerá nuestro Señor Jesús en las nubes del cielo, como Rey de reyes, acompañado de sus santos ángeles.

"Y los ejércitos que están en el cielo le seguían en caballos blancos, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio. Y de su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las gentes. Y él los regirá con vara de hierro; y pisa el lagar del vino del furor, y de la ira del Dios Todopoderoso" (Apocalipsis 19:14, 15).

El profeta Jeremías añade:

"Llegó el estruendo hasta el cabo de la tierra; porque Juicio de Jehová con las gentes: él es el Juez de toda carne; entregará los impíos a cuchillo, dice Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos: He aquí que el mal sale de gente en gente, y grande tempestad se levantará de los fines de la tierra. Y serán muertos de Jehová en aquel día desde el un cabo de la tierra hasta el otro cabo; no se endecharán, ni se reunirán, ni serán enterrados. . ." (Jeremías 25:31-33).

Aquí se describe el momento cuando Dios destruirá a los impíos y el actual orden de cosas, con el consiguiente cuadro de completa desolación. En Daniel 2:34, 35 se compara el establecimiento del reino de Cristo con una piedra desprendida, "no con mano", que pulveriza todos los reinos de la

tierra. Las naciones concluirán con la caída de esa piedra, que es nuestro Señor Jesucristo, la Roca de la eternidad. El profeta a su vez nos dice que en esa ocasión los muertos de Jehová cubrirán la tierra. San Juan, por su parte, describe de este modo el terror de los impíos:

"Y el cielo se apartó como un libro que es envuelto; y todo monte y las islas fueron movidas de sus lugares. Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los ricos, y los capitanes, y los fuertes, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes. Y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y esconded-nos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?" (Apocalipsis 6:14-17).

Los impíos no desean ver a Dios porque no le aman. Por lo demás, tampoco estarían en condiciones para verlo. Suplican entonces a los montes y a las rocas que los oculten de la faz divina. San Pablo afirma que esas multitudes serán condenadas porque "no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad" (2 Tesalonicenses 2:12).

Cuando nuestro Señor regrese, nuestro mundo será conmovido hasta los cimientos. Al respecto, San Juan declara:

"Entonces fueron hechos relámpagos y voces y truenos; y hubo un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no fue jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue partida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para daría el cáliz del vino del furor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un grande granizo como del peso de un talento, y los hombres blasfemaron a Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue muy grande" (Apocalipsis 16:1-21).

Nadie puede imaginar lo que ocurrirá cuando las montañas desaparezcan; cuando el embravecido mar devora islas enteras. Dios destruirá los valles y ciudades de la tierra. ¿Podemos concebir semejante cataclismo? ¿Podemos vislumbrar lo que será ese desquicio de la naturaleza? Leamos lo que dice la Palabra de Dios:

"Porque hará estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar, en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día de la ira de su furor" (Isaías 13:13).

El mismo profeta describe en estos términos el caos que seguirá:

"He aquí que Jehová vacía la tierra, y la desnuda, y trastorna su haz, y hace esparcir sus moradores. Del todo será vaciada la tierra, y enteramente saqueada; porque Jehová ha pronunciado esta palabra. Quebrantarase del todo la tierra, enteramente desmenuzada será la tierra, en gran manera conmovida. Temblará la tierra vacilando como un borracho, y será removida como una choza... (Isaías 24:1, 3,19, 20).

Como consecuencia de todo esto, la tierra se verá privada de la luz del sol. Isaías nos dice que nuestro planeta será desviado de su órbita. Otra profecía añade:

"Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad..." (Jeremías 13:16).

De manera que la tierra se transformará en un caos inhabitable. Ya no brillará el sol. No podrá haber vida humana. El profeta Isaías agrega:

"Jehová está airado sobre todas las gentes, e irritado sobre todo el ejército de ellas: destruíralas y entregaralas al matadero. Y los muertos de ellas serán arrollados, y de sus cadáveres se levantará hedor; y los montes se desleirán por la sangre de ellos. Y todo el ejército de los cielos se corromperá, y plegarse han los cielos

como un libro: y caerá todo su ejército, como cae la hoja de la parra, y como cae la de la higuera" (Isaías 34:2-4).

Dios fue paciente con la humanidad belicosa, durante sus siglos de guerra, odios y derramamiento de sangre, y hoy espera que responda a la invitación del Príncipe de paz Pero cuando los hombres hayan hecho su decisión final y se rebelen definitivamente contra el Creador, él ya no podrá soportar más la violencia y vendrá a librar de ella a sus hijos.

"Porque es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sión" (Isaías 34:8).

Los malos no podrán hacer frente a Dios entonces. El profeta Jeremías dice que nuestro planeta será sacudido por continuos terremotos Isaías afirma que la tierra se tambaleará como un borracho (Isaías 24:20). Evidentemente la humanidad no podrá sobrevivir a este cataclismo, que es consecuencia de su rebelión contra el Creador. Leamos lo que dice el profeta de esos momentos terribles:

"Miré, y no se veía un hombre" (Jeremías 4:25, versión de Nácar y Colunga).

"He aquí el día de Jehová viene, crudo, y de saña y ardor de ira, para tornar la tierra en soledad, y raer de ella sus pecadores" (Isaías 13:9).

Un pasaje tras otro nos enseña que no habrá más vida humana en la tierra después del regreso de Cristo Nuestro planeta será absolutamente inhabitable en ese tiempo.

¿QUÉ SUCEDERA CON LOS JUSTOS?

Si los malos no pueden subsistir en tales condiciones, ¿será nuestra tierra un lugar habitable para los redimidos? La lógica nos dice que un planeta sacudido hasta sus cimientos y privado de la luz del sol no puede ser habitado por nadie Por otra parte, eso también lo dice la Palabra de Dios Cuando Cristo vuelva, será para reunir a "sus escogidos de los cuatro vientos,

de un cabo del cielo hasta el otro" (San Mateo 24:31) y llevarlos al cielo El apóstol San Pablo nos dice:

"Tampoco, hermanos, queremos que ignoréis acerca de los que duermen, que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús. Por lo cual, os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no seremos delanteros a los que durmieron. Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor"
(1 Tesalonicenses 4:13-17).

¡Qué admirable será el regreso del Señor con sus ángeles! No será una cosa secreta. Será un espectáculo majestuoso que todos verán. Los impíos no podrán soportar su resplandor Para no verlo, suplicarán a las montañas que caigan sobre ellos Sólo los justos sobrevivirán No morirán; serán salvados de, espantoso cataclismo que sobre-venirá Serán llevados por los ángeles al encuentro del Señor en los aires.

¿QUÉ SUCEDE CON LOS JUSTOS QUE DUERMEN?

Los justos que "duermen en Jesús" no quedarán en la tumba mientras los que estaban vivos al venir el Señor gozan de la presencia del Salvador en el cielo Escuchemos la promesa del Santo Libro:

"He aquí, os digo un misterio. Todos ciertamente no dormiremos, mas todos seremos transformados. En un momento, en un abrir de ojo, a la final trompeta; porque será tocada la trompeta, y los muertos serán levantados sin corrupción, y nosotros seremos transformados (1 Corintios 15:51, 52).

Los seres amados que la muerte nos quitó saldrán de la tumba revestidos de inmortalidad. En la primera epístola a los Tesalonicenses, capítulo 4, se nos dice que la ascensión de los justos vivos no impedirá que los justos muertos salgan de sus tumbas. ¡Qué glorioso será cuando, liberados definitivamente del mal, estemos para siempre junto al Salvador!. El llama a ese despertar de los justos muertos la "resurrección de vida" (San Juan 5:29).

La Palabra de Dios dice claramente que saldrán de sus tumbas y se unirán a los justos que no murieron y con ellos irán al cielo. Allí moraremos, porque la tierra quedará inhabitable durante mil años. ¿Qué harán los justos mientras estén en el cielo? He aquí la respuesta que nos da San Juan:

"Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado juicio; y vi a las almas de los degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, que no habían adorado la bestia, ni a su imagen, y no recibieron la señal en sus frentes, ni en sus manos, y vivieron y reinaron con Cristo mil años (Apocalipsis 20:4).

Veamos ahora cuál será la suerte del diablo y de sus ángeles al concluir el drama de los siglos.

EL DIABLO ENCADENADO

Imaginemos a ese espíritu poderoso y maléfico, solitario en medio de la tierra en ruinas, sin un solo ser sobre el cual ejercer influencia. Todos los impíos habrán muerto, y todos los salvados estarán en el cielo. Satanás no tendrá nada que hacer. Tendrá mil años de inactividad, totalmente aislado.

"Y vi un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo, y una gran cadena en su mano. Y prendió al dragón, aquella serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y selló sobre él, porque no engañe más a las naciones, hasta que mil años sean cumplidos Después de esto es necesario que sea desatado un poco de tiempo" (Apocalipsis 20:1-3).

¿Quién podrá encadenarlo? Sólo puede hacerlo Aquel contra quien guerrea desde hace tanto tiempo, a saber, nuestro Señor Jesucristo. En efecto, cuando regrese el Salvador, los impíos serán destruidos. Los hijos de Dios irán al cielo. Satanás y sus ángeles permanecerán en la tierra desolada para reflexionar acerca del mal que hicieron o provocaron a través de los siglos. La tierra entenebrecida será su cárcel, su cadena; no podrán tentar a nadie. ¡Qué tormento será para estos espíritus activos el tener que errar en las tinieblas, con sólo el recuerdo de sus males acciones y la certeza de su pronta destrucción!

El pecado de Lucifer comenzó en el cielo, y su primer resultado fue que tuvo que alejarse de la presencia de Dios. Al venir a esta tierra le arrebató su dominio al hombre. Pero vino Jesucristo, vivió sin pecado y murió en la cruz, para devolver al hombre su dominio perdido. Le permitió así liberarse del príncipe de las tinieblas. Según Apocalipsis 12:10, Satanás perdió la segunda batalla con su Creador en la cumbre del Gólgota.

Pero por fin llega la última fase de su larga lucha contra Dios. Está encarcelado y encadenado en un mundo vacío, silencioso y solitario. No puede tentar a los muertos. No puede engañar a nadie. ¡Se halla en su horrenda celda de condenado a muerte! Sólo puede ver, con plena certeza, que pronto será borrado de la existencia.

¿QUEDARÁ LIBRE DE SUS CADENAS?

Si, se verá libre por un breve tiempo, según acabamos de leer. Al concluir los mil años de encadenamiento, todos los impíos muertos resucitarán, incluso los que murieron con el resplandor de la venida de Jesús. Leamos la profecía:

"Y serán encerrados, presos en la mazmorra, encarcelados en la prisión, y después de muchos días serán visitados" (Isaías 24:22, versión de Nacar y Colunga).

"Porque así dice Jehová: toda la tierra será hecha una desolación; aunque no haré un exterminio completo" (Jeremías 4:27, VM).

Y el apóstol San Juan complete el cuadro:

"Mas los otros muertos no tornaron a vivir hasta que sean cumplidos mil años... Y cuando los mil años fueren cumplidos, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá para engañar las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra..." (Apocalipsis 20:5, 7, 8).

Satanás ha quedado encadenado por la muerte de todos sus súbditos y la ascensión de los justos. La suya es una cadena de circunstancias que le impedía ejercer su funesta obra. Ahora, cumplidos los mil años, puede ser suelto de ella por la resurrección de sus súbditos. "Los otros" muertos, o sea los impíos, sólo volverán a vivir al terminar los mil años. En efecto la Palabra de Dios enseña que hay dos resurrecciones generales:

"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación" (San Juan 5:28, 29).

La primera resurrección, que se llama aquí resurrección de vida, se produce cuando nuestro Señor vuelve (Apocalipsis 20:5). Mil años más tarde, el Hijo de Dios retornará a la tierra con todos los suyos. En ese momento resucitarán los réprobos para comparecer en juicio delante de Dios. Hablando de esa ocasión el profeta declara:

"Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de las Olivas, que está frente a Jerusalén al oriente y el monte de las Olivas se partirá por medio de sí hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte y la otra mitad hacia el mediodía" (Zacarías 14:4).

Cuando vuelva a la tierra, una vez terminados los mil años, nuestro Señor vendrá acompañado por los redimidos de todas las edades. Descenderá sobre el Monte de las Olivas, de donde regreso al cielo después de su muerte y resurrección. Un gran terremoto partirá en dos la montaña y se formará

una inmensa llanura donde se asentarán los fundamentos eternos de la Nueva Jerusalén. Al respecto San Juan dice:

"Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y el mar ya no es. Y yo Juan vi la santa ciudad, Jerusalén nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos" (Apocalipsis 21:1-3).

EL FIN DEL PECADO

Cuando Satanás y todos los impíos resucitados vean descender la maravillosa Jerusalén, habitada por seres sin armas y sin pecado, decidirán tomar por asalto la santa ciudad. Satanás les hará creer que, siendo su número mayor que el de los habitantes de la ciudad, la victoria será segura. Luego los reunirá para combatir contra la ciudad de Dios.

"Y saldrá para engañar las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y circundaron el campo de los santos, y la ciudad amada..." (Apocalipsis 20:8, 9).

Rodean la ciudad y se preparan para ocuparla con el fin de hacerla su capital. Entonces cae sobre ellos el juicio final de Dios. Empleando un lenguaje sencillo pero gráfico, nuestro Señor describió la escena en la parábola de la cizaña:

"Enviaré el Hijo del Hombre sus ángeles, y juntarán de su reino todos los escándalos, y los que hacen iniquidad. Y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga" (San Mateo 13:41-43).

San Juan agrega más detalles:

"Y subieron sobre la anchura de la tierra, y circundaron el campo de los santos, y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los devoro. Y el diablo que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde está la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche para siempre jamás. Y el infierno y la muerte fueron lanzados en el lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue lanzado en el lago de fuego" (Apocalipsis 20:9,10,14, 15).

Así concluirá el gran conflicto entre Cristo y Satanás, reñido a través de los largos siglos de la historia de nuestra tierra. Imagine usted, apreciado amigo, diez siglos de silencio, mil años durante los cuales la vieja tierra descansará de las malas acciones cometidas por los pecadores. No habrá una sola guerra durante ese tiempo; tampoco habrá seres humanos vivos en la tierra, ya que los impíos estarán muertos y los justos se hallarán en el cielo. Satanás, pues, se encontrará solo con sus ángeles malos en la tierra vacía que será para ellos como una cárcel. Allí verán las consecuencias finales del pecado: caos, ruina y muerte. ¡Diez siglos de silencio! Luego será la resurrección de los impíos y el descenso de la santa ciudad. Entonces caerá fuego del cielo para destruir el pecado y los pecadores. Pero, ¿no hubiera sido bueno darles una segunda oportunidad? No, no la necesitan. Su resolución de combatir después de haber resucitado basta para probar que una nueva oportunidad sería inútil. Toman su decisión antes de ser destruidos. Están irremediablemente perdidos. Su fin, y el de todas las obras malas que hayan cometido, será la destrucción total.

DIOS PURIFICA LA TIERRA

En la época de Noé nuestro mundo fue destruido por las aguas del diluvio. Esta vez lo será por el fuego purificador del Dios eterno. El Creador del universo quiere un mundo limpio, sin pecado. Su propósito es quitar todo rastro de mal, y de las cenizas que produzca el fuego purificador surgirá un mundo nuevo.

"Mas el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasaran con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán des-hechos, y la tierra y las obras que en ella esta serán quemadas" (2 Pedro 3:10).

Entonces Dios hablará, y surgirá una creación nueva y santa:

"Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y el mar ya no es. He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21:1, 5).

La Palabra de Dios nos describe las maravillas del mundo nuevo que Dios va a crear.

Se nos cuenta que a veces, en el Africa, los monos dejan la selva para ir a hurtar las cosechas de los agricultores. Estos secan calabazas y les hacen un agujero que les permite a los monos introducir la mano abierta. Llenan de arroz las calabazas, las atan a un poste, y los monos ladrones meten la mano, toman un puñado y tratan de sacarla. Pero como apenas había lugar para la mano abierta, no la pueden sacar estando cerrada. Y son tan insensatos que se niegan a dejar el arroz, a pesar de ver a los que vienen a matarlos. ¡Prefieren morir antes que renunciar a su puñado de arroz! ¡Pobres infelices!

Pero, ¿somos nosotros más sabios que ellos cuando nos aferramos a pecados que nos destruirán finalmente si no los abandonamos? Nadie necesita ser destruido en el lago de fuego. Sólo perecerán allí los que hayan preferido aferrarse al pecado en vez de huir de él y buscar refugio en los brazos protectores de Dios.

Apreciado amigo, ¿está usted permitiendo que algún pecado conocido lo prive de la vida eterna? ¿Dónde se propone usted pasar el milenio? ¿En el silencio de la tumba durante diez siglos, para contarse luego entre los réprobos, o entre los redimidos?

Lección # 18- ¿CUÁL ES LA VERDADERA IGLESIA?

INTRODUCCIÓN

Estadísticas recopiladas reciente-mente indican que existen 233 organizaciones religiosas—en los Estados Unidos solamente— que comprenden 329672 congregaciones locales, con un total de 131 350000 miembros. Estas cifras serían evidentemente mucho más elevadas si abarcasen el mundo entero. Más de 2.700.000 personas son miembros de alguna agrupación religiosa. Es evidente que no todas estas organizaciones ni todas estas personas poseen la verdad.

Actualmente hay alrededor de 570 millones de católicos romanos, 123 millones de ortodoxos, más de 330 millones de protestantes y evangélicos, sin contar los creyentes en religiones no cristianas. Si, las más diversas creencias existen en el mundo: pero, ¿en cuál de ellas se encuentra la verdad?

Cada una de estas agrupaciones religiosas justifica su existencia presentando razones plausibles. La estructura filosófica de varias es excelente, algunas de sus enseñanzas son loables, pero muchas otras se contra-dicen. En medio de una confusión religiosa tan grande como la que existe en el mundo de hoy, ¿cómo se puede saber con certeza si se está en la verdad? No es extraño que la Santa Escritura le dé el nombre de Babilonia— que significa confusión—al mundo religioso de estos últimos tiempos (Apocalipsis 1 8:2).

La situación no podría estar más enredada. ¿Cómo puede orientarse el que desea encontrar la verdad? ¿En quién puede cifrar su confianza? ¿Cuál es la verdadera Iglesia de Jesucristo? -: Estas preguntas sólo pueden tener una respuesta: la Iglesia verdadera es la que Cristo fundó, la que concuerda plenamente con la Sagrada Escritura. Puesto que Jesús es la cabeza de la Iglesia, su Palabra será la única fuente de la fe y el único fundamento de los principios que la rijan. Toda doctrina verdadera concuerda con la Santa

Escritura, y la Iglesia verdadera no enseñará cosa alguna que no tenga apoyo en la Biblia.

¿HAY QUINIENTOS CAMINOS PARA IR AL CIELO?

"Todos los caminos llevan a Roma", dice un proverbio antiguo. Pero, ¿será posible que todos los caminos lleven al cielo? ¿Será posible que Dios necesite 500 caminos para que podamos ir a la Nueva Jerusalén? Por supuesto que no. El solo pensarlo resulta absurdo. Sobre todo si se tiene en cuenta que cada una de esas organizaciones discrepa con las otras en uno o varios puntos. Muchas se contradicen abiertamente. Pero en medio de esa confusión resplandece esta verdad: hay un Dios; hay una Roca, hay un bautismo; hay una Iglesia verdadera; hay un sólo camino que conduce al cielo.

"Nosotros empero no tenemos más de un Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros en él; y un Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y nosotros por él" (1 Corintios 8:6).

"Un Señor, una fe, un bautismo" (Efesios 4:5).

Así como hay un solo Dios, y un solo Salvador, su Hijo Jesucristo que es la cabeza de la Iglesia, así también no hay en la tierra sino una sola Iglesia verdadera.

**". . . Y habrá un rebaño, y un pastor (San Juan 10:16).
Un cuerpo, y un Espíritu; como todos también llamados
a una misma esperanza de vuestra vocación" (Efesios 4:4).**

Un cuerpo con muchas cabezas sería una monstruosidad, y una cabeza con muchos cuerpos sería una imposibilidad. No; hay una Roca, Jesucristo; y un cuerpo espiritual, la Iglesia, de la cual él es la cabeza. En ninguna parte de las Santas Escrituras leemos que Cristo haya hablado de más de una iglesia. Dice, "mi Iglesia" (San Mateo 16:18). ¿Qué haremos entonces con las iglesias rivales, todas las cuales aseveran ser la verdadera iglesia? ¿Cómo descubriremos la Iglesia verdadera, la fundada por Jesucristo?

Jesús, la Palabra de D/os

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo (la Palabra) era Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (San Juan 1:1, 14).

La Iglesia está edificada sobre Jesucristo, la Roca, y él es el Verbo—o la Palabra de Dios— hecho carne. El dice:

"El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida" (San Juan 6:63).

Nada se puede esperar de una fe fundada en un hombre, porque, como dice la Palabra, "la carne nada aprovecha". Las relaciones entre la cabeza de la Iglesia y el cuerpo son directas. Sin mediadores humanos. La Iglesia verdadera recibe su espíritu y su vida por medio de las palabras pronunciadas por Jesucristo.

"Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad" (San Juan 17:17).

Jesús, la Palabra hecha carne, fue para el hombre una demostración del poder santificador que tienen los principios de carácter y de gobierno revelados por Dios en su Palabra: la Biblia. ¿No resulta claro, entonces, que la Iglesia debe estar fundada sobre la Palabra de Dios?

En San Juan 16 y en Efesios 4 se nos dice que después de su ascensión Cristo enviaría el Espíritu Santo a su Iglesia para que sus miembros llegasen a la unidad de la fe y así pudieran alcanzar un desarrollo espiritual que los asemejara a Cristo. He aquí lo que se dice acerca de la obra del Espíritu Santo en la iglesia:

"Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere,

**y os hará saber las cosas que han de venir"
(San Juan 16:13).**

La verdadera Iglesia se adherirá fielmente a la Santa Biblia, estará fundada sobre ella y será guiada a la plenitud de la verdad por el Espíritu Santo, representante de Cristo en la Iglesia.

¿Cuál es la verdadera Iglesia? La que enseña que las Sagradas Escrituras son la única regla de fe práctica; la que es guiada por Dios mismo a toda verdad, y la que, mediante el Espíritu Santo, revela el significado de las profecías que contienen un mensaje especial para el mundo de hoy.

¿LA SANTA BIBLIA O LA TRADICIÓN?

Recordemos a la Iglesia verdadera por el hecho de estar sólidamente fundada en la verdad, tal como se expresa en Cristo y su Palabra (San Juan 14:6). Esta palabra es contraria a la naturaleza humana pecaminosa y condena todo lo que proviene de ella.

**"Porque la palabra de Dios es viva y eficaz,
y más penetrante que toda espada de dos filos;
que alcanza hasta partir el alma, y aún el
espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y
discierne los pensamientos y las intenciones
del corazón" (Hebreos 4:12).**

La Iglesia verdadera sostendrá elevadas normas de vida, claramente indicadas por la Palabra de Dios, y los miembros de ella vivirán a la altura de esas normas. Guiada a la plenitud de la verdad por el Espíritu Santo, la Iglesia denunciará los errores del mundo, pondrá en alto los principios de la justicia de Dios y proclamará la condenación del pecado (San Juan 16:7-11). Será como la puerta estrecha y el camino angosto que llevan a la vida eterna.

**"Entrad por la puerta estrecha; . . . Porque
estrecha es la puerta, y angosto el camino
que lleva a la vida, y pocos son los que la
hallan" (San Mateo 7:13, 14).**

El propósito de la Iglesia consiste en preparar a un pueblo que morará en la tierra nueva. Dios quiere que su pueblo viva de acuerdo con normas elevadas, porque no entrará en su Reino nada ni nadie que lleve contaminación (Apocalipsis 21:27).

Por supuesto, el corazón humano se rebela contra la idea de un cambio de esta naturaleza. Los hombres tratan de encontrar sustitutos que les aseguren la salvación, y quieren convencerse de que son justos y buenos. Pero Dios dice que esta manera de obrar es fatal.

**"Hay camino que parece derecho al hombre,
mas su salida, es camino de muerte"
(Proverbios 16:25).**

La Iglesia apostólica permaneció fiel a Dios mientras vivieron los apóstoles. Pero ya en los siglos II y III encontramos señales evidentes de creencias falsas (Apocalipsis 6:2). Había comenzado la apostasía. Surgieron hombres que le dieron a la tradición tanta autoridad como a la Escritura inspirada por Dios. Por eso en nuestra época la fe basada en la tradición ha eclipsado a la fe basada en la Santa Palabra. Nuestra ignorancia de ella favorece la entrada del error en la Iglesia.

**"Erráis ignorando las Escrituras,
y el poder de Dios" (San Mateo 22:29).**

Una interpretación particular o arbitraria de la Palabra de Dios también conduce al error, porque pone las opiniones humanas en lugar de la Santa Escritura, que se interpreta por sí misma. La opinión humana no tarda en convertirse en tradición, con que se reemplaza a verdad bíblica.

Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición (San Mateo 15:6). A veces se desnaturaliza la verdad bíblica, y así se impide que los hombres comprendan el carácter sagrado de la ley eterna de Dios.

**"Y en vano me honran, enseñando como
doctrinas mandamientos de hombres. Les
decía también: Bien invalidáis el mandamiento
de Dios para guardar vuestra tradición"
(San Marcos 7:7, 9).**

Satanás mezcló con tradición las enseñanzas de la Iglesia, como parte de su estrategia contra el gobierno de Dios. Aquella contradice los mandamientos de Dios. Fundándose en ella muchos se mecen en una falsa seguridad, ignorando que serán juzgados por el mismo Decálogo que la tradición procura destruir. La Iglesia verdadera observe cuidadosamente la instrucción del apóstol San Pablo:

"Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo" (Colosenses 2:8).

Dios tuvo siempre una Iglesia verdadera. En el principio era la familia: el padre era el sacerdote. Pero cuando el paganismo cundió, el Señor organizó su Iglesia en una escala más vasta: surgió el pueblo de Israel. Esa iglesia nacional, fundada por Moisés de acuerdo con la orden divina, tenía por objeto unir a los miembros dispersos en un solo cuerpo, para evangelizar al mundo pagano. Pero la Iglesia del Antiguo Testamento se enamoró de sus ceremonias y ritos, y se preocupó mayormente de sus posesiones visibles, como el templo, en vez de la religión pura del corazón. Los hombres estudiaron con más ahínco las enseñanzas de los rabinos que la verdad espiritual de las Escrituras, la única que podía cambiar los corazones. Cegada por la tradición, la Iglesia rechazó al Mesías prometido.

"Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo. Como vuestros padres, así también vosotros. Que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis" (Hechos 7:51 j 53).

Si, la Iglesia verdadera del Antiguo Testamento, cayó en la apostasía y fue rechazada por Dios.

"Entonces Pablo y Bernabé, usando de libertad, dijeron: A vosotros a la verdad era menester que se os hablase la Palabra de Dios; mas pues que la desecháis, y os

juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles" (Hechos 13:46).

"Y estas cosas les acontecieron en figura; y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado" (1 Corintios 10:11)

Vivimos en los últimos días. La- confusión religiosa reina por doquier. Pero Dios tiene una Iglesia que posee la verdad y cuya tarea consiste en prevenir al mundo de la apostasía final e invitar a los sinceros a salir de la confusión para andar en la luz de la Palabra de Dios.

"Y clamó con fortaleza en alta voz, diciendo: Caída es, caída es la gran Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave sucia y aborrecible. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados, y no recibáis sus plagas" (Apocalipsis 18:2, 4).

SEÑALES BÍBLICAS DE LA IGLESIA VERDADERA

La Palabra de Dios, al referirse a la Iglesia de los últimos días emplea expresiones como "los que quedaren", "los otros" (Joel 2:32; Apocalipsis 12:17). El último "resto" de la verdadera iglesia es un pequeño número que no se ha dejado seducir por la tradición o la filosofía, sino que se ha aferrado fielmente a las doctrinas puras de la Iglesia primitiva. Es natural que el diablo aborrezca a esa iglesia, pues ella cree que el amor a Dios se muestra mediante la obediencia cabal de los Diez Mandamientos.

"Si me amáis, guardad mis mandamientos" (San Juan 14:1 5).

Refiriéndose a ella, el apóstol San Juan profetiza:

"Entonces el dragón fue airado contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan, los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo" (Apocalipsis 12:17).

De acuerdo con este texto, las señales distintivas de este último resto de la Iglesia verdadera son

- 1) guarda los mandamientos de Dios;
- 2) tiene el testimonio de Jesús.

En Apocalipsis 19:10 se nos dice que el testimonio de Jesucristo es el espíritu de profecía.

El último resto de la Iglesia verdadera también guarda los mandamientos de Dios, lo que implica la observancia del sábado, séptimo día de la semana, porque el que guarda toda la ley y violare un mandamiento resulta culpable de transgredir toda su ley (Santiago 2:1 Oj.

¡Cuán sencillo debiera ser hallar una iglesia que posea estas dos señales distintivas! Y sin embargo, ¿Cuántas son las iglesias que observan el verdadero día de reposo? La que guarde el día de reposo de Dios y tenga el espíritu de profecía será cierta-mente diferente a las otras 500 iglesias que existen.

Tiene la fe de Jesús

"Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apocalipsis 14:12).

La Iglesia verdadera predicarlo que sólo hay salvación por la fe en los méritos del Salvador crucificado. No enseñará que la obediencia puede salvar a alguien, sino que los pecadores, salvados mediante el poder del Espíritu Santo y la Palabra obedecerán a Dios, quien los ha llamado de las tinieblas para llevarlos a la luz esplendorosa del Evangelio (1 San Pedro 2:9).

La paciencia de los santos. Apocalipsis 14:12. Paciencia tanto quiere decir capacidad de soportar la prueba sin exhalar una queja como también perseverancia.

"Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (San Mateo 24:13).

A despecho de la ira del diablo y de la impopularidad, la Iglesia de Dios permanecerá fiel a su Palabra. Con los ojos fijos en el Señor, no cederá a los asaltos del enemigo.

La Iglesia de Dios tiene un mensaje de advertencia para el mundo. Invitará a todas las personas sinceras que pueblan la tierra para que salgan de la confusión religiosa que reina en este tiempo. En la profecía, la Iglesia verdadera está representada por un ángel que anuncia un mensaje especial (Apocalipsis 18:1).

"Y oí otra voz del cielo que decía: Salid de ella (Babilonia, confusión), pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados, y no recibáis de sus plagas" (Apocalipsis 18:4)

Actuará en el tiempo del juicio. De acuerdo con la profecía de Apocalipsis 14:6, 7, proclamará al mundo que ha llegado la hora del juicio.

Es una iglesia misionera. En cumplimiento de Apocalipsis 14.6, la Iglesia verdadera va por todo el mundo y predica el Evangelio "a toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo" (San Mateo 28:19, 20).

Aguarda el regreso de Jesucristo. Sus miembros se esfuerzan por vivir de tal manera que puedan dar la bienvenida al Maestro cuando aparezca en las nubes de los cielos.

"...sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio" (1 San Juan 3:2, 3).

En resumen, el último resto de la Iglesia verdadera proclama su fe en Jesucristo, tiene un mensaje profético, exalta la lealtad al gobierno de Dios y está animado de un celo apostólico, pues está lleno del poder del Espíritu Santo, que lo impulse a ir a todo el mundo llevando el Evangelio, en cumplimiento de la orden de Jesucristo.

¿BUSCA USTED LA IGLESIA VERDADERA?

Si usted busca esa iglesia, enumere nuevamente las señales que la distinguen de las demás.

1. Obedece los mandamientos de Dios, inclusive el cuarto, que ordena la santificación del sábado, el séptimo día de la semana.

2. Cumple la profecía de la Biblia. Comprende el significado de las profecías y está en condiciones de dar al mundo el mensaje que ellas contienen.

3. Posee la fe de Jesús y no acepta tradiciones humanas que la contradigan. Acepta toda la Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, como los dos testigos de la fe que alentaron a los santos de todos los siglos.

4. Se adhiere firmemente a las enseñanzas de la Palabra Santa, a pesar de la impopularidad y del desprecio que deba soportar.

5. Proclama un mensaje especial destinado a amonestar al mundo, y exhorta a los sinceros.

6. Es una Iglesia misionera: lleva el Evangelio de Jesucristo hasta los últimos rincones de la tierra, a fin de preparar un pueblo que esté listo para recibir a Jesús en su segunda venida y que sea digno, por la gracia de Dios, de reunirse con los redimidos de todos los tiempos en el reino prometido.

Apreciado amigo, tales son las señales distintivas de la verdadera Iglesia de Dios. Las destaca la Escritura Santa. ¿Desea usted de veras que la fe de Jesús llegue a ser el poder de Dios en su vida? En tal caso escoja la Iglesia que en doctrina y en proceder presenta estas seis características. Ella es sin duda la Iglesia verdadera Únase a ella a fin de prepararse para ir a vivir con los santos en la tierra nueva.

¿Necesita usted consejo y orientación especial frente a esta gran decisión? La Escuela Radiopostal tiene excelentes consejeros que están orando por usted. Para ellos será un placer ponerse a sus órdenes, ya sea por correspondencia, o personalmente si usted lo prefiere. Escribanos, y lo atenderemos de acuerdo con sus deseos, a la brevedad posible.

Lección # 19- NACER DE NUEVO

INTRODUCCIÓN

¡Quisiera morir y terminar de una vez con mi vida de maldad!—exclamó un pobre hombre después de contarle a un amigo su triste historia.

—Nada ganarías—le dijo éste— porque tarde o temprano tendrás que comparecer en el juicio.

—Eso es lo que me preocupa— añadió el pecador—. Pensar que uno deba vivir angustiado por el pecado, luego morir y finalmente tener que resucitar para responder por su vida pasada...

—Pero—le dijo su amigo—, ¿estarías dispuesto a morir ahora si pudieras renacer como un hombre nuevo, libre de la tortura moral, y del castigo final del pecado?

—¡Oh, sería maravilloso!—exclamó el interrogado.

—Eso es perfectamente posible, amigo. Lo han experimentado millones de desdichados. También tú puedes morir ahora para renacer a una vida nueva—afirmó su amigo.

—¿Será posible? ¡No puedo comprenderlo! ¡Explícamelo!— rogó el pecador.

Pues bien, es precisamente la grandiosa realidad del nuevo nacimiento, mencionada en el diálogo que antecede, lo que trataremos de explicar en esta lección, estimado alumno.

NACIDO DOS VECES

Sólo de una manera puede librarse el pecador de su conflicto moral y de su condenación. La muerte no es la solución del problema. Lo que él anhela es vida, una vida llena de paz y perdón. Alguien debe librarlo de la opresión y

condenación del pecado. Debe tener la oportunidad de comenzar de nuevo una vida mejor.

**"Lo que es nacido de la carne, carne es;
y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es"
(San Juan 3:6).**

**"...la carne y la sangre no pueden heredar
el reino de Dios..." (1 Corintios 15:50).**

De manera que, si hemos nacido sólo una vez ("de la carne", es decir, físicamente), jamás tendremos vida eterna, puesto que todos nacemos pecadores por naturaleza y por lo tanto condenados a muerte.

**"Por cuanto todos pecaron, y están
destituidos de la gloria de Dios"
(Romanos 3:23).**

La "muerte" mencionada en el último versículo transcrito no es sólo la muerte física, natural que termina con la vida, sino también especialmente la "segunda muerte" (Apocalipsis 10:6), la cual sufrirían los malos en el día final con una total destrucción de su ser: "espíritu, alma y cuerpo".

**"La paga del pecado es muerte..."
(Romanos 6:23)**

El bautismo es el símbolo bíblico de la muerte, sepultura y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Al nacer heredamos algo del temperamento y la personalidad y ciertos rasgos de carácter de nuestros antepasados. En este mundo de pecado no estaremos jamás completamente libres de esa herencia. Además, crecemos en un ambiente que influye sobre nosotros. Esta naturaleza pecaminosa, heredada y acentuada por el ambiente, está condenada a muerte. Si; "la paga del pecado es muerte".

¿QUÉ ES EL NUEVO NACIMIENTO?

Uno de los ciudadanos más sabios de Jerusalén buscó una noche a nuestro Señor para dirigirle precisamente esa pregunta. Parece que Nicodemo nunca antes había oído hablar del nuevo nacimiento. Entonces nuestro Señor le explicó:

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (San Juan 3:5).

La expresión "nacido de agua" evidentemente se aplica al bautismo, mientras que "nacido del Espíritu" significa ese cambio completo del carácter y la personalidad que produce el Espíritu Santo en el corazón del creyente. En la vida de aquel que nació de nuevo, los dos bautismos son experiencias vitales. El bautismo de agua es visible y exterior, pero simboliza la transformación interior del carácter. Por eso la orden del Señor a sus discípulos es predicar y bautizar.

"Por tanto, id y doctrinad a todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (San Mateo 28:19).

¿POR QUÉ HAY QUE SER BAUTIZADO?

El bautismo es un voto público de que nos unimos con Cristo mediante vínculos espirituales. Manifestamos así que morimos al pecado y sepultamos nuestra vida pecaminosa y nuestra antigua naturaleza. Confesamos delante de Dios y de los hombres que hemos aceptado a Jesucristo como nuestro Salvador y que hemos renunciado a nuestros pecados pasados.

"Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesare yo también delante de mí Padre que está en los cielos" (San Mateo 10:32).

Al salir del agua, resucitamos simbólicamente para comenzar una vida nueva, dirigida por el Espíritu Santo.

"¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Romanos 6:3, 4).

El bautismo es un rito recordativo, ordenado por Jesús mismo antes de su ascensión. Es una confesión pública de que Jesús ocupó nuestro lugar para pagar por nosotros la deuda producida por nuestro pecado. Por medio del bautismo confesamos que, como hijos recién nacidos en la familia de Dios, somos incapaces de vivir como Jesús y que, por lo tanto, dependemos de su poder para cambiar nuestra naturaleza pecaminosa y vivir la nueva vida que hemos emprendido. Al resucitar de la tumba líquida—que no es otra cosa que el bautismo—, demos testimonio de que Jesús resucitó para vivir su vida en nosotros.

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas Cristo vive en mí. Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20).

¿POR QUÉ SE BAUTIZA POR INMERSIÓN?

El bautismo mencionado por nuestro Señor en el Evangelio según San Juan 3:3-5 implica el fin de la vida pecaminosa. La muerte exige una sepultura. La palabra misma bautizar significa "sumergir" o "poner debajo del agua". Si el bautismo conmemora la muerte y resurrección de nuestro Señor, es razonable aceptar que, así como Cristo fue puesto en la tumba por manos cariñosas, nosotros también seamos sepultados en el agua, para que el símbolo sea perfecto. Cuando un hombre muere, no se lo sepulta esparciendo un puñado de tierra sobre él.

Nuestro Señor ordenó el bautismo de agua para simbolizar nuestra ruptura completa con el pecado. Morimos al pecado y es sepultada nuestra naturaleza carnal. Por medio del bautismo declaramos tener fe plena en que

el Cristo crucificado fue sepultado en nuestro favor. ¿Cómo podría la aspersion, o rociamiento, reemplazar el símbolo ordenado por Cristo?

"Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Romanos 6:4).

Nuestro Señor fue bautizado al principio de su ministerio terrenal. Su precursor, Juan el Bautista, bautizaba por inmersión, en el Jordán, a todos los que acudían a él y se arrepentían de sus pecados. Se necesitaba mucha agua para celebrar ese rito.

"Y bautizaba también Juan en Enón junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados" (San Juan 3:23)

"Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él" (San Mateo 3:16)

Después de la resurrección de Jesús, los discípulos continuaron bautizando a los que se arrepentían de sus pecados. El día de Pentecostés, San Pedro, inspirado por el Espíritu de Dios, invitó a los hombres a arrepentirse y bautizarse, como lo había ordenado nuestro Señor antes de su ascensión.

"Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombres de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38)

Más tarde, conducido por el Espíritu de Dios, Felipe se dirigió hacia un lugar desierto, donde encontró a un funcionario etíope que leía las Escrituras mientras viajaba. Felipe se unió al lector, y ese día, después de estudiar con él las Escrituras, los bautizó. Si hubiese bastado rociarlo con un poco de agua, Felipe podría haber usado la que ese funcionario llevaba en su cántaro. Pero en cambio, esperó hasta encontrar un lugar con abundancia de agua.

"Y yendo por el camino, llegaron a una cierta agua, y dijo el eunuco: He aquí agua ¿qué impide que yo sea bautizado? Y mandó parar el carro, y descendieron ambos al agua..." (Hechos 8:36,38)

Por lo demás a historia de la Iglesia demuestra que los apóstoles bautizaban por inmersión. La misma Iglesia certifica el hecho de que el bautismo por inmersión se practicó hasta el siglo XII de nuestra era. Veamos algunos testimonios:

"Durante varios siglos después de establecerse el cristianismo, el bautismo se administraba habitualmente por inmersión; pero desde el siglo XII, la práctica de bautizar por infusión (rociamiento o aspersión) prevaleció en la Iglesia Católica, por ofrecer menos inconvenientes que el bautismo por inmersión" (Cardenal Gibbons, Faith of our Fathers –La Fe de Nuestros Padres- págs. 304, 305)

El Cardenal Pulio, del siglo XII, explica así el bautismo de su época:

" Cuando el candidato es sumergido al agua, se sugiere la muerte de Cristo, mientras está cubierto de agua, se recuerda la sepultura de Cristo; cuando sale del agua, se proclama la resurrección de Cristo" (Cardena Pulio –SigloXII-, Patrología Latina, tomo CL, pág. 315)

El cambio al bautismo por aspersión al rociamiento se hizo después en contraposición con la enseñanza de las Sagradas Escrituras. Pero la aspersión no es un símbolo adecuado para expresar nuestra muerte al pecado así como echar un puñado de tierra sobre un cadáver no significaría darle sepultura.

Si queremos ser admitidos un día en la tierra prometida, tenemos que practicar el bautismo como Cristo nos lo dio. Nadie pude ser sepultado con Cristo por el bautismo se éste se administra por aspersión.

LA CONSAGRACIÓN DE NUESTROS HIJOS

En ningún lugar de la Santa Palabra se menciona el bautismo de los niños. El hecho mismo de que Dios hizo de hombre un ser libre requiere que cada persona de cada libremente si quiere aceptar a Cristo o rechazarlo.

"Y (si) estuvieren en medio de ella Noé, Daniel, y Job, vivo yo, dice el Señor Jehová, no librarán hijo, hija; ellos por su justicia librarán su vida" (Ezequiel 14:20)

Sería imposible expresarse más claramente. Ni el padre, ni la madre pueden con un acto, o aun toda una vida de bondad, salvar a sus hijos. Pueden enseñarlos en qué consiste su deber, pero los hijos deben decidir y obrar por sí mismos. En el capítulo 28 del Evangelio según San Mateo, Cristo nos dice que antes de ser bautizados debemos aprender a guardar todo lo que él ordenó (versículos 19 y 10). No se puede enseñar los mandamientos de dios a un bebé. Por eso el bautismo de los infantes carece de valor. Si al llegar a la edad de la comprensión deciden bautizarse, estará cumpliendo entonces el mandato de nuestro Señor. Pero si al llegar a esa edad resuelven apartarse de dios, se perderán por más que se los haya bautizado en la infancia.

Algunos aseguran que, si un niño muere sin ser bautizado, no puede ir al cielo. Esa no es la enseñanza de Cristo, ni de los apóstoles. En ninguna parte nos presentan las Escrituras Santas el caso de un niño bautizado. Tampoco nos dice que los niños pequeños se condenarán si no han sido bautizados.

¿Qué edad tenía nuestro Señor Jesucristo en ocasión de su bautismo? Los evangelios, la historia eclesiástica y catecismo concuerdan en decirnos que tenía unos 30 años, y que fue bautizado, no en una pila, sino en el río Jordán. No nacemos cristianos: llegamos a serlo. No se debe bautizar a quien aún no se da cuenta de lo que pasa.

Los padres tienen la responsabilidad de criar a sus hijos en el temor a Dios. Deben enseñarles fielmente las verdades de la Palabra y darles sin cesar el ejemplo de una vida consagrada. Pero cuando se trata del bautismo, la decisión debe ser tomada por el joven o la joven.

Leemos que las madres traían sus hijitos al Señor par que los bendijese. Los discípulos procuraban impedir que los acercasen a Jesús, pero él dijo:

"Dejad a los niños, y no les impidáis venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo puesto sobre ellos las manos, partió de allí" (San Mateo 19:14,15).

Jesús bendijo a los niños, pero no los bautizó. La verdadera Iglesia de Jesucristo también bendice a los niños pero no los bautiza hasta que llegan a una edad en que libremente resuelven hacerlo.

La salvación de los niños depende en gran medida de la experiencia de sus padres. ¡Con qué cuidado debiéramos enseñar a nuestros hijitos a fin de que nuestra influencia no perjudique jamás su desarrollo espiritual! Si la muerte arrebatara a estos pequeñuelos del lado de sus padres cristianos, Dios se los devolverá en la vida futura.

"...y tu pleito yo le pleiteare, y yo salvaré a tus hijos" (Isaías 49:25).

¿QUÉ IMPORTANCIA TIENE EL BAUTISMO?

A una pregunta de Nicodemo, nuestro Señor contestó:

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (San Juan 3:5)

Podríamos considerar al bautismo como la ceremonia de adopción en la familia de Dios. El Espíritu transforma la vida; el agua simboliza la purificación del pecado. Esta agua no posee en sí misma poder de salvar; sólo representa lo que realiza en nuestra vida la sangre de Cristo.

"...así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla limpiándola en el lavabo del agua por la palabra. Para presentársela gloriosa para sí, una iglesia que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha" (Efesios 5:25-27).

Es evidente que por medio del bautismo renunciamos públicamente al pecado y confesamos que hemos nacido de nuevo en la familia de Dios.

Al bautizarnos, somos reconocidos por los hombres y los ángeles como miembros de la familia de la fe. De extranjeros que éramos, llegamos a ser ciudadanos del reino de Dios.

"Así que, no sois extranjeros ni advenedizos, sino juntamente ciudadanos con los santos, y domésticos de Dios. Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo" (Efesios 2:19, 20).

Este acto nos hace miembros del cuerpo espiritual de Cristo (Efesios 5:31). San Pedro dice:

"Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable" (1 San Pedro 2:9)

El bautismo cumple una orden de Cristo consignada por el Nuevo Testamento.

¿NO BASTA EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU?

Jesucristo no es un amigo secreto de nosotros, que por temor o por vergüenza trata de ocultar su amistad. Lejos de ello, públicamente confesó su amor por cada uno de nosotros al morir en nuestro lugar en la cruz del Calvario. ¿Podemos ocultar nuestros sentimientos hacia él siendo que él lo dio todo, públicamente, por nosotros? Nuestro Señor dijo:

"Porque el que se avergonzare de mi y de mis palabras, de este tal el Hijo del hombre se avergonzará cuando viniere en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles" (San Lucas 9:26).

El bautismo es la confesión pública del cambio producido en el corazón como resultado de la obra realizada por el Espíritu Santo. Si éste cumple su obra de gracia en nuestro corazón ¿es necesario que recibamos el bautismo "de agua"? He aquí lo que responde nuestro Señor:

"Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad..." (San Juan 16:13).

El Espíritu viene a nosotros para que toda la verdad sea parte de nuestra experiencia. El bautismo es una verdad vital de la Palabra de Dios, y la obra del Espíritu no será completa mientras no nos haya inducido a confesar nuestra fe en Jesús por medio del bautismo.

"Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo" (Efesios 4:13).

¿ESTÁN PERDIDOS LOS QUE NO HAN SIDO BAUTIZADOS?

¿Qué diremos del ladrón de la cruz? No estaba bautizado y, sin embargo, nuestro Señor le prometió un lugar en su reino.

El bautismo consta de dos partes: una invisible por medio de la cual el Espíritu Santo nos da el arrepentimiento, nos induce a la confesión y nos impulsa a renunciar públicamente al pecado; otra visible: el bautismo de agua.

El ladrón en la cruz demostró que su corazón había cedido a las instancias del Espíritu al arrepentimiento y la confesión. Le resultaba humanamente imposible descender de la cruz para ser sumergido en agua en prueba de su conversión. Pero hizo lo que podía dentro de las circunstancias: confesó su fe en el poder de Cristo para recibir la salvación. Y nuestro Señor aceptó esta confesión. Dios nunca nos pide lo imposible. Puede ser que una persona muy enferma no pueda bautizarse en señal de su fe, pero, como el ladrón en la cruz, aun los enfermos graves pueden confesar a Jesús con sus labios (Romanos 10:9). Y Dios, que lee los corazones, aceptará esa confesión hecha con fe.

¿Sigue usted plenamente a nuestro Señor Jesucristo? ¿Inició usted la vida nueva en Cristo confesando su nombre por medio del bautismo? Si no lo ha hecho todavía, ¿no es verdad que desearía hacerlo? Nos ponemos a sus gratas órdenes para ayudarle a cumplir este elevado propósito.

Lección # 20- EL MUNDO DEL FUTURO

INTRODUCCIÓN

Una niña paseaba cierta noche, tomada de la mano de su padre. Al mirar al cielo cuajado de estrellas, suspiró y dijo:

—¡Qué hermoso ha de ser estar en el cielo!

Su padre la miró y le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—¡Es tan linda la luz que pasa por las rendijas!—contestó la niña.

Sin duda el cielo, morada de Dios, debe ser sublime, porque todo lo que Dios creó revela el toque del Artista supremo. Nuestra tierra, mancillada ahora por el pecado, fue antes un lugar hermoso. La Biblia nos dice cuán bella era al salir de las manos del Creador. El mismo, al considerar su obra, vio con satisfacción que era buena "en gran manera" (Génesis 1:31).

Pero con el transcurso del tiempo, la humanidad y su morada experimentaron la influencia mortal del pecado. El hombre degeneró más y más. Esa degradación se ha generalizado tanto, que hoy nuestro mundo se acerca al momento de su destrucción. El profeta Isaías, al meditar en ella, dice que "la tierra se envejecerá como ropa de vestir" (Isaías 51 :6).

En las lecciones anteriores hemos visto que los justos volverán a la tierra purificada por el fuego de Dios.

EL PLAN DE DIOS NUNCA FRACASA

Los planes de Dios nunca fracasan. A la vista parecerá que sus planes sufren tropiezo o postergación, pero finalmente el Señor cumple sus designios de acuerdo con sus previsiones. Por eso sabemos que la creación recobraré un día su belleza primitiva. El profeta declara:

"Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó" (Isaías 45:18).

Llegará el momento glorioso cuando Dios devolverá a la familia humana todo lo que el pecado le quitó. Esta es su promesa:

"Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra se fueron... las primeras cosas son pasadas... He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21:1, 4, 5).

En la Nueva Tierra morará la justicia, porque el pecado habrá sido desterrado para siempre. Dios nos promete que nunca más volverá a levantarse.

"El hará destrucción completa; no se levantará la aflicción por segunda vez" (Nahúm 1:9, VM).

Destruídos el pecado y los pecadores, Dios creará un cielo nuevo y una tierra nueva. Es imposible imaginar siquiera cómo será la vida en la gloriosa patria de los redimidos. Escuchemos a San Pablo, quien a su vez cita al profeta Isaías:

"Antes, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó. Ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le amen" (1 Corintios 2:9).

No obstante, la Palabra de Dios nos permite tener algunas vislumbres de la vida venidera, de la cual podremos participar si le entregamos plenamente nuestro ser al Señor.

¿CÓMO SERA LA VIDA ALLÍ?

Para responder a esta pregunta, la Palabra de Dios nos presenta a Jesús después de su resurrección.

"Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser pero sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes a El, porque le veremos tal como El es" (1 San Juan 3:2).

¿En qué condición salió el Señor de la tumba de José de Arimatea?

"Luego dice a Tomás: Pon tu dedo aquí, y ve mis manos; y alargá acá tu mano, y ponla en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel" (San Juan 20:27).

"Y aconteció, que estando sentado con ellos a la mesa, tomando el pan, bendijo, y partió, y dioles. Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo había sido conocido de ellos al partir el pan. Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy, palpad, y ved; que el espíritu ni tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y no creyéndolo aun ellos de gozo, y maravillados, díjoles: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él tomó, y comió delante de ellos" (San Lucas 24:30, 35, 39, 41-43).

Estos textos indican claramente que los discípulos vieron un ser real en la persona de su Señor resucitado. Lo tocaron. Poseía verdaderamente un cuerpo. Era un ser material. Participo de sus alimentos. Y, sin embargo, tenía un poder espiritual que ellos no podían comprender. Su cuerpo resucitado estaba dotado de la naturaleza espiritual que también será la de ellos cuando el Señor regrese en gloria.

Como nosotros nunca hemos visto una persona resucitada, nos preguntamos cómo será el cuerpo de los justos cuando se produzca la resurrección. San Juan dice: "Seremos semejantes a él". San Pablo recurre a

comparaciones para apodarnos a comprender. Nos recuerda que la carne de los hombres, los animales, las aves y los peces difiere una de otra. Nos señala la diferencia que hay entre el sol, la luna y las estrellas. El cuerpo glorificado que recibiremos al resucitar, también será diferente del actual. Entonces, si somos fieles, seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos (1 Corintios 15:51, 52). Nos dice que en esta vida poseemos cuerpos corruptibles. Son cuerpos enfermizos, debilitados por el pecado. Luego describe la naturaleza de la cual seremos dotados si resucitamos con los justos. Nuestro cuerpo no tendrá más huellas de enfermedad y pecado.

Antes de que el Señor vuelva para llevarnos consigo, habremos vencido para siempre el pecado, por la gracia de Dios. Ya no ostentaremos el estigma del mal. El pecado será cosa del pasado. Nuestra vieja naturaleza pecaminosa habrá de esa parecido. La envidia, los celos, el temor, el odio y todas las malas tendencias habrán quedado definitivamente vencidas. En su lugar, el amor, el gozo, la paz y todo lo bueno serán nuestra herencia eterna, porque en esta vida habremos cultivado ya esas virtudes. La transformación súbita que se produce al aparecer nuestro Señor sellará nuestro carácter. Nuestra tendencia natural hacia el mal desaparecerá ante el total predominio de lo bueno de nuestra naturaleza espiritual. Nuestros cuerpos serán tan reales entonces como lo son ahora. Pero habrán sido liberados para siempre del pecado, la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Tendremos cuerpo, pero, como dice la Palabra, será un cuerpo transformado.

"Se siembra en vergüenza, se levantará con gloria; se siembra en flaqueza, se levantará con potencia; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual" (1 Corintios 15:43, 44).

La muerte ya no vencerá a los redimidos de Dios. Recibirán entonces cuerpos inmortales.

"Mas nuestra vivienda está en los cielos; de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará

el cuerpo de nuestra bajeza, para ser semejante al cuerpo de su gloria, por la operación con la cual puede también sujetar a si todas las cosas" (Filipenses 3:20, 21).

¿Qué diríamos si al despertar-nos mañana notáramos que no tenemos más imperfecciones físicas, ni enfermedades, ni debilidad, y nuestro mal carácter está reemplazado por el amor y el gozo más completo? Tendríamos entonces la seguridad de que el pecado ya no ejerce dominio sobre nosotros. Eso es lo que ocurrirá cuando los muertos resuciten y sean transformados. Tal era la esperanza de Job:

"Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo Y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios; al cual yo tengo de ver por mí y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mis riñones se consuman dentro de mí" (Job 19:25-27).

Isaías el profeta, declara:

"Tus muertos vivirán, junto con mi cuerpo muerto resucitarán.., Y la tierra echará los muertos"(Isaías 26:19).

Recomendamos la lectura del capítulo 37 del libro de Ezequiel, pues en él se describe la resurrección. San Pablo también refiere a ese acontecimiento:

"Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una, y a una están de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo" (Romanos 8:22, 23).

Nuestros cuerpos serán redimidos y volveremos a tener en nosotros la imagen de Dios como cuando el mundo fue creado.

¿Reconoceremos en el cielo a los amigos que tuvimos aquí en la tierra? Los amigos del Señor Jesús lo reconocieron inmediatamente después de su resurrección. Si, en la vida nueva nos reconoceremos, y nos comprenderemos mejor que aquí en esta tierra.

"Ahora vemos por espejo, en obscuridad; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido" (1 Corintios 13:12).

¡Cuán bienaventurada es la esperanza del cristiano! ¡Poseer vida eterna en Cristo Jesús; en compañía de viejos y nobles amigos que conocimos en la tierra, a quienes reconoceremos y por quienes seremos reconocidos! El cielo será un lugar tanto más agradable por el hecho de que el Señor nos dará la dicha de vivir con los miembros de nuestra familia. Una alegría perfecta en compañía de Jesús, de los miembros de nuestra familia y de los amigos que siguieron al Señor es el destino que aguarda a los redimidos.

¿ES LA TIERRA NUEVA UN LUGAR REAL?

La Palabra de Dios enseña, sin que quepa la menor duda, que tendremos cuerpos materiales pero dotados de una naturaleza espiritual. Al recibir cuerpos nuevos, recibiremos como herencia este mundo renovado.

"Y edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán, y otro morará; no plantarán, y otro comerá... y mis elegidos perpetuarán las obras de sus manos" (Isaías 65:21, 22).

Los pasajes que anteceden y muchos más, dejan establecido que la Tierra Nueva será un lugar con realidad física. Construiremos casas, viviremos en ellas y seremos felices eternamente. Ya no nos eremos despojados, ni tendremos que pagar alquiler o hipotecas. La Tierra Nueva será un lugar de delicias. En ella gozaremos de seguridad perfecta. Los temores que envenenan nuestra vida hoy, desaparecerán para siempre.

Además el conocimiento perfecto de Dios henchirá nuestro corazón. Todos adoraremos a Dios en perfecta unidad de fe y de espíritu, porque veremos al Señor Jesús cara a cara.

"Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová. Porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande" (Jeremías 31:34).

"Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra, que yo hago, permanecen delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra simiente y vuestro nombre. Y será que de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrá toda carne a adorar delante de mí, dijo Jehová" (Isaías 66:22, 23).

Cada sábado honraremos a nuestro Creador y a nuestro Redentor, al Padre y al Hijo. Juntos nos congregaremos en derredor del trono de Dios para adorar a Aquel que nos amó tanto que dio a su Hijo unigénito para salvación de todos los que creen en él (San Juan 3:16). Comeremos del árbol de la vida, que crecerá cerca de las aguas cristalinas del río que brota del trono de Dios, en el centro de la gloriosa capital, la Nueva Jerusalén. Seremos huéspedes eternos en la mansión del Padre.

"Entonces se cumplirá plenamente la oración que nos enseñó nuestro Señor: "Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (San Mateo 6:10).

Tal será la vida eterna en la ciudad de Dios. Esa ciudad será un lugar construido por el Arquitecto del universo, para dicha de sus hijos.

"Porque esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios" (Hebreos 11:10)

"Esa ciudad descenderá del cielo y llegará a ser posesión de los redimidos" (Apocalipsis 21 :1-4).

El capítulo 21 de Apocalipsis describe la magnificencia de la capital del futuro. En el capítulo 22 del mismo libro se nos dice:

"Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En el medio de la plaza de ella, y de una y otra parte del río, estaba el árbol de vida, que lleva doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones" (Apocalipsis 22:1, 2).

La admiración y el asombro nos dominan cuando visitamos las grandes ciudades del mundo actual, con sus rascacielos, sus ferrocarriles subterráneos, sus luces deslumbrantes. Pero nuestro mundo con todas sus maravillas queda reducido a la nada frente a las bellezas de la ciudad de Dios y del mundo del mañana.

Con frecuencia contemplamos el paisaje que nos rodea. A pesar de las manchas del pecado, aún su menguada belleza nos habla del poder de Dios. Pero esas manchas no existirán en el mundo mejor.

"Alegrarse han el desierto y la soledad; el yermo se gozará, y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo. La gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón" (Isaías 35:1, 2).

Muchas veces hemos visto grabados que representan a un niño conduciendo a un león, junta-mente con un cordero, un lobo y un ternero. El artista se ha inspirado en la siguiente promesa:

"Morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará; el becerro y el

**león y la bestia doméstica andarán juntos,
y un niño los pastoreará. La vaca y la osa
pacerán, sus crías se echarán juntas; y el
león como el buey comerá paja"
(Isaías 11:6, 7).**

Hoy ponemos a muchos animales tras sólidos barrotes de hierro, pero en la tierra nueva tal precaución será completamente innecesaria. Los animales también estarán libres del pecado. Las flores perfumarán los antiguos desiertos. En lugar de espinas y zarzas, símbolos del pecado, habrá árboles de belleza perdurable. Ningún defecto se hallará en la vista de los que fueron ciegos, ni en el oído de los que antes fueron sordos. Ningún peligro oculto sorprenderá a los Hijos de Dios.

"Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las mayores empresas podrán llevarse a cabo, podrán satisfacerse las aspiraciones más sublimes, realizarse las más encumbradas ambiciones; y sin embargo surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo.

"Todos los tesoros del universo se ofrecerán al estudio de los redimidos de Dios...Con indescriptible dicha los hijos de la sierra participarán del gozo y la sabiduría de los seres que no cayeron" (Elena G. de White, El Conflicto de /os Siglos, pág. 736).

¿CÓMO PODEMOS ASEGURARNOS UN LUGAR ALLÍ?

Hay un camino que lleva a la ciudad de Dios. Se nos habla de él en ambos Testamentos de la Sagrada Escritura.

**"Y habrá allí calzada y camino, y será llamado
Camino de Santidad; no pasará por el inmundo;
y habrá pare ellos en él quien los acompañe"
(Isaías 35:8).**

Esta vía santa nos lleva a la Nueva Jerusalén. Nuestro Señor le dio otro nombre:

"Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (San Mateo 7:14).

Un día alguien le preguntó al famoso escritor Mark Twain: "¿Quiénes, a su parecer, irán al cielo?" Reflexionó un momento y contestó: "Supongo que serán los que se sientan en casa cuando lleguen allí". Excelente respuesta. ¿Se sentirá allí en casa el esclavo de los juegos de azar sin su mesa de juego? ¿Estará contento el beodo en un lugar donde las bebidas alcohólicas no existen? ¿Qué hará el iracundo entre la gente que no tome el nombre de Dios en vano ni se enoja? Desde ahora debemos cultivar gustos y tendencias que correspondan al cielo, si es que queremos vivir allí.

"Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios" (San Mateo 5:8).

Hablando de la tierra nueva, San Pedro dice:

"Por lo cual, oh amados, estando en esperanza de estas cosas, procurad con diligencia que seáis hallados de él sin mácula, y sin represión, en paz" (2 San Pedro 3:14).

Sabemos que nuestro Señor volverá pronto. Todo lo que sucede hoy en el mundo nos lo dice. Sabiéndolo, ¡cuán importante es que nos preparemos para reflejar en nuestro carácter las cualidades de los moradores de la Tierra Nueva! Al asegurar-nos San Juan que seremos semejantes a nuestro Señor cuando venga, afirma:

"Cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio" (1 San Juan 3:3).

El versículo siguiente nos lleva aún más lejos al decirnos que el pecado es iniquidad y transgresión de la ley de Dios. San Juan nos enseña que sólo el Señor Jesucristo puede eliminar el pecado que nos mantiene cautivos. Sólo él puede purificarnos y hacernos dignos de un lugar en el cielo. Únicamente los que vivan la vida de Cristo podrán verse libres del pecado (1 San Juan 3:4-6).

"No entrará en ella ninguna cosa sucia, o que hace abominación y mentira; sino solamente los que están escritos en el libro de la vida y del Cordero" (Apocalipsis 21:27).

El cielo será la morada de los que entren por la puerta estrecha y obedezcan plenamente la voluntad de Dios. Entrarán allí únicamente aquellos cuyo carácter haya sido probado. Nuestro Señor nos indicó la condición de entrada:

"Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (San Mateo 19:17).

El nombre de nuestro Señor Jesucristo es el pasaporte que nos permitirá entrar por las puertas de perla en la ciudad eterna.

¿Atestigua nuestra manera de vivir que llevamos dignamente su nombre?

Apreciado estudiante de la Santa Palabra, el mundo del mañana no puede ser superado en belleza y perfección. Los cuadros más radiantes que podamos pintar de la Nueva Jerusalén quedan muy por debajo de la realidad.

Es por esto que hemos llamado a nuestro programa radial La Voz de la Esperanza. Queremos que en el corazón de cada uno de nuestros oyentes se anide la esperanza de este mundo mejor.

¿No desea usted prometer ahora mismo a su Salvador que se preparará a fin de poder saludarlo cuando despunte la gran aurora?

Esperanza Gozoso arriba el navegante al puerto y acaba su viaje el peregrino. ¡Con qué placer termina su camino el que cruzó por árido desierto! Grato es mirar el horizonte abierto, después de negro, abrumador destino, o disfrutar, en cambio repentino, glorioso triunfo, tras combate incierto. Más grato, mucho más, sin semejanza, será acabar la oscura travesía, donde tanta miseria nos alcanza; y en el cielo, a la luz de eterno día, ver a Dios satisfecha la esperanza con la visión feliz que el alma ansía. -Carlos Araujo